Antes de que envidie

(un misterio con MACKENZIE WHITE—libro 12)

BLAKE PIERCE

Un Misterio Con Mackenzie White 12

Antes De Que Envidie



CONTENIDOS

CAPÍTULO UNO

Mackenzie respiró hondo y cerró los ojos, preparándose e intentando detener el dolor. Había leído mucho sobre el método de respiración, pero ahora, mientras Ellington la llevaba al hospital, parecía que todo se le hubiera escapado de su memoria. Tal vez era porque había roto aguas y todavía podía sentir el fluido recorriéndole la pernera del pantalón. O tal se debiera a que había sentido su primera contracción auténtica hacía unos cinco minutos y podía sentir como se acercaba otra.

Mackenzie se apretó contra el asiento del pasajero, viendo pasar la ciudad a través de la oscuridad, la lluvia que salpicaba el parabrisas y las luces de las calles. Ellington estaba al volante, sentado rígidamente y mirando el parabrisas como un hombre poseído. Apretó el claxon mientras se acercaban a un semáforo e rojo.

"Ey, está bien, puedes ir más despacio", le dijo.

"No, no, vamos bien", dijo.

Con los ojos aún cerrados para lidiar con la conducción de Ellington, puso sus manos sobre la gran protuberancia en su abdomen, enfrentándose a la idea de que sería madre en las próximas horas. Podía sentir que el bebé apenas se movía, tal vez porque estaba tan asustado por la conducción de Ellington como ella misma.

Te veré enseguida, pensó ella. Era un pensamiento que le provocaba más alegría que preocupación y por eso, estaba agradecida.

Las luces de la calle y los carteles pasaban a toda velocidad. Dejó de prestarles atención hasta que vio las señales que apuntaban hacia la sala de emergencia del hospital.

Había un hombre apostado afuera en la acera, esperándolos bajo el toldo con una silla de ruedas, sabiendo que venían. Ellington detuvo cuidadosamente el coche y el hombre les hizo señales con la mano y les sonrió con el tipo de entusiasmo perezoso que la mayoría de las enfermeras en la sala de emergencias a las dos de la madrugada parecían tener.

Ellington la guió hacia él como si fuera de porcelana. Mackenzie sabía que él estaba siendo sobreprotector y mostrando urgencia porque él también estaba un poco asustado. Pero más que eso, era

muy bueno con ella. Siempre lo había sido. Y ahora estaba demostrando que también iba a ser bueno con este bebé.

Oye, espera, más despacio", dijo Mackenzie mientras Ellington la ayudaba a subirse a la silla de ruedas.

"¿Qué? ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?".

Sintió que se acercaba otra contracción, pero aún así logró mostrarle una sonrisa. "Te quiero", dijo ella. "Eso es todo".

El hechizo bajo el que había estado durante los últimos dieciocho minutos, entre saltar de la cama al anuncio de que ella iba a dar a luz, y ayudarla a subirse a la silla de ruedas, se rompió por un momento y él le devolvió la sonrisa. Se inclinó y la besó suavemente en la boca.

"Yo también te quiero".

El hombre que agarraba las asas de la silla de ruedas miró hacia otro lado, un poco avergonzado. Cuando terminaron, preguntó: "¿Están listos para tener un bebé?".

La contracción golpeó y Mackenzie se encogió al sentirla. Recordó de sus lecturas que solo empeorarían cuando el bebé estuviera a punto de llegar. Aun así, miró más allá de todo eso durante un momento y asintió.

Sí, estaba lista para tener este bebé. De hecho, no podía esperar a tenerlo en sus brazos.

*

Sólo había dilatado cuatro centímetros para las ocho de la mañana. Había llegado a conocer bien al médico y a las enfermeras, pero cuando cambiaron de turno, el estado de ánimo de Mackenzie empezó a cambiar. Estaba cansada, dolorida, y simplemente no le gustaba la idea de que otro médico entrara y husmeara bajo su bata. Sin embargo, Ellington, tan obediente como siempre, se las había arreglado para poner a su ginecólogo al teléfono y estaba haciendo todo lo posible para llegar al hospital tan pronto como pudiera.

Cuando Ellington volvió a la habitación después de hacer la llamada, estaba frunciendo el ceño. Ella odiaba ver que él había descendido de su punto álgido de protector de la noche anterior, pero

también estaba contenta de no ser la única que estuviera experimentando un cambio de humor.

"¿Qué pasa?", preguntó.

"Estará aquí para el parto, pero ni siquiera se molestará en venir hasta que estés por lo menos a ocho centímetros". Además... iba a traerte unos gofres de la cafetería, pero las enfermeras dicen que deberías comer poco. Te traerán gelatina y hielo en cualquier momento".

Mackenzie se movió en la cama y miró su estómago. Ella prefería mirar allí en lugar de a las máquinas y monitores a los que la tenían conectada. Al trazar la forma de su abdomen, llamaron a la puerta. El siguiente doctor entró caminando, sosteniendo sus historiales. Se le veía feliz y completamente renovado, recién salido de lo que parecía haber sido una noche de sueño reparador.

Bastardo, pensó Mackenzie.

Por suerte, el doctor mantuvo la conversación al mínimo mientras la revisaba. Mackenzie no le prestó mucha atención, la verdad. Estaba cansada y se dormía a ratos, hasta cuando él le ponía la gelatina en el estómago para comprobar el progreso del bebé. Se quedó dormida durante un rato hasta que escuchó al médico hablar con ella.

"¿Sra. White?".

"¿Sí?", preguntó, irritada por no poder dormir una pequeña siesta. Había estado tratando de colarlas entre contracciones... cualquier cosa por descansar un poco.

"¿Sientes alguna molestia nueva?".

"Nada más que los mismos dolores que he tenido desde que llegamos aquí".

"¿Has sentido al bebé moverse mucho en las últimas horas?".

"No lo creo. ¿Por qué... algo anda mal?"

"No, no está mal. Pero creo que tu bebé ha cambiado de posición. Hay una muy buena posibilidad de que esto sea un parto de nalgas. Y estoy recibiendo un latido irregular... nada terriblemente fuera de lo normal, pero lo suficiente como para preocuparme".

Ellington se plantó a su lado de inmediato, tomando su mano. “De nalgas. ¿Es eso arriesgado?”.

“Casi nunca”, dijo el doctor. “A veces sabemos que el bebé ya está de nalgas semanas antes del parto, pero su bebé estaba en la posición correcta durante el último chequeo... incluso estaba perfectamente posicionado cuando se registró anoche. Ahora él o ella se ha movido un poco y a menos que algo drástico cambie, no veo que su hijo vuelva a la posición correcta. Ahora mismo, es este latido lo que me preocupa”.

“Entonces, ¿qué recomienda?”, preguntó Mackenzie.

“Bueno, me gustaría hacer una revisión minuciosa del bebé sólo para asegurarme de que su repentino cambio de posición no lo ha puesto en apuros, que es lo que podría significar el latido errático del corazón. Si no lo ha hecho, y no hay razón para creer que lo haya hecho, reservaremos una sala de operaciones para usted tan pronto como podamos”.

La idea de saltarse el trabajo del parto tradicional era atractiva, seguro, pero añadir la cirugía al proceso de parto tampoco le sentaba muy bien.

“Lo que crea que es mejor”, dijo Mackenzie.

“¿Es seguro?”, preguntó Ellington, sin siquiera intentar ocultar el temblor del miedo en su voz.

“Perfectamente seguro”, dijo el doctor, limpiando el exceso de gelatina del estómago de Mackenzie. “Por supuesto, como con cualquier cirugía, tenemos que mencionar que siempre hay un riesgo cuando alguien está en la mesa, pero los partos por cesárea son muy comunes. Personalmente he dirigido más de cincuenta. Y creo que su ginecólogo es la Dra. Reynolds. Ella es mayor que yo por un tiempo... no le digan que dije eso...y te garantizo que ella ha dirigido más que yo. Estás en buenas manos. ¿Reservo una habitación?”

“Sí”, dijo Mackenzie.

“Genial. Conseguiré una habitación y me aseguraré de que la Dra. Reynolds sepa lo que está pasando”.

Mackenzie lo vio salir y luego miró hacia abajo, hacia su vientre. Ellington se unió a ella, con las manos entrelazadas sobre el hogar temporal de su hijo.

“Eso da un poco de miedo, ¿eh?”, preguntó Ellington, besándola en la mejilla. “Pero estaremos bien”.

“Por supuesto que sí”, dijo con una sonrisa. “Piensa en nuestras vidas y en nuestra relación. Casi tiene sentido que este chico venga a este mundo con un poco de drama”.

Lo decía en serio, pero incluso entonces, en uno de sus momentos más vulnerables juntos, Mackenzie ocultaba más miedo del que quería dejar ver.

***

Kevin Thomas Ellington nació a las doce y veinte de la noche. Pesaba siete libras y seis onzas y, según Ellington, tenía la cabeza deforme y las mejillas sonrosadas de su padre. No era la experiencia de parto que Mackenzie había estado esperando, pero cuando escuchó sus primeros gritos, al respirar por primera vez, no le importó. Podría haberle dado a luz en un ascensor o en un edificio abandonado. Estaba vivo, estaba aquí, y eso era lo importante.

Una vez que escuchó los llantos de Kevin, Mackenzie se permitió calmarse. Estaba mareada y semi consciente por la anestesia del procedimiento de cesárea y sentía cómo el sueño tiraba de ella. Era ligeramente consciente de que Ellington estaba a su lado, con su gorra blanca de quirófano y su bata azul. Le besó la frente y no hizo ningún esfuerzo por ocultar el hecho de que estaba llorando abiertamente.

“Fuiste increíble”, dijo entre lágrimas. “Eres tan fuerte, Mac. Te amo”.

Abrió la boca para devolver el sentimiento, pero no estaba completamente segura de haberlo dicho. Se alejó hacia los hermosos sonidos de su hijo que seguía llorando.

La siguiente hora de su vida fue una especie de felicidad fragmentada. Estaba anestesiada y aún no sentía nada cuando los médicos la cosieron de nuevo. Estaba completamente inconsciente mientras la trasladaban a una sala de recuperación. Apenas se daba cuenta de que una serie de enfermeras la miraban, revisando sus signos vitales.

Sin embargo, fue cuando una de las enfermeras entró en la habitación que Mackenzie comenzó a comprender mejor sus

pensamientos. Alargó la mano torpemente, tratando de agarrar la mano de la enfermera, pero falló.

“¿Cuánto tiempo?”, preguntó.

La enfermera sonrió, mostrando que había estado en esta situación muchas veces antes. “Has estado inconsciente unas dos horas. ¿Cómo te sientes?”.

“Como si necesitara sostener entre mis brazos al bebé que acaba de salir de mí”.

Esto provocó una risa de la enfermera. “Está con tu marido. Los enviaré a los dos”.

La enfermera se fue y mientras ella no estaba, los ojos de Mackenzie permanecieron en la entrada. Permanecieron allí hasta que Ellington entró poco después. Llegó empujando una de los pequeños moisés rodantes del hospital. La sonrisa en su cara no se parecía a ninguna que ella hubiese visto de él antes.

“¿Cómo te sientes?”, preguntó mientras aparcaba la cuna junto a su cama.

“Como si me hubieran arrancado las entrañas”.

“Y así ha sido”, dijo Ellington frunciendo el ceño juguetonamente. “Cuando me llevaron a la sala de operaciones, tus tripas estaban en unas cuantas cacerolas diferentes. Ahora te conozco por dentro y por fuera, Mac”.

Sin que se lo pidieran, Ellington metió las manos en el moisés para sacar a su hijo. Lentamente, le entregó a Kevin. Ella lo sostuvo contra su pecho y sintió al instante como se expandía su corazón su corazón. Una oleada de emoción pasó a través de ella. No estaba segura de si alguna vez había experimentado lágrimas de felicidad en toda su vida, pero llegaron cuando besó a su hijo en la coronilla.

“Creo que lo hicimos bien”, dijo Ellington. “Quiero decir, mi parte fue fácil, pero ya sabes a qué me refiero”.

“Sí”, dijo ella. Ella miró a los ojos de su hijo por primera vez y sintió lo que sólo podía describir como una conexión emocional. Era la sensación de que su vida había cambiado para siempre. “Y sí, lo hicimos bien”.

Ellington se sentó al borde de la cama. El movimiento hizo que le doliera el abdomen, por la cirugía a la que se había sometido hace poco más de dos horas. Pero no dijo nada.

Estaba sentada entre los brazos de su marido con su hijo recién nacido en brazos, y no podía recordar ni un solo momento de su vida en el que hubiera sentido una felicidad tan absoluta.

CAPÍTULO DOS

Mackenzie había pasado los últimos tres meses de su embarazo leyendo casi todos los libros sobre bebés que pudo encontrar. No parecía haber una respuesta inequívoca en cuanto a qué esperar las primeras semanas de regreso a casa con un recién nacido. Algunos decían que siempre y cuando hubieras dormido al mismo tiempo que el bebé, deberías estar bien. Otros decían que durmieras cuando pudieras con la ayuda de un cónyuge u otros miembros de la familia que estuvieran dispuestos a ayudar. Todo ello había hecho que Mackenzie se convenciera de que el sueño sólo sería un precioso recuerdo del pasado una vez llevaran a Kevin a casa.

Resultó que eso fue lo correcto durante las primeras dos semanas más o menos. Después del primer chequeo de Kevin, descubrieron que tenía reflujo ácido grave. Esto significaba que cada vez que comía, tenía que estar de pie durante quince o treinta minutos cada vez. Esto era bastante fácil, pero se convertía en algo agotador durante las últimas horas de la noche.

Fue durante este tiempo que Mackenzie comenzó a pensar en su madre. La segunda noche, después de recibir instrucciones de sostener a Kevin de pie después de comer, Mackenzie se preguntó si su propia madre se había enfrentado a algo así. Mackenzie se preguntaba qué clase de bebé había sido.

Probablemente le gustaría ver a su nieto, pensó Mackenzie.

Pero ese era un concepto aterrador. La idea de llamar a su madre sólo para saludarla ya era bastante mala. Pero si le añadimos un nieto sorpresa, lo haría caótico.

Sintió a Kevin retorciéndose contra ella, tratando de ponerse cómodo. Mackenzie revisó el reloj de cabecera y vio que lo había tenido en posición vertical durante poco más de veinte minutos. Parecía que se había quedado dormido sobre su hombro, así que se acercó al moisés y lo metió dentro. Estaba envuelto en pañales y parecía bastante cómodo, mientras ella le echaba un último vistazo antes de volver a la cama.

“Gracias”, dijo Ellington desde su lado, medio dormido. “Eres increíble”.

“No tengo ganas de nada. Pero gracias”.

Se acomodó, acomodando su cabeza sobre la almohada. Llevaba con los ojos cerrados unos cinco segundos cuando Kevin empezó a llorar de nuevo. Se levantó de la cama y dejó salir un pequeño gemido. Sin embargo, le preocupaba que pudiera convertirse en un ataque de llanto. Estaba cansada y, lo peor de todo, estaba experimentando sus primeros pensamientos tóxicos sobre su hijo.

"¿Otra vez?", dijo Ellington, con voz cortante. Se puso en pie, casi tropezando fuera de la cama, y marchó hacia el moisés.

"Ya voy yo", dijo Mackenzie.

"No....ya has estado con él cuatro veces. Y lo sé.... me desperté para todas y cada una de esas veces".

Ella no sabía por qué (probablemente la falta de sueño, pensó ociosamente), pero este comentario la molestó. Prácticamente se tiró de la cama para adelantársele en consolar a su bebé. Golpeó su hombro contra Ellington un poco más fuerte de lo necesario para que pudiera considerarse una bromita. Cuando recogió a Kevin, dijo: "Oh, lo siento. ¿Te despertó?".

"Mac, sabes a lo que me refiero".

"Lo sé. Pero Jesús, podrías estar ayudando más".

"Tengo que levantarme temprano mañana", dijo. "No puedo quedarme dormido…"

"Oh Dios, por favor, termina esa frase".

"No. Lo siento. Yo solo..."

"Vuelve a la cama", dijo Mackenzie. "Kevin y yo estamos bien".

"Mac...".

"Cállate. Vuelve a la cama y duerme".

"No puedo".

"¿El bebé es demasiado ruidoso? ¡Ve al sofá, entonces!".

"Mac, tú...".

"¡Vete!".

Ahora estaba llorando, abrazando a Kevin mientras se acomodaba en la cama. Seguía llorando, un poco dolorido por el reflujo. Ella sabía que tendría que sostenerlo de nuevo en posición vertical y eso la hizo querer llorar aún más. Pero hizo todo lo que pudo para contenerlo mientras Ellington salía furioso de la habitación. Iba murmurando algo en voz baja y ella se alegró de no poder oírlo. Estaba buscando una excusa para explotar delante de él, para regañarlo y, honestamente, para liberar parte de su frustración.

Se sentó contra la cabecera sosteniendo al pequeño Kevin lo más quieto y erguido posible, preguntándose si su vida volvería a ser la misma.

***

De alguna manera, a pesar de las discusiones a altas horas de la noche y la falta de sueño, su nueva familia tardó menos de una semana en acostumbrarse a la nueva rutina. Fueron precisas algunas pruebas fallidas para que Mackenzie y Ellington lo consiguieran, pero después de esa primera semana de problemas de reflujo, todo pareció ir bien. Cuando los medicamentos eliminaron lo peor del reflujo, fue más fácil controlarlo. Kevin lloraba, Ellington lo sacaba de la cuna y le cambiaba el pañal, y luego Mackenzie lo amamantaba. Dormía bien para ser un bebé, unas tres o cuatro horas seguidas durante las primeras semanas después del reflujo, y no era muy quisquilloso para nada.

Fue Kevin, sin embargo, quien empezó a abrir sus ojos sobre lo rotas que estaban las familias de las que ambos provenían. La madre de Ellington vino dos días después de que llegaran a casa y se quedó unas dos horas. Mackenzie fue lo mínimamente educada, esperando hasta lo que pensó que sería el momento oportuno para un descanso. Se fue a su dormitorio a echarse una siesta mientras Kevin estaba ocupado con su padre y su abuela, pero no consiguió quedarse dormida. Hizo una lista de la conversación entre Ellington y su madre, sorprendida de que pareciera haber algún intento de reconciliación. La Sra. Nancy Ellington salió del apartamento unas dos horas más tarde, e incluso a través de la puerta del dormitorio, Mackenzie pudo sentir algo de la tensión que quedaba entre ellos.

A pesar de todo, había dejado un regalo para Kevin antes de marcharse y hasta había preguntado por el padre de Ellington, un tema que casi siempre trataba de evitar.

El padre de Ellington ni se molestó en venir a verles. Ellington le hizo una llamada por FaceTime y aunque charlaron durante una hora y hasta asomaron algunas lágrimas a los ojos de su padre, no había planes inmediatos para que él viniera a ver a su nieto. Había empezado su propia vida hace mucho tiempo, una nueva vida sin su familia original. Y así, aparentemente, era como quería que continuaran las cosas. Claro que él había tenido un abrumador gesto financiero el año pasado en lo que se refería a pagar por su boda (un regalo que finalmente habían declinado), pero que había sido de ayuda desde la distancia. Actualmente vivía en Londres con la Esposa Número Tres y aparentemente estaba inundado de trabajo.

En cuanto a Mackenzie, aunque sus pensamientos finalmente se dirigieron a su madre y a su hermana, su única familia superviviente, la idea de ponerse en contacto con ellas era espantosa. Sabía dónde vivía su madre y, con un poco de ayuda de la oficina, supuso que incluso podría conseguir su número. Stephanie, su hermana menor, probablemente sería un poco más difícil de localizar. Como Stephanie nunca se quedaba mucho tiempo en el mismo lugar, Mackenzie no tenía idea de dónde podría localizarla estos días.

Tristemente, se daba cuenta de que eso le parecía bien. Sin duda, pensaba que su madre merecía ver a su primer nieto, pero eso significaría abrir las cicatrices que había cerrado hacía poco más de un año cuando finalmente consiguió cerrar el caso del asesinato de su padre. Al cerrar ese caso, también había cerrado la puerta a esa parte de su pasado, incluyendo la terrible relación que siempre había tenido con su madre.

Era extraño lo mucho que pensaba en su madre ahora que tenía un hijo propio. Cada vez que abrazaba a Kevin, se recordaba a sí misma lo distante que había estado su madre incluso antes del asesinato de su padre. Mackenzie se juró a sí misma que Kevin siempre sabría que su madre lo amaba, que nunca dejaría que nada, ni Ellington, ni el trabajo, ni sus propios problemas personales, interfiriera con eso.

Era esto mismo lo que pululaba por su mente durante la duodécima noche después de traerse a Kevin a casa. Acababa de terminar de amamantar a Kevin para su alimentación nocturna, que había empezado a coincidir con el periodo entre la una y media y las dos de la madrugada. Ellington volvía a la habitación después de haber colocado a Kevin en su cuna en la habitación de al lado. En su día había sido un despacho en el que habían almacenado todos los documentos y artículos personales de la oficina, pero se había

convertido fácilmente en la habitación de su bebé.

“¿Por qué sigues despierto?”, preguntó, refunfuñando en su almohada mientras se recostaba.

“¿Crees que seremos buenos padres?”, preguntó.

Levantó la cabeza soñoliento y se encogió de hombros. “Creo que sí. Quiero decir, sé que lo serás. Pero yo... imagino que lo presionaré demasiado cuando empecemos con los deportes juveniles. Algo que mi padre nunca hizo por mí y que siempre sentí que me perdí”.

“Hablo en serio”

“Me lo imaginaba. ¿Por qué lo preguntas?”.

“Porque nuestras propias familias son terribles. ¿Cómo sabemos cómo criar a un niño de la manera correcta si tenemos experiencias tan horribles para inspirarnos?”.

“Me imagino que tomaremos nota de todo lo que nuestros padres hicieron mal y no haremos nada de eso”.

Alargó la mano en la oscuridad y la colocó en su hombro, para tranquilizarla. Si era honesta, ella quería que la envolviera en sus brazos y le diera un revolcón, pero aún no estaba completamente curada de la cirugía.

Yacieron allí, el uno al lado del otro, igual de exhaustos como de emocionados por sus vidas, hasta que el sueño se los llevó a ambos, el uno detrás del otro.

***

Una vez más, Mackenzie se encontraba caminando a través de hileras de maíz. Los tallos eran tan altos que no podía ver su parte superior. Las mazorcas de maíz en sí mismas, como dientes amarillos viejos que se clavan a través de encías podridas, se asomaban en medio de la noche. Cada mazorca medía fácilmente un metro de largo; el maíz y los tallos en los que crecían eran ridículamente grandes, lo que la hacía sentir como un insecto.

En algún lugar más adelante, un bebé estaba llorando. No se trataba de cualquier bebé, sino de su bebé. Podía reconocer los tonos y

el volumen de los lamentos del pequeño Kevin.

Mackenzie se fue a través de las hileras de maíz. Le abofetearon, los tallos y las hojas le hacían sangrar con demasiada facilidad. Cuando llegó al final de la hilera en la que se encontraba, tenía la cara cubierta de sangre. Podía saborearla en su boca y verla gotear desde su barbilla hasta su camisa.

Al final de la hilera, se detuvo. Delante de ella había tierra abierta, nada más que tierra, hierba muerta y el horizonte. Sin embargo, en medio de ella, había una pequeña estructura que ella conocía bien.

Era la casa en la que había crecido. Era de donde provenía el llanto.

Mackenzie corrió hacia la casa, sus piernas se movían mientras el maíz seguía pegado a ella y tratando de arrastrarla de vuelta al campo.

Corrió con más fuerza, dándose cuenta de que las costuras alrededor de su abdomen se habían abierto. Cuando llegó al porche de la casa, la sangre de la herida corría por sus piernas y se acumulaba en los escalones del porche.

La puerta principal estaba cerrada, pero todavía podía oír los lamentos. Su bebé, que estaba dentro, gritaba. Ella abrió la puerta y cedió fácilmente. Nada chillaba o rechinaba, la edad de la casa no era un factor. Antes de entrar, vio a Kevin.

Sentada en medio de una sala de estar estéril, la misma sala de estar en la que había pasado tanto tiempo de niña, había una sola mecedora. Su madre estaba sentada en ella, sosteniendo a Kevin y meciéndolo suavemente.

Su madre, Patricia White, la miró, con aspecto mucho más juvenil que la última vez que Mackenzie la había visto. Sonrió a Mackenzie, con ojos enrojecidos y de alguna manera desconocidos.

“Lo hiciste bien, Mackenzie. ¿Pero realmente pensaste que podías mantenerlo alejado de mí? ¿Por qué querrías hacerlo? ¿Tan mala fui? ¿Lo fui?”.

Mackenzie abrió la boca para decir algo, para exigir a su madre que le entregara el bebé. Pero cuando abrió la boca, todo lo que salió fue seda de maíz y tierra, cayendo de su boca al suelo.

Mientras tanto, su madre sonreía y agarraba a Kevin con fuerza, acariciándole el pecho.

Mackenzie se sentó en la cama, y un grito salió disparado desde detrás de sus labios.

"Jesús, Mac… ¿estás bien?".

Ellington estaba de pie en la puerta del dormitorio. Llevaba una camiseta y un par de pantalones cortos de correr, una indicación de que había estado haciendo ejercicio en su pequeño espacio en el dormitorio de huéspedes.

"Sí", dijo ella. "Solo era una pesadilla. Una pesadilla muy mala".

Luego miró el reloj y vio que eran casi las ocho de la mañana. De alguna manera, Ellington le había permitido dormir hasta tarde; Kevin se había estado despertando alrededor de las cinco o seis para su primera toma.

"¿Aún no se ha despertado?", preguntó Mackenzie.

"No, sí que lo hizo. Usé una de las bolsas de tu leche congelada. Sé que querías guardarlas, pero pensé que te dejaría dormir hasta tarde".

"Eres increíble", dijo ella, hundiéndose de nuevo en la cama.

"Y no lo olvides. Ahora vuelve a dormir. Te lo traeré cuando necesite que le cambies de nuevo. ¿Te parece un trato justo?".

Ella hizo un sonido de regodeo mientras se dormía de nuevo. Por un momento, todavía podía ver imágenes fantasmagóricas de la pesadilla en su cabeza, pero las apartó con pensamientos de su amante esposo y de un bebé que se alegraría de verla cuando se despertara.

***

Después de un mes, Ellington volvió a trabajar. El director McGrath había prometido que no recibiría casos intensos o prolongados mientras tuviera un bebé y una madre lactante en casa. Más que eso, McGrath también fue bastante indulgente en términos de horas. Había algunos días en que Ellington se iba a las ocho de la mañana y regresaba a casa a las tres de la tarde.

Cuando Ellington comenzó a trabajar, Mackenzie comenzó a sentirse como una madre. Echaba mucho de menos la ayuda de Ellington en esos primeros días, pero había algo especial en estar a solas con Kevin. Llegó a conocer su horario y sus peculiaridades un poco mejor. Y aunque la mayoría de sus días implicaba sentarse en el sofá para curarse mientras se deleitaba con las series de Netflix, todavía sentía que la conexión entre ellos no hacía sino crecer.

Sin embargo, Mackenzie nunca había sido de las que se quedaban sentadas sin hacer nada. Después de una semana más o menos, se empezó a sentir culpable por sus atracones de Netflix. Utilizó ese tiempo para empezar a leer historias de crímenes de verdad. Utilizó recursos de libros en línea, así como podcasts, tratando de mantener su mente activa y de averiguar las respuestas a estos casos de la vida real antes de que la narración llegara a su conclusión.

Visitó al médico dos veces en esas primeras seis semanas para asegurarse de que la cicatriz de la cesárea se estuviera curando adecuadamente. Aunque los médicos le decían lo rápido que se estaba curando, seguían enfatizando que un regreso a la normalidad tras tan poco tiempo podría causar consecuencias imprevistas. Le advirtieron que tuviera cuidado con algo tan común como agacharse para recoger algo del suelo que tuviera un peso significativo.

Era la primera vez en su vida que Mackenzie se había sentido realmente inválida. No le sentaba muy bien, pero tenía que concentrarse en Kevin. Tenía que mantenerlo feliz y saludable. Tenía que acostumbrarlo a un horario y, como ella y Ellington habían planeado durante el embarazo, también tenía que prepararse para separarse de él cuando llegara el momento de que él comenzara la guardería. Habían encontrado una guardería en su zona de buena reputación y ya tenían un lugar reservado. Mientras que la proveedora cuidaba a niños de tan sólo dos meses de edad, Mackenzie y Ellington habían decidido no meterlo hasta los cinco o seis meses. El lugar que habían reservado se abría justo después de que Kevin cumpliera los seis meses, dándole a Mackenzie suficiente tiempo para sentirse cómoda no sólo con el propio desarrollo de Kevin, sino también para prepararse para la separación.

Así que no tenía ningún problema en esperar a curarse del todo, siempre y cuando tuviera a Kevin con ella. Aunque no le molestaba que Ellington volviera a trabajar, se encontraba deseando que él pudiera estar allí durante el día de vez en cuando. Se estaba perdiendo todas las sonrisas de Kevin, todos los pequeños y lindos gestos que estaba desarrollando, los sonidos de los eructos y la variedad de

sonidos de los bebés.

A medida que Kevin comenzó a alcanzar hito tras hito, la idea de la guardería comenzó a crecer en su mente. Y con ello, la idea de volver al trabajo. Pensar en ello la excitaba, pero cuando miraba a los ojos de su hijo, no sabía si podía vivir una vida llena de peligro, con un arma en la cadera y la incertidumbre en cada esquina. Parecía casi irresponsable que ella y Ellington realizaran trabajos tan peligrosos.

La perspectiva de volver a trabajar, en la oficina o en cualquier cosa remotamente peligrosa, se hacía cada vez menos atractiva a medida que se acercaba más a su hijo. De hecho, para cuando el médico la autorizó para que hiciera ejercicio ligero un poco antes de los tres meses, no estaba segura de si quería volver al FBI.

CAPÍTULO TRES

Parque Nacional Grand Teton, Wyoming

Bryce estaba sentado al borde de la pared de la roca, con sus pies colgando en el aire. El sol se estaba poniendo, lanzando una serie de dorados y naranjas brillantes que se tornaban rojos cuanto más se acercaba el horizonte. Se masajeó las manos y pensó en su padre. Su equipo de escalada estaba detrás, guardado y listo para la siguiente aventura. Tenía una caminata de una milla y media antes de regresar a su coche, haciendo en total unas seis millas que habría recorrido a pie, pero por ahora, ni siquiera estaba pensando en su coche.

No estaba pensando en su coche, su casa, o en su nueva esposa. Su padre había muerto hacía un año y habían esparcido sus cenizas aquí, justo al borde sur de Logan's View. Su padre había muerto siete meses antes de que Bryce se casara y a sólo una semana del que hubiera sido su cincuenta y un cumpleaños.

Fue justo aquí, en la cara sur de Logan's View, donde Bryce y su padre celebraron la primera escalada completa que Bryce había hecho de la loma. Bryce sabía que no se consideraba tan difícil de escalar, aunque ciertamente lo había sido para un chaval de diecisiete años que, hasta ese momento de su vida, sólo había escalado rocas mucho más pequeñas más allá del Parque Nacional Grand Teton.

Honestamente, Bryce no entendía lo que era tan especial en este lugar. No estaba seguro de por qué su padre había pedido que sus cenizas fueran enterradas en este lugar. Había requerido que Bryce y su madre aparcaran en el aparcamiento de uso general a una milla y media de donde ahora estaba sentado, donde, hace poco menos de un año, habían esparcido las cenizas de su padre. Claro, el atardecer era bonito y todo eso, pero había muchas vistas panorámicas a lo largo del parque.

“Bueno, volví a subir, papá”, dijo Bryce. “He estado escalando aquí y allá, pero nada tan brutal como lo que tú hiciste”.

Bryce sonrió ante esta idea, pensando en la foto que le habían dado poco después del funeral de su padre. Su padre había probado a subir el Everest pero se había roto el tobillo después de sólo un día y medio de escalada. Había escalado glaciares en Alaska y numerosas formaciones rocosas sin nombre a lo largo de los desiertos americanos.

El hombre era como una leyenda en la mente de Bryce y así es como pretendía mantenerlo en su memoria.

Miró hacia la puesta de sol, seguro de que a su padre le hubiera gustado. Aunque, honestamente, con todos los atardeceres que había visto desde diferentes puntos de vista en sus años de escalada, este probablemente era uno más bien común.

Bryce suspiró, notando que no le salían las lágrimas como de costumbre. Poco a poco, la vida comenzaba a resultar más natural sin su padre. Todavía estaba de luto, claro, pero seguía hacia delante. Se puso de pie y se giró para recoger la mochila con su equipo de escalada. Entonces se detuvo brevemente, alarmado al ver a alguien que estaba justo detrás de él.

"Siento asustarte", dijo el hombre que estaba a menos de un metro de él.

¿Cómo diablos no lo oí?, se preguntó Bryce. Debe haberse movido muy silenciosamente... y a propósito. ¿Por qué estaba tratando de acercarse sigilosamente a mí? ¿Para robarme? ¿Para llevarse mi equipo?

"No te apures", dijo Bryce, eligiendo ignorar al hombre. Parecía tener unos treinta y tantos años, con una fina cubierta de barba que le cubría el mentón y una delgada media estilo gorro que le cubría la cabeza.

"Bonita puesta de sol, ¿eh?", preguntó el hombre.

Bryce cogió su bolsa, se la puso a la espalda y empezó a avanzar. "Sí, claro que sí", respondió.

Empezó a caminar junto al hombre, con la intención de pasar de largo sin siquiera mirarlo. Pero el hombre se acercó y bloqueó su camino con el brazo. Cuando Bryce trató de rodearlo, el hombre lo agarró del brazo y lo empujó hacia atrás.

Cuando volvió a tropezar, Bryce fue muy consciente de todo el espacio abierto que estaba esperando a menos de cinco pies detrás de él, cerca de unos cuatrocientos pies de espacio abierto, para ser exactos.

Bryce había dado un solo puñetazo en su vida; había sido en segundo grado, en el patio de recreo, cuando un idiota le había contado un chiste tonto sobre "tu mamá". Aun así, Bryce se encontró a sí mismo cerrando el puño en ese momento, totalmente preparado

para luchar si tenía que hacerlo.

“¿Cuál es tu problema?”, preguntó Bryce.

“La gravedad”, dijo el hombre.

Hizo un movimiento en ese instante, no un puñetazo, sino más bien una acción de lanzamiento. Bryce lanzó una muñeca hacia arriba para bloquearle, dándose cuenta de lo que había en la mano del hombre justo cuando captaba el brillo dorado del reflejo de la puesta de sol en su superficie metálica.

Un martillo.

Le golpeó la frente lo suficientemente fuerte como para hacer un sonido que, para Bryce, sonaba como algo que podría salir de una caricatura. Pero el dolor que siguió no fue divertido ni cómico en absoluto. Parpadeó, absolutamente aturdido. Dio un solo paso hacia atrás, mientras cada nervio de su cuerpo trataba de recordarle que había una caída de cuatrocientos pies detrás de él.

Pero sus nervios estaban ralentizados, el ataque contundente en su frente le había producido un dolor cegador en el cráneo y tenía una sensación de adormecimiento en la espalda.

Bryce se dobló, cayendo de rodillas. Y ahí fue cuando el hombre extendió la mano con el pie y le dio una patada a Bryce directamente en el centro del pecho.

Bryce apenas sintió el impacto. Su cabeza ardía como el fuego. Pero la patada le hizo retroceder, y su costado golpeó el suelo con suficiente fuerza como para hacer que rebotara todavía más.

Sintió que la gravedad se apoderó de él de inmediato, pero estaba confundido en cuanto a que era, exactamente, lo que había sucedido.

Su corazón se aceleró y su mente llena de dolor entró en modo de pánico. Trató de respirar mientras sus músculos tiraban de él, agitándose en busca de cualquier tipo de asidero.

Pero allí no había nada. Sólo estaba el aire libre, el viento creado por su descenso pasando junto a sus oídos y, segundos después, la explosión más breve de dolor cuando golpeó la tierra de la planicie. En la única respiración que le quedaba dentro, vio el tinte rojo sobre el lateral de la pared que acababa de escalar, con su última puesta de sol escoltándole hacia el olvido.

CAPÍTULO CUATRO

Lo que al principio se había sentido como un paraíso, enseguida comenzó a parecerle una especie de prisión. Aunque todavía amaba a su hijo más de lo que podía explicar, Mackenzie se estaba volviendo loca. El paseo ocasional alrededor de la manzana ya no le resultaba suficiente. Cuando el médico le dio el visto bueno para que hiciera ejercicio ligero y empezara a acelerar el ritmo dentro de casa, al instante pensó en hacer footing o incluso en hacer pesas ligeras. Estaba baja de forma, quizás más de lo que había estado en más de cinco años, y los abdominales de los que a menudo se enorgullecía estaban enterrados bajo el tejido de la cicatriz y una capa de grasa con la que no estaba familiarizada.

En uno de sus momentos más débiles, comenzó a llorar incontrolablemente una noche al salir de la ducha. Como siempre marido obediente y cariñoso, Ellington había venido corriendo al baño para encontrarla apoyada sobre el lavabo.

"Mac, ¿qué pasa? ¿Estás bien?".

"No. Estoy llorando. No estoy bien. Y estoy llorando por una completa estupidez".

"¿Como qué?".

"Como por el cuerpo que acabo de ver en el espejo".

"Ah, Mac....mira, ¿recuerdas cuando hace unas semanas me dijiste que habías leído que te pondrías a llorar por cosas sin sentido? Bueno, creo que esta es una de ellas".

"Esa cicatriz de la cesárea estará ahí el resto de mi vida. Y el peso... no va a ser fácil quitárselo".

"¿Y por qué te molesta esto?", preguntó. No estaba tomando el enfoque del amor duro, pero tampoco la estaba mimando. Era un duro recordatorio de lo bien que la conocía.

"No debería. Y honestamente, creo que el llanto se debe a otra cosa... solo necesité un vistazo a mi cuerpo para sacarlo todo a flote".

"No hay nada de malo con tu cuerpo".

“Tienes que decir eso”.

“No, no tengo que hacerlo”.

“¿Cómo puedes mirar esto y quererlo?”, preguntó.

Él le sonrió. “Es bastante fácil. Y mira... sé que el doctor te autorizó para hacer ejercicio ligero. Así que, ya sabes... si me dejas hacer todo el trabajo...”.

Con eso, volvió a echar una mirada coqueta a través de la puerta del baño y hacia el dormitorio.

“¿Qué hay de Kevin?”.

“Tomando su siesta de la tarde”, dijo. “Aunque probablemente se despertará en un minuto o dos. Lo que pasa es que ya han pasado poco más de tres meses. Así que no espero que nada de lo que pase allí lleve mucho tiempo”.

“Eres un idiota”.

Ellington le respondió con un beso que no solo la calmó, sino que también borró instantáneamente la manera en que se había estado sintiendo consigo misma. La besó profunda y lentamente y Mackenzie pudo sentir los tres meses que llevaba guardados dentro de él. La llevó suavemente al dormitorio y, como él mismo había sugerido, hizo todo el trabajo con cariño y habilidad.

Kevin se despertó a la hora perfecta, tres minutos después de que terminaran. Cuando entraron juntos a su habitación, Mackenzie le pellizcó el trasero. “Creo que eso fue algo más que simple ejercicio ligero”.

“¿Te sientes bien?”.

“Me siento de maravilla”, dijo. “Tan de maravilla que creo que podría probar el gimnasio esta noche. ¿Crees que puedes vigilar al hombrecito mientras yo salgo un rato?”.

“Por supuesto. Pero no te pases”.

Y eso fue todo lo que fue necesario para motivar a Mackenzie. Nunca había hecho nada a medias. Eso incluía hacer ejercicio y, aparentemente, ser madre. Tal vez por eso, poco más de tres meses después de traer a Kevin a casa, se sentía culpable al salir por primera

vez. Había ido antes al supermercado y al médico, pero era la primera vez que salía sabiendo que iba a estar lejos de su bebé durante más de una hora.

Llegó al gimnasio justo después de las ocho, así que la mayoría de la gente ya se había ido. Era el mismo gimnasio que había frecuentado al empezar en la oficina, antes de depender de las propias instalaciones del bureau. Le encantaba estar de vuelta aquí, en una cinta para correr como cualquier otra persona en la ciudad, luchando con las anticuadas bandas de resistencia y haciendo ejercicio solo para estar activa.

Sólo se las arregló durante media hora antes de que le empezara a doler el abdomen. También tenía un calambre severo en su pierna derecha que intentó ejercitar, pero sin éxito. Se tomó un descanso, probó la cinta de correr de nuevo, y decidió dejarlo para otro día.

Ni siquiera intentes ser dura contigo mismo, pensó, pero era la voz de Ellington en su cabeza. Has hecho otro ser humano dentro de ti y luego te han cortado para sacarlo. No vas a volver a meterte en esto como Superwoman. Dale algo de tiempo.

Había empezado a sudar, y eso era suficiente para ella. Volvió a casa, se duchó y amamantó a Kevin. Estaba tan contento que se quedó dormido mientras le chupaba la teta, algo que los médicos le habían desaconsejado. Sin embargo, ella lo permitió, manteniéndolo allí hasta que ella también se sintió cansada. Cuando lo puso a dormir, Ellington estaba en la mesa de la cocina, trabajando en algunos temas de investigación con el caso que tenía entre manos.

"¿Estás bien?", le preguntó mientras pasaba por la sala de estar.

"Sí. Creo que me pasé en el gimnasio. Me duele un poco. Y cansada, también".

"¿Necesitas que haga algo?".

"No. ¿Quizás por la mañana me puedas ayudar con un poco de ejercicio ligero otra vez?".

"Encantado de ayudarle, señora", dijo con una sonrisa frente a la pantalla de su portátil.

Ella también estaba sonriendo cuando se fue a la cama. Su vida se sentía completa y tenía calambres dolorosos en las piernas, la sensación de que sus músculos empezaban a aprender para qué habían

sido utilizados. Se quedó dormida en un minuto, totalmente agotada.

No tenía ni idea de que volvería a tener el sueño del enorme campo de maíz, de que su madre sostendría a su bebé.

Y, de la misma manera, no tenía ni idea de lo mucho que le afectaría esta vez.

***

Cuando la pesadilla la despertó esta vez, salió un grito de su boca. Cuando se sentó sobre la cama, lo hizo con tanta fuerza que casi se cae del colchón. Junto a ella, Ellington también se sentó, con un jadeo en la garganta.

"Mackenzie... ¿qué pasa? ¿Estás bien?".

"Es solo una pesadilla. Eso es todo".

"Suena como si fuera terrible. ¿Hay algo de lo que quieras hablar?".

Con el corazón todavía martilleándole en el pecho, se recostó. Por un momento, estuvo segura de que podía saborear la suciedad de la pesadilla que tenía en la boca. "No en profundidad. Es solo que.... creo que necesito ver a mi madre. Necesito hacerle saber lo de Kevin".

"Eso es normal", dijo Ellington, claramente desconcertado por la pesadilla y su efecto en ella. "Supongo que tiene sentido".

"Podemos hablar de ello más tarde", dijo, sintiendo ya cómo le llamaba el sueño. Las imágenes de la pesadilla todavía estaban allí con ella, pero ella sabía que, si no se volvía a dormir pronto, iba a ser una larga noche.

Se despertó varias horas después con el sonido de Kevin llorando. Ellington ya estaba empezando a levantarse de la cama, pero ella extendió la mano y puso la suya sobre su pecho. "Ya voy yo", dijo ella.

Ellington no se resistió mucho. Poco a poco estaban empezando a volver a un horario de sueño relativamente normal, y ninguno de los dos estaba ansioso por ponerlo a prueba. Además, tenía una reunión por la mañana, algo sobre un nuevo caso en el que iba a ser el líder de un equipo de vigilancia. Le había contado todo durante la cena, pero

Mackenzie había estado demasiado perdida en sus propios pensamientos. Últimamente, su atención había estado de lo más dispersa y le resultaba difícil concentrarse, especialmente cuando Ellington hablaba de trabajo. Aunque lo echaba de menos y le tenía cierta envidia, todavía no podía ni soñar con dejar a Kevin, por muy buena que fuera la guardería.

Mackenzie entró en la habitación del bebé y lo sacó suavemente de la cuna. Kevin había llegado al punto en el que ponía fin a su llanto (mayormente) en el momento en que uno de sus padres acudía a él. Sabía que iba a conseguir lo que necesitaba y ya había aprendido a confiar en sus propios instintos. Mackenzie le cambió el pañal y luego se sentó en la mecedora y lo acunó.

Su mente se desvió hacia sus padres. Obviamente, no recordaba cómo la alimentaban cuando era bebé. Pero la mera idea de que su madre la hubiera amamantado en cierta ocasión era demasiado como para siquiera imaginarla. Sin embargo, ahora sabía que la maternidad traía consigo un nuevo filtro a través del cual ver el mundo. Tal vez el filtro de su propia madre había sido sesgado, y tal vez incluso totalmente destruido cuando su marido había sido asesinado.

¿He sido demasiado dura con ella todo este tiempo?, se preguntó.

Mackenzie terminó de amamantar a Kevin, pensando largo y tendido en su futuro, no sólo para las próximas semanas, cuando su licencia de maternidad llegaría a su fin, sino para los meses y años venideros y la mejor manera de gastarlos.

CAPÍTULO CINCO

Finalmente, a Mackenzie le empezaba a quedar la ropa bien otra vez, y unos cuantos viajes repetidos al gimnasio la hicieron sentir que recuperar su físico de hace un año o más o menos no era tan difícil como ella pensaba. Estaba casi completamente curada de la cirugía y estaba empezando a recordar cómo había sido su vida antes de haber prestado su cuerpo para el crecimiento y desarrollo de su hijo.

A medida que la licencia de maternidad de Mackenzie se acercaba cada vez más a su fin, empezó a comprender que iba a ser más difícil volver a trabajar de lo que había pensado. No obstante, incluso antes de eso, había que lidiar con la cuestión de su madre. Había surgido aquí y allá en conversaciones con Ellington desde la última vez que tuvo la pesadilla, pero se había asegurado de no comprometerse a nada. Después de todo, no era normal que tuviera un fuerte deseo de ver a su madre. Por lo general, evitaba a toda costa cualquier interacción con ella o incluso conversaciones sobre ella.

Pero ahora, cuando sólo le quedaban ocho días de su licencia de maternidad, tenía que tomar una decisión. Había utilizado a Kevin como excusa principal para no hacer el viaje, pero ahora ya llevaba en la guardería una semana y parecía que le iba bastante bien con el ajuste.

Además, en su corazón, ya había tomado su decisión. Estaba sentada en la barra entre la cocina y la sala de estar, segura de que iba a ir. Sin embargo, en realidad, apretar el gatillo y decidirse a hacer el viaje era muy diferente a aceptar la idea de ello.

“¿Puedo preguntarte algo que podría sonar como una pregunta tonta?”, preguntó Ellington.

“Siempre”.

“¿Qué es lo peor que podría pasar? Vas allí, es incómodo y no logras nada. Vuelves aquí con tu feliz bebé y tu sexy marido y la vida vuelve a la normalidad”.

“Tal vez tengo miedo de que todo salga bien”, dijo Mackenzie.

“Ah, no estoy muy seguro de entender eso”.

“¿Qué pasa si va bien y ella quiere ser parte de mi vida, de

nuestras vidas?".

Kevin estaba sentado en su silla de gorila, mirando fijamente al pequeño móvil de criaturas acuáticas que se encontraba en la parte delantera de la silla. Mackenzie lo miró al hacer ese último comentario, haciendo todo lo que podía por no pensar en esa imagen de su madre de las pesadillas, sentada en esa maldita mecedora.

"¿Estarías bien tú aquí con Kevin, solo?", preguntó ella.

"Creo que puedo manejarlo. Podemos tener algo de tiempo libre".

Mackenzie sonrió. Trató de imaginarse a Ellington como lo había conocido originalmente hacía casi dos años y medio, pero era difícil. Había madurado más allá de todas las expectativas, pero al mismo tiempo había conseguido ser más vulnerable con ella. No había manera de que hubiera mostrado un lado tan cariñoso o guasón de sí mismo cuando se habían conocido por primera vez.

"Entonces voy a hacerlo. Dos días, eso es todo, y eso es sólo para no estar viajando constantemente".

"Muy bien. Reserva una habitación de motel. Una buena, con un jacuzzi en la habitación. Duerme hasta tarde. Después de seis meses de aprender a ser madre y de ajustar constantemente los horarios de sueño, creo que te lo has ganado".

Sus ánimos eran genuinos y aunque él no había dicho tanto, ella estaba bastante segura de que sabía por qué. Básicamente, había renunciado a cualquier tipo de escena de abuelos normal por su parte de la familia. Tal vez si pudiera arreglar algunas cosas con su madre, Kevin podría tener algún tipo de abuela normal. Ella quería preguntarle sobre esto, pero decidió no hacerlo. Tal vez después de que ella regresara y supiera si el viaje había sido un fracaso o no.

Tomó su ordenador portátil, se sentó en el sofá y se conectó a Internet para comprar su billete. Cuando terminó de llenar todo y dio el último clic del ratón, sintió como si el peso del mundo se le hubiera quitado de encima de los hombros. Cerró la parte superior del portátil y suspiró. Entonces miró a Kevin, todavía en su asiento de gorila, y le lanzó una sonrisa resplandeciente, asomando su nariz hacia él. Fue recompensada con una lenta sonrisa de amanecer.

"De acuerdo", dijo ella, mirando hacia Ellington. Todavía estaba en la cocina, limpiando la cena. "Ya compré el billete. Mi vuelo sale mañana por la mañana a las once y media. ¿Estás bien para recoger al

hombrecito de la guardería?”.

“Claro. Y eso dará comienzo a dos días de libertinaje absoluto impulsado por la mano masculina. Me temo que ninguno de los dos volverá a ser el mismo”.

Mackenzie sabía que él estaba haciendo todo lo posible para mantener su pensamiento positivo. Hasta cierto punto estaba ayudando, pero su mente ya estaba en otra cosa: un último recado que quería hacer antes de salir de DC.

“Sabes”, dijo ella, “si te parece bien, podrías dejarlo en la guardería tú también. Creo que necesito hablar con McGrath”.

“¿Por fin tomaste una decisión sobre eso, también?”.

“No lo sé. Quiero regresar. No sé qué más haría con mi vida, de verdad. Pero... ser madre... quiero darle a Kevin lo que nunca tuve en lo que se refiere a unos padres, ¿sabes? Y los dos trabajando como agentes del FBI... ¿qué clase de vida sería esa para él?”.

“Todo esto es de lo más pesado”, dijo. “Sé que hemos hablado de ello varias veces, pero no creo que sea una decisión que tengas que tomar ahora mismo. Creo que tienes razón; háblalo con McGrath. Nunca se sabe lo que ese hombre está pensando. Tal vez haya formas de evitarlo. Tal vez... no sé... ¿tal vez un papel diferente?”.

“¿Quieres decir como si ya no fuera una agente?”.

Ellington se encogió de hombros y se acercó para sentarse a su lado. “Por eso siento que puedo entender por lo que estás pasando”, dijo, tomando su mano. “Literalmente no te veo siendo otra cosa que una agente”.

Mackenzie le sonrió, esperando que supiera lo bien que se le daba saber exactamente qué decir. Era el impulso preciso que necesitaba para levantar el teléfono y hacer una llamada a McGrath fuera de horas de oficina. No lo había hecho mucho en su carrera, y nunca cuando no se trataba de un caso, pero de repente sintió la urgencia de hacerlo.

Y se hizo más fuerte cuando escuchó que el teléfono empezaba a sonar en su oído.

***

Esperaba que McGrath se irritara al encontrarse con ella a una hora tan temprana. Pero cuando encontró la puerta de su oficina ya abierta a las ocho en punto, McGrath ya estaba apostado detrás de su escritorio. Tenía una taza de café en las manos mientras repasaba una pequeña pila de informes. Cuando él la miró al entrar, la sonrisa que había en su cara parecía genuina.

"Agente White, me alegro mucho de verte", dijo.

"Igualmente", dijo ella, sentándose al lado opuesto de su escritorio.

"Se te ve descansada. ¿Por fin se ha metido el bebé en un horario de sueño normal?".

"Bastante normal", dijo. Ya se sentía incómoda. McGrath no era uno de los que típicamente se dedicaba a la cháchara. La idea de que él estuviera realmente contento de verla de vuelta en el edificio cruzó su mente y la hizo sentir casi culpable por la razón que había detrás de su reunión.

"De acuerdo, así que tú me pediste esta reunión, y tienes media hora antes de la próxima", dijo. "¿Qué pasa?".

"Bueno, mi permiso de maternidad termina el próximo lunes. Y si soy sincera, no sé si estoy lista para volver".

"¿Es por algo físico?", preguntó. "Sé que la curación de una cesárea puede ser agotadora y llevar mucho tiempo".

"No, no es eso. Los doctores básicamente me han dado el visto bueno para casi todo. Si te soy sincera, me siento devastada por lo que tengo que hacer". Estaba alarmada al sentir el ardor de las lágrimas asomando a las esquinas de sus ojos.

Aparentemente, McGrath también las vio, y lo sintió por ella. Hizo lo mejor que pudo para parecer casual mientras se inclinaba hacia delante y hablaba, mirando hacia otro lado para darle la dignidad de enjugarse las lágrimas antes de que se le escaparan.

"Agente White, he estado en el FBI casi treinta años. En mi tiempo aquí, he visto a innumerables agentes femeninas casarse y tener hijos. Algunas de ellos dejaron la oficina o, al menos, asumieron un papel con menos riesgos. No puedo sentarme aquí y decirte que

entiendo por lo que estás pasando porque eso sería una mentira, pero lo he visto. A veces sucedió con agentes con las que nunca hubiera esperado tener que alejarme. ¿Aquí es donde quieres llegar?”.

Ella asintió. “Quiero volver. Lo echo en falta... más de lo que puedo admitir, en realidad. Honestamente, ni siquiera sé lo que estoy pidiendo. ¿Quizás unas semanas más? Sé que eso es pedir privilegios especiales o lo que sea, pero no puedo tomar esta decisión ahora mismo”.

“Lo mejor que puedo hacer es darte otra semana. Si la quieres. O puedes volver y te puedo asignar un trabajo de escritorio. Investigación, números, vigilancia móvil, algo así. ¿Te interesaría eso?”.

Honestamente, nada de eso le interesaba. Pero al menos era algo. Allí tenía a McGrath dándole la prueba que necesitaba para saber que tenía opciones disponibles.

“Tal vez lo haría”, dijo ella.

“Bueno, tómate el fin de semana para pensarlo. Tal vez vete a algún lado a poner orden en tus pensamientos”.

“Oh, voy a algún lado, no lo dudes. De vuelta a Nebraska para una visita”.

No estaba segura de por qué le había dicho eso. Se preguntó si McGrath siempre había sido tan tratable o si tal vez tenía algún tipo de aura más suave a su alrededor, lo que lo hacía más accesible. Era extraño. Sólo había estado de baja tres meses y de repente McGrath parecía una persona diferente, más cariñosa, más amistosa.

“Me alegro de oírlo. ¿Dejas a Ellington solo con el bebé? ¿No es eso un poco valiente?”.

“No lo sé”, dijo con una sonrisa. “Parece que lo está deseando”.

McGrath asintió educadamente, pero estaba claro que su mente estaba en otra parte. “White... ¿pediste esta reunión para pedirme consejo? ¿O sólo para saber cómo reaccionaría si me decías que estabas pensando en irte?”

Mackenzie solo se encogió de hombros mientras respondía: “Tal vez un poco de ambos”.

“Bueno, puedo decir sin lugar a dudas que preferiría que te quedaras. Tu historial habla por sí mismo y, por mucho que odie admitirlo, tus instintos son casi sobrenaturales. Nunca he visto nada parecido en todos mis años en el FBI. Creo que sería un absoluto desperdicio que dejaras tu carrera atrás a una edad tan temprana. Por otro lado, he criado dos hijos, un niño y una niña. Ambos son adultos hoy en día, pero criarlos fue una de las experiencias más agradables y gratificantes de mi vida”.

“No tenía ni idea de que tenías hijos”, dijo ella.

“Tiendo a no hablar demasiado de mi vida personal mientras estoy en el trabajo. Pero en un caso como este, con algo tan valioso como tu carrera en juego, no me importa echarle un vistazo entre bastidores”.

“Te lo agradezco”.

“Así que... ve y disfruta de tu fin de semana en casa. ¿Quieres que nos volvamos a ver el lunes para ver qué viene después?”.

“Eso suena bien”, dijo ella, aunque el lunes parecía estar muy lejano. Para cuando se levantó de la silla, supo que su siguiente parada era el aeropuerto. Y después de eso, volvería a Nebraska.

Cuando regresó al edificio del FBI, se sintió como si se estuviera tendiéndose una trampa. Para la mayoría de la gente, los fantasmas de su pasado tendían a perseguirlos. Sin embargo, mientras se preparaba para regresar a Nebraska y reunirse allí con su madre, Mackenzie sintió que no solo estaba despertando a esos fantasmas, sino que también les estaba dando una amplia oportunidad de prepararse para su acoso.

CAPÍTULO SEIS

Era la una y cuarto del mediodía en Nebraska cuando su avión aterrizó en Lincoln. Se había pasado la mayor parte del vuelo tratando de planear cómo iría el viaje, pero hasta que no oyó cómo chirriaban las ruedas en la pista de aterrizaje, no decidió que todo lo que tenía que hacer era dejarse de pamplinas y terminar con esto. Todavía podía disfrutar de esa noche a solas en una lujosa habitación de hotel, que ya había reservado. Y podría hacerlo después de acabar con la parte más difícil del camino.

Había usado los recursos de la oficina de una manera un tanto superficial para averiguar que su madre seguía trabajando en la misma posición en la que estaba cuando se cruzaron por última vez hace poco más de un año. Todavía formaba parte del equipo de limpieza de un Holiday Inn ubicado en el pequeño pueblo de Boone's Mill. Y afortunadamente, Boone's Mill estaba a dos horas de Belton, el pequeño pueblo donde había crecido, ahora ya una ciudad, que planeaba visitar antes de regresar a casa.

Un impulso distinto la espoleó mientras se dirigía hacia la estación de alquiler de coches en el aeropuerto veinte minutos más tarde. Sabía que a media hora de este mismo aeropuerto estaba el edificio donde había comenzado su carrera como detective. Pensó en el hombre con el que había trabajado durante casi tres años antes de que el FBI la cortejara, un hombre llamado Walter Porter que, en alguna parte por detrás de su tedio ante la idea de tener que trabajar con una mujer y su arraigado sexismo, le había enseñado mucho sobre lo que se necesitaba para hacer cumplir la ley con eficacia. Se preguntaba qué estaría tramando. Probablemente ya estaría retirado, pero el hecho de estar de vuelta aquí, tan cerca de la estación, hizo que Mackenzie pensara en ponerse al día.

Una costra a la vez, se dijo a sí misma mientras recogía las llaves que le dio una mujer gruñona detrás del mostrador.

Una vez salió a la carretera, Mackenzie sacó el número del Holiday Inn de su madre, para asegurarse de que estaba trabajando en ese momento. Resultó que su turno terminaba en media hora, lo que significaba que a Mackenzie le faltaba una hora para poder encontrarse con su madre en el hotel. Sin embargo, eso no era una gran preocupación, ya que Mackenzie también tenía la dirección de la casa de su madre.

Se sorprendió al descubrir que el terreno plano y la atmósfera familiar de Nebraska la calmaban significativamente. No había ansiedad ni miedo en reunirse con su madre. En todo caso, la tierra abierta y el cielo hicieron que extrañara a Kevin. Cuando se dio cuenta de que no había estado lejos de él durante tanto tiempo, su corazón se hundió en su pecho. Por un momento, le costó respirar. Pero luego pensó en Ellington y Kevin, juntos en el apartamento cuando el día tocara a su fin. Ellington era un padre sobresaliente, de maneras que todavía la sorprendían a diario. Empezó a entender que quizás Ellington necesitaba este tiempo a solas con su hijo tanto como ella necesitaba este tiempo para aventurarse de nuevo hacia su pasado y tratar de arreglar las cosas con su madre.

Si estas son las emociones por las que pasan todos los padres, pensó, tal vez haya sido demasiado dura mi madre.

De todos los pensamientos que habían estado rodando por su cabeza desde que se subió al avión en D.C., este fue el que le hizo llorar. Sabía que su padre había tratado con algunos de sus propios demonios, aunque la naturaleza de los mismos hubiera sido vaga en el mejor de los casos, ya que su madre nunca lo había criticado delante de ella o de Stephanie. Mackenzie trató de aplicar eso al hecho de que su madre se hubiera quedado viuda, con dos hijas que criar. Era muy posible (y esto era algo que Mackenzie había considerado con anterioridad) que ella mantuviera una opinión tan elevada de su padre porque él había muerto cuando ella era joven. De joven, no tenía motivos para dudar de él ni para verlo como otra cosa que no fuera su propio héroe personal. Pero, ¿qué hay de la madre que había intentado criar a dos niñas, fracasando en última instancia, para recibir luego el desprecio no solo de la mayor parte de la comunidad, sino también de una de sus propias hijas?

Mackenzie logró sonreír a través de las lágrimas mientras se las secaba. Se preguntaba si estos pensamientos se estaban volviendo tan claros de repente porque ahora ella también era madre. Había oído que las mujeres cambiaban muchas facetas de sus actitudes cuando tenían un hijo, pero nunca lo habían considerado realmente. Pero aquí estaba ella, prueba viviente de esa teoría, mientras sentía que su corazón comenzaba a ablandarse por una mujer a la que esencialmente había demonizado durante la mayor parte de su vida.

Nebraska pasaba junto al coche, llevando a Mackenzie de vuelta a su pasado. Y por primera vez desde que dejó el estado, se encontró casi ansiosa por volver a ese pasado y dejar que las cartas cayeran donde tuvieran que hacerlo.

***

Patricia White vivía en un apartamento de dos dormitorios a seis millas del Holiday Inn donde trabajaba. Estaba ubicado en un pequeño complejo que no estaba muy deteriorado, pero que necesitaba un poco de mantenimiento y atención. Mackenzie tenía su teléfono en la mano, con su dirección y el número de su apartamento en la pantalla por cortesía de algún turbio uso de recursos de la oficina.

Cuando se acercó al apartamento de su madre en el segundo piso, no dudó en llegar a la puerta ni sus pensamientos se congelaron como se estaba esperando. Golpeó la puerta de inmediato, haciendo todo lo posible para no pensar demasiado en ello. La única pregunta real era cómo iniciar la conversación... cómo adentrarse en el agua en lugar de saltar y patalear sin saber lo que hacía.

Escuchó pasos que se acercaban después de unos momentos. Cuando la puerta se abrió y vio la mirada de sorpresa en la cara de su madre, entonces fue cuando Mackenzie se quedó helada. No estaba segura de cuándo había visto sonreír a su madre por última vez, así que la sonrisa que se extendió por su cara hizo que Mackenzie se sintiera como si estuviera mirando a una mujer diferente.

“Mackenzie”, dijo su madre, con voz débil y excitada. “Dios mío, ¿qué haces aquí?”.

“Tomé unos días libres y pensé en venir a saludar. Eso no era del todo mentira, así que le pareció bien por el momento.

“¿Y no me llamas antes?”.

Mackenzie se encogió de hombros. “Lo pensé, pero también sabía cómo iba a ir. Además... sólo necesitaba alejarme por un tiempo”.

“¿Estás bien?”. Parecía genuinamente preocupada.

“Estoy bien, mamá”.

“Bueno, pasa, pasa. El lugar es un desastre, pero con suerte podrás pasarlo por alto”.

Makenzie entró y vio que el lugar no era un desastre en absoluto. De hecho, estaba bastante ordenado. Su madre había decorado

mínimamente, lo que le facilitaba a Mackenzie ver la vieja foto que tenía de Stephanie y ella sentadas en la mesita junto al sofá.

"¿Cómo has estado, mamá?".

"Bien. Muy bien, en realidad. He estado ahorrando algo de dinero aquí y allá, así que pude acabar de pagar la deuda. Conseguí un ascenso en el trabajo... todavía no es mucho para un trabajo, pero el dinero es mejor y dirijo a unas cuantas mujeres en el equipo. ¿Qué hay de ti?".

Mackenzie se sentó en el sofá, esperando que su madre hiciera lo mismo. Se sintió agradecida cuando lo hizo. Nunca le había gustado eso de decir que tal vez quieras sentarte para esto porque le parecía demasiado dramático.

"Bueno, tengo algunas noticias", dijo ella. Comenzó el lento proceso de abrir su carpeta de Fotos en el teléfono y se desplazó en busca de una foto en particular. "Sabes que Ellington y yo nos casamos, ¿verdad?".

"Sí, lo sé. Es curioso que aún lo llames por su apellido. ¿Es como una cosa de trabajo?"

Mackenzie no pudo evitar reírse. "Sí, creo que sí. ¿Estás enfadada porque te perdiste la boda?".

"Oh Dios no. Odio las bodas. Esa podría ser la decisión más inteligente que hayas tomado".

"Gracias", dijo ella. Sus nervios burbujeaban como lava cuando las siguientes palabras salieron de su boca. "Mira, vine aquí porque tengo algo más que compartir contigo".

Al decir eso, le ofreció su teléfono. Su madre lo tomó y miró la foto de Kevin en su pequeña manta de hospital, con solo dos días, justo antes de salir del hospital.

"¿Este es...?", preguntó Patricia.

"Ya eres abuela, mamá".

Las lágrimas fueron instantáneas. Patricia dejó caer el teléfono al sofá y se puso las manos sobre la boca. "Mackenzie... es precioso".

"Sí que lo es".

“¿Cuántos años tiene? Te veo demasiado bien para haberlo tenido hace poco”.

“Poco más de tres meses”, dijo Mackenzie. Entonces volvió la vista hacia otro lado, para alejarse de la leve punzada de dolor que cruzó el rostro de su madre. “Lo sé. Lo siento mucho. Quise llamarte antes, para que lo supieras. Pero después de la última vez que hablamos... Mamá, ni siquiera sabía si querrías saberlo”.

“Lo entiendo”, dijo de inmediato. “Y significa mucho para mí que hayas venido a decírmelo en persona”.

“¿No estás molesta?”.

“Dios, no. Mackenzie... podrías no habérmelo dicho jamás. No habría notado la diferencia. Creo que estaba totalmente preparada para no volver a verte nunca más y... y yo...”

“Está bien, mamá”.

Quería acercarse a ella, tomar su mano o abrazarla. Pero ella sabía que cualquier cosa así resultaría forzada y extraña para ambas.

“Me compré una licuadora nueva la semana pasada”, dijo su madre, de repente.

“Um... está bien”.

“¿Bebes margaritas?”.

Mackenzie sonrió y asintió. “Dios, sí. No he tomado un trago en un año”.

“¿Estás dándole el pecho? ¿Puedes beber?”.

“Lo estoy haciendo, pero ya tenemos suficiente en el congelador”.

Su madre puso cara de confusión, pero luego se echó a reír. “Lo siento, pero todo esto es tan surrealista... tener un bebé, almacenar leche materna...”.

“Es que es surrealista”, asintió Mackenzie. “Y también lo es estar aquí. Así que.... ¿cómo vamos con esos margaritas?”.

***

“Fue tu última visita aquí la que lo fastidió todo”, dijo Patricia.

Estaban sentadas en el sofá, cada una sosteniendo un margarita. Se sentaron en extremos opuestos, dejando claro que todavía no estaban lo suficientemente cómodas con la situación.

“¿Qué hay de esa visita?”, preguntó Mackenzie.

“No es que fuera una grosera ni nada, pero vi lo bien que te estaban yendo las cosas. Y me dije a mí misma, ella salió de mí. Sé que no fui una gran madre… en absoluto. Pero estoy orgullosa de ti, aunque no tuve mucho que ver con la forma en que saliste. Me hizo sentir que yo también podía hacer algo de mí misma”.

“Es que puedes”.

“Lo estoy intentando”, dijo ella. “Cincuenta y dos años y finalmente sin deudas. Por supuesto, trabajar en un hotel no es la mejor de las carreras…”.

“Sí, pero ¿eres feliz?”, preguntó Mackenzie.

“Lo soy. Más ahora que has venido de visita. y me estás contando estas maravillosas noticias”.

“Desde que cerré el caso de papá… no lo sé. Si soy sincera, creo que traté de sacarme de la cabeza cualquier idea de ti. Pensé que, si podía poner lo que le pasó a papá en el pasado, también podría ponerte a ti. Y yo estaba totalmente dispuesta a hacerlo. Pero entonces llegó Kevin y Ellington y yo nos dimos cuenta de que en realidad no le estábamos dando a nuestro bebé mucha familia además de nosotros dos. Queremos que Kevin tenga abuelos, ¿sabes?”.

“Y también tiene una tía”, dijo Patricia.

“Lo sé. ¿Dónde está Stephanie?”.

“Por fin se decidió a mudarse a Los Ángeles. Ni siquiera sé lo que está haciendo, y me da miedo preguntar. No he hablado con ella en dos meses”.

Escuchar esto picó un poco a Mackenzie. Ella siempre había sabido que Stephanie era algo así como una bala perdida cuando se trataba de cualquier tipo de estabilidad en la vida. Pero aun así, pocas veces se había detenido a pensar que Stephanie era otra hija que había elegido vivir una vida mayormente separada de su madre. Sentada en

el sofá, con margarita en la mano, fue la primera vez que Mackenzie se molestó en preguntarse cómo sería para una madre saber que sus dos hijas habían decidido que sus vidas serían mejores sin que ella participara en ellas.

“Me parece que debo decirte que lo siento”, dijo Mackenzie. “Sé que te alejé después del funeral de papá. Sólo tenía diez años, así que tal vez no sabía que eso era lo que estaba haciendo, pero... sí. Seguí haciéndolo el resto de mi vida. Y la cuestión es, mamá... que quiero que Kevin tenga una abuela. De verdad que sí. Y espero que quieras hacer lo necesario para que lo consigamos hacer juntas”.

Patricia estaba anegada de nuevo por las lágrimas. Se inclinó y cruzó el sofá, cerrando la distancia entre ellas, y le dio un abrazo a su hija. “Yo tampoco estuve allí”, dijo Patricia. “Podría haber llamado o hecho algún tipo de esfuerzo. Pero cuando me di cuenta de que te habías ido, incluso de niña, lo dejé pasar. Casi me sentí aliviada. Y espero que puedas perdonarme por eso”.

“Y puedo. ¿Puedes perdonarme por alejarte de mí?”.

“Ya lo he hecho”, dijo Patricia, rompiendo el abrazo y bebiendo de su margarita para detener el flujo de lágrimas.

Mackenzie podía sentir sus propias lágrimas, y no estaba preparada para estar tan vulnerable frente a su madre. Se puso de pie, aclaró su garganta y bebió el resto de su bebida.

“Salgamos de aquí”, dijo ella. “Vamos a cenar a algún sitio. Invito yo”.

Una mirada de incredulidad cruzó el rostro de Patricia White, la cual fue lentamente disuelta por una sonrisa. Mackenzie no recordaba haber visto a su madre sonreír de esa manera; era como ver a una persona diferente. Y tal vez fuera una persona diferente. Si le daba una oportunidad a su madre, quizás se daría cuenta de que la mujer a la que había rechazado durante tanto tiempo no era el monstruo que se había convencido a sí misma que era.

Después de todo, Mackenzie era definitivamente una persona diferente de lo que había sido a los diez años. Demonios, ella era una persona diferente a la que había sido hace poco más de un año cuando había hablado por última vez con su madre. Si tener un bebé le había enseñado algo a Mackenzie, era que la vida podía cambiar muy rápidamente.



Y si la vida misma podría cambiar tan rápidamente, ¿por qué no la gente?

CAPÍTULO SIETE

Mackenzie se despertó a la mañana siguiente con una ligera resaca. Reconectar con su madre durante la cena había sido agradable, al igual que los pocos tragos que se habían tomado después. Mackenzie había llegado a su habitación de hotel, ese lujoso que ella y Ellington habían acordado, y se había metido en el jacuzzi con una botella de vino que había pedido al servicio de habitaciones. Sabía que los dos vasos adicionales que se había tomado mientras se relajaba en la bañera podrían ser demasiado, pero pensó que se lo merecía después de haber gestado a un ser humano en su vientre y haber tenido que renunciar al alcohol todo ese tiempo, por no mencionar el tiempo adicional sin beber mientras estaba amamantando y bombeando leche de manera activa.

El ligero dolor de cabeza que tenía al levantarse de la cama y empezar a vestirse era un pequeño precio que pagar. Había sido agradable estar sola después de empezar a arreglar las cosas con su madre. Se habían puesto al día, habían compartido algunas historias y algunos sufrimientos y después habían dado por terminada la noche. Con planes de reconectar en una semana más o menos, después de que Mackenzie regresara a casa y decidiera qué hacer con su trabajo, sólo había una cosa más en la lista de cosas por hacer que tenía Mackenzie para su visita a Nebraska.

Se sentía como si hubiera cerrado un círculo, viajando sola, reuniéndose con su madre, disfrutando de los amplios espacios abiertos que el estado tenía para ofrecer. Aunque no era de carácter sentimental, no podía ignorar las ganas que tenía de volver a su antigua comisaría, la comisaría en la que había comenzado su carrera como detective hacía casi seis años.

Después de desayunar, así lo hizo. Estaba a una hora y media en coche de su hotel en Lincoln. Su avión no salía para D.C. hasta dentro de siete horas, así que tenía tiempo de sobra. Si era del todo honesta, ni siquiera sabía por qué iba. A decir verdad, no es que su supervisor le hubiera importado demasiado y, por muy avergonzada que estuviera de admitirlo ante sí misma, apenas podía recordar a ninguno de sus antiguos compañeros. Mackenzie, por supuesto, recordaba al oficial Walter Porter. Había servido como su compañero durante un pequeño período de tiempo y había estado a su lado durante el caso del Asesino del Espantapájaros, el caso que finalmente había atraído la atención del FBI y había dado comienzo a su nueva carrera en el

bureau.

Todos los recuerdos le asaltaron mientras aparcaba su coche enfrente de la comisaría. Ahora parecía mucho más pequeña, pero de una forma que la hacía sentir orgullosa de conocerla. Más que nostalgia, tenía una sensación de familiaridad que le conmovía.

Cruzó la calle y entró, incapaz de impedir que la sonrisa asomara a la comisura de sus labios. La pequeña entrada conducía a un escritorio como para una recepcionista, que estaba revestido con un panel de vidrio deslizante. Detrás de la mujer que estaba sentada al escritorio, había un pequeño corralito que tenía el mismo aspecto que cuando Mackenzie había pisado este edificio por última vez. Se acercó al cristal, encantada de encontrar un rostro familiar, aunque se tratara de uno en el que no había pensado en mucho tiempo, sentada detrás del cristal.

Parecía que Nancy Yule no hubiera envejecido en absoluto. Todavía tenía las fotos de sus hijos colocadas sobre su escritorio, y la misma placa junto a su teléfono, con una cierta leyenda de la que Mackenzie no podía acordarse.

Nancy levantó la vista y tardó unos segundos en darse cuenta de quién acababa de entrar por la puerta. “Dios mío”, dijo Nancy, poniéndose de pie y corriendo hacia la puerta al extremo de la pared de paneles. La puerta se abrió y Nancy salió corriendo, para darle un fuerte abrazo a Mackenzie.

“Nancy, ¿cómo estás?”, dijo Mackenzie mientras se abrazaban.

“Igual que siempre”, dijo Nancy. “¿Y cómo estás tú? ¡Se te ve fantástica!”.

“Gracias. Estoy bien. Todo en orden. Sólo vine a visitar a mi madre y pensé en pasar a visitar mi antigua oficina antes de regresar a casa”.

“¿Sigues viviendo en Washington?”.

“Así es”.

“¿Todavía con el FBI?”.

“También. Es como vivir el sueño, no me importa decirlo. Me casé, y tuve un hijo”.

“Me alegro mucho por ti”, dijo Nancy, y Mackenzie no dudó que lo decía en serio. Sin embargo, un pequeño destello de tristeza apareció en su cara al añadir: “Aunque no estoy segura de que tu visita aquí vaya a ser muy agradable. Casi todo ha cambiado por aquí”.

“¿Como qué?”.

“Bueno, el jefe Nelson se retiró el año pasado, y el sargento Berryhill tomó su lugar. “¿Te acuerdas de él?”

Mackenzie sacudió la cabeza. “No, no puedo decir que lo haga. Oye, ¿tienes la dirección o el número de teléfono de Walter Porter? Tengo un número suyo, pero no ha funcionado en mucho tiempo”.

“Oh, querida, olvidé que fuiste su compañera durante un tiempo. En fin..., odio ser yo quien te lo diga, pero Walter murió hace ocho meses. Tuvo un ataque al corazón bastante fuerte”.

“Oh”, fue todo lo que Mackenzie pudo decir. También se preguntó si era una mala persona por no sentirse demasiado triste al escuchar tal noticia. Sin embargo, a decir verdad, no había sido más que un conocido temporal en el mejor de los casos.

“Eso es terrible”, dijo ella. Miró hacia atrás a través del cristal, hacia el corral y los pasillos que había por detrás, donde había pasado casi cinco años de su vida. Este fue el epicentro de su primer arresto significativo, donde había resuelto su primer caso, y donde había enojado a su primer supervisor masculino en numerosas ocasiones.

Todos eran buenos recuerdos, pero no parecían más que fotografías descoloridas.

“Puede que haya algunos agentes de patrulla con los que trabajaste alguna vez”, comentó Nancy. “Sauer, Baker, Hudson...”.

“No quiero interrumpir el día de nadie”, dijo Mackenzie. “En realidad estaba dando un paseo por mi propio pasado y...”.

La interrumpió el zumbido de su teléfono móvil dentro de su bolsillo. Lo buscó al instante, asumiendo que sería Ellington con alguna historia sobre algo que Kevin había hecho, o quizás con algún problema médico. Su bebé había estado sano durante los tres meses y medio de su vida y estaban esperando hacer su primera visita al médico.

Sin embargo, el nombre que vio en su pantalla no era en absoluto el que se esperaba mientras disfrutaba de su pequeño periodo sabático en Nebraska. Sin embargo, la pantalla decía McGrath.

"Disculpa, Nancy. Necesito responder a esto".

Nancy asintió con la cabeza y regresó por la puerta hacia su escritorio mientras Mackenzie tomaba la llamada.

"Al habla la agente White".

"En base a cómo contestas al teléfono, ¿puedo asumir que te quedarás con nosotros?", dijo McGrath. No había ni rastro de humor en su tono de voz. En todo caso, casi parecía que estuviera tratando de convencerla.

"Lo siento. Puro hábito. Todavía no lo sé".

"Bueno, tal vez pueda ayudar. Escucha....respeto por lo que estás pasando y aprecio la honestidad que mostraste en mi oficina el otro día, pero te llamo para pedirte un favor. No es un favor, porque técnicamente es parte de un trabajo que aún tienes. La cuestión es que he recibido una llamada sobre un caso hace como una hora más o menos. Es de Wyoming, así que está lejos de donde andas. Y ya que estás ahí fuera, pensé en darte la primera oportunidad. Parece una fácil. Tal vez no tengas que hacer mucho más que aparecer, revisar la escena del crimen e interrogar a unas cuantas personas".

"Creí que habías dicho que respetabas la conversación que mantuvimos en tu oficina".

"Y lo hago. Por eso te ofrezco el caso a ti primero. Ya estás fuera, parece sencillo... y me imagino que podría ser una buena prueba para ver si tu corazón sigue en esto. También has trabajado recientemente en otro caso que, por lo que parece, era similar. Si dices que no, está bien. Puedo enviar a alguien tan pronto como mañana por la mañana".

La sensación de que su vida iba a cerrar el círculo la bañó de nuevo. Aquí estaba ella, de pie en la estación en la que había comenzado como una oficial esperanzada con ambiciones de ser detective, ambiciones que logró manifestar en muy poco tiempo. Y ahora aquí estaba, hablando con un director del FBI apenas siete años después.

Miró hacia el otro lado del cristal, hacia los escritorios, las

oficinas y los pasillos. Era fácil ver ese espacio y recordar el sentido de propósito que tenía por aquel entonces. Todavía lo sentía, pero fue muy diferente mientras solamente era una policía en ciernes, una mujer en una fuerza principalmente masculina, queriendo marcar una diferencia en este mundo.

“¿Cómo de simple quieres decir?”, preguntó ella.

“Hay sospechas de que alguien está empujando a la gente a su muerte en lugares populares entre los escaladores. La última víctima fue en el Parque Nacional Grand Teton. Hasta ahora, se cree que hay dos víctimas”.

“¿Cómo sabemos que no son accidentes típicos de escalada?”.

“Hay pruebas de violencia antes de las caídas”.

Los pensamientos de Mackenzie ya se estaban reorganizando solos, tratando de encontrar respuestas incluso en esta etapa temprana. Y por eso, ella sabía cuál sería su respuesta para McGrath. Habían pasado casi ocho meses desde la última vez que había hecho algo que se considerara activo en relación con su trabajo; y la magnitud de emoción que la invadió rápidamente al darle su respuesta fue bien acogida, aunque inesperada.

“Envíame los detalles del caso y el itinerario del viaje, pero quiero volver a casa en dos o tres días”.

“Por supuesto. No veo que eso sea un problema. Gracias, agente White. Te enviaré todo lo que tengo a tu correo electrónico”.

Mackenzie terminó la llamada y se sintió como si estuviera parada en medio de un sueño muy surrealista durante un momento. Aquí estaba, en la primera comisaría de policía en la que había trabajado, rumiando sobre su pasado y tratando de resolver su futuro. Y ahora había recibido una llamada de McGrath, con un caso inesperado que había surgido de la nada en medio de todo esto. Se sentía como si el universo estuviera tratando de influir en su toma de decisiones.

“¿Mackenzie?”.

La voz de Nancy Yule le sacó de repente de lo absurdo de todo esto. Mackenzie sonrió y agitó la cabeza. “Lo siento. Me quedé absorta en mis pensamientos un rato”.

“Parecía una llamada importante”, dijo Nancy. “¿Está todo bien?”.

Mackenzie se sorprendió un poco cuando asintió y dijo: “Sí. Creo que todo está bien, la verdad”.

CAPÍTULO OCHO

Siete horas más tarde, ella estaba surcando los cielos por algún lugar del norte de Nebraska, dirigiéndose a Wyoming. Todo había sucedido tan rápido que no había tenido la oportunidad (o ningún lugar apropiado a su disposición) de imprimir los materiales que McGrath le había enviado sobre el caso en el Parque Nacional Grand Teton. Por esa razón, se vio obligada a repasarlo todo en su iPhone.

Honestamente, no había mucho que repasar. Los informes policiales eran escasos en el mejor de los casos, al igual que los informes forenses. Cuando un cuerpo se caía de tal altura, no había mucho debate sobre la causa de la muerte. Escaneó los documentos varias veces sin encontrar nada, no por su capacidad, sino por falta de información. Ni siquiera los detalles que había recibido de las víctimas daban mucho para continuar. Dos personas se habían estado involucradas en accidentes mortales mientras escalaban en roca, pero había pruebas que sugerían la posibilidad de que no hubieran sido accidentes en absoluto. Había una cuerda cortada en uno de los casos, y una herida en uno de los cuerpos que no parecía alinearse con las lesiones que se esperaban de una caída.

Mackenzie tomó algunas notas en su teléfono, preguntándose si el padre tenía algún tipo de relación con la causa del asesinato de su hijo. No era mucho con lo que continuar, pero dada la falta de información que tenía, al menos era algo.

Mientras el avión descendía al aeropuerto de Jackson Hole, Mackenzie pudo mirar por la ventana y ver los picos de las montañas del Parque Nacional Grand Teton. Era de lo más hermoso en medio del cielo azul y nítido del atardecer, lo que hacía que la idea de que pudiera haber un asesino suelto por allí fuera todavía más desconcertante.

La vista también despertó un dolor en su corazón, un dolor por Kevin. Se sentía como una fracasada por haberlo dejado atrás, como una madre sin corazón que ya había puesto otras prioridades por encima de su hijo. No obstante, Mackenzie había leído más que suficiente información sobre este tipo de cosas; sabía que tales sentimientos eran típicos de los nuevos padres. A pesar de todo, eso no le ayudó lo más mínimo en conseguir que la sensación fuera menos real.

Cuando se bajó del avión unos instantes después, no se sentía como si estuviera en un caso. Había llegado a Jackson Hole con la misma ropa que llevaba puesta cuando entró en la comisaría para hablar con Nancy Yule. Obviamente no había metido en la maleta su vestuario habitual de trabajo para ir a ver a su madre, ni tampoco llevaba consigo su arma de servicio, y eso era algo que tendría que resolver con la policía local. Con algo de suerte, no sufriría ningún contratiempo por el hecho de que no hubiera una oficina del FBI en Wyoming; la oficina de Denver cubría los estados de Colorado y Wyoming.

Este pensamiento la hizo sentir como si estuviera en medio de la nada, una sensación que sólo se intensificó cuando llegó al aeropuerto. Era un aeropuerto bastante agradable, pero la débil corriente de cuerpos que se movían a través de él hacía que el bullicio de Dulles en D.C. fuera absolutamente caótico.

Fue esa misma falta de tráfico humano al pasar por el vestíbulo lo que hizo que fuera muy fácil para Mackenzie ver a la mujer de pie al final de la puerta de embarque, vestida de azul policía. Parecía tener unos cuarenta años, y llevaba su cabello rubio enganchado en una cola de caballo para revelar una cara bonita y angular. Parecía estar observando a todas y cada una de las personas que se bajaron del vuelo de Mackenzie. Cuando se miraron a los ojos, la agente asintió educadamente y se encontró con Mackenzie en el piso del vestíbulo.

“¿Es usted la agente White?”, preguntó la mujer. La etiqueta plateada sobre su pecho izquierdo la identificaba como Timbrook.

“Así es”.

“Muy bien. Soy la sargento Shelly Timbrook. Pensé en venir a recibirte aquí y ahorrarte la molestia de alquilar un coche. Además... cuanto antes pueda llevarte a la escena, mejor. La segunda víctima, un hombre de veintidós años llamado Bryce Evans, fue encontrada en el fondo de la Vista de Logan y como está ubicada dentro del parque, tenemos la preocupación de que se entere el público y todo eso”.

“¿A qué distancia está la entrada del parque?”, preguntó Mackenzie.

“A menos de diez minutos. Añade otros cinco a eso para llevarnos a la Vista de Logan”.

“Entonces guíame hasta allí”, dijo Mackenzie.

Timbrook tomó la iniciativa y se dirigió a la salida del aeropuerto. Mackenzie le siguió y le envió un mensaje de texto a Ellington para hacerle saber que había llegado y se había reunido con la policía local. Cuando le había llamado para hablarle de la llamada de McGrath, él ya lo sabía; dijo que McGrath lo había llamado justo después de colgar el teléfono con ella. Ellington parecía entusiasmado por la oportunidad, afirmando que era justo lo que necesitaba para concentrarse.

Lo peor de todo es que tenía razón. Y ella deseaba que él pudiera estar allí con ella. No sólo era el periodo de tiempo más largo que había estado lejos de Kevin desde que él había nacido, sino que Ellington y ella no habían pasado más de diez horas separados desde que comenzaran su baja por maternidad un mes antes de que Kevin naciera.

Lo echaba en falta. La hacía sentir demasiado joven e inmadura, pero era la verdad. Sin embargo, se las arregló para apartar eso a un lado por el momento. Ya se aseguraría de que él y Kevin la tuvieran presente cuando pudiera registrarse en un hotel. Pero, basándose en la terrible falta de información en los informes policiales, sospechaba que iba a pasar una tarde bastante larga.

***

“Voy a decirlo sin más y quitar esto del medio”, dijo Timbrook. “Soy una especie de admiradora tuya. Sé que suena estúpido, pero cuando sucedió todo eso del Asesino del Espantapájaros en Nebraska hace un par de años, fue impresionante. ¿Te importa que te pregunte… es así como terminaste con el FBI?”.

“Más o menos”.

“Fue refrescante ver que tú, una mujer joven, te hicieras cargo de una fuerza que era principalmente masculina. Me hizo sentir muy bien”.

Mackenzie no estaba segura de cómo manejar ese tipo de cumplido, así que lo ignoró por completo y se puso manos a la obra.

“He estudiado los informes de las dos víctimas y hay muy poco con lo que trabajar”, dijo. “Sé que la segunda víctima fue descubierta ayer, pero ¿a qué se debe el retraso en los detalles sobre la primera víctima?”.

“Porque durante el primer medio día, más o menos, todos asumieron que fue un trágico accidente. O tal vez un suicidio. Yo también estaba pensando en eso. El cuerpo fue encontrado en el fondo de Exum Ridge. Lo más probable es que hubiera estado allí durante varios días”.

“¿A qué distancia está la Vista de Logan de Exum Ridge?”.

“A unos tres kilómetros y medio. Hay algunos senderos centrales que unen ambos puntos”.

“Y se cree que los asesinatos han sucedido con cuatro días de diferencia, ¿verdad?”.

“Que nosotros sepamos, sí. Eso se basa en lo que dicen los forenses. Tienes que tener en cuenta que ambos cuerpos fueron descubiertos por excursionistas. No tenemos forma de saber con seguridad cuánto tiempo han estado los cuerpos allí. Hablando con la familia y reuniendo los horarios de las víctimas, sólo podemos tener una idea bastante buena, pero ninguna certeza absoluta”.

“¿Puedes explicarme lo que sabes de la primera víctima?”.

“Claro. Era una mujer llamada Mandy Yorke, de veintitrés años. Su cuerpo fue descubierto en la base de Exum Ridge. Estaba a una buena distancia de cualquiera de los lugares normales de escalada más populares, lo que indicaba que era una especie de profesional. Sucede mucho... los escaladores que se vuelven muy buenos no se adhieren a las escaladas tradicionales. Se salen de los caminos trillados para encontrar algo más desafiante. Por eso se asumió que su muerte fue un accidente, pero cuando empezamos a mirar las pruebas de la escena del crimen, vimos que su cuerda de escalar había sido cortada”.

“¿Intencionalmente?”.

“Sin duda lo parecía. Era un corte limpio. Lo comparamos con unas viejas cuerdas rotas en el parque. La diferencia en apariencia. Una cuerda que había sido deshilachada y la de Yorke de corte limpio eran muy diferentes”.

“¿Alguna idea de dónde se cortó la cuerda?”.

“En la cima. Es como si el asesino estuviera esperando allí, esperando a que Yorke llegara a la cima para luego cortarla”.

“¿Algún equipo saboteado en la segunda víctima?”, preguntó

Mackenzie.

“Ninguno que pudiéramos encontrar. El forense dice que tuvimos suerte, nosotros como investigadores, porque la víctima cayó de espaldas. Nos permitió ver claramente el traumatismo contundente en la cabeza que estamos seguros que no fue causado por la caída. Parecía que había sido atacado o posiblemente apaleado. Con una piedra o un martillo quizás”.

“¿Y todo el equipo está de acuerdo con esta teoría?”.

“Apenas", dijo Timbrook. "El forense todavía tiene que verificar que la herida en la frente de la segunda víctima no fue causada por la caída. Pero con sólo mirarlo... bueno, lo deja bastante claro. Claro que eso no es suficiente, como bien sabes. Y aunque casi todo el mundo está de acuerdo en que el corte de la cuerda de Yorke parece muy limpio, no muchos están dispuestos a considerar la posibilidad de juego sucio. Los accidentes de escalada no son raros. Nos encontramos con tres o cuatro muertes al año como resultado de accidentes de excursionistas y escaladores, y alrededor de cincuenta heridos”.

“¿Pero dos muertes en cuatro o cinco días?”, preguntó Mackenzie.

“Lo sé. Creo que casi todo el mundo en comisaría lo sospecha, pero nadie quiere verlo todavía... no hasta que haya una certeza absoluta”.

Mackenzie asintió lentamente. Ella entendía su vacilación en llamar a estas dos muertes asesinatos cuando todavía no había pruebas sólidas. Pero, quizás más que eso, entendía dónde se encontraba Timbrook. Mackenzie había estado allí, siendo la oficial de voz débil en un mar de hombres que, aunque la respetaran, por lo general tardaban su tiempo en tomar sus ideas en serio. Si bien era consciente de que la igualdad se estaba convirtiendo cada vez más en la norma en la aplicación de la ley, también sabía que era difícil romper con algunas tradiciones.

Mientras Timbrook se adentraba en la entrada del Parque Nacional Grand Teton, Mackenzie pudo hacerse una mejor idea del tamaño del lugar. Asumió que los picos que había visto desde el avión formaban parte del parque. También empezó a comprender que, en un lugar de este alcance y tamaño, la seguridad era probablemente de risa.

Timbrook la llevó por un camino lateral que parecía ser utilizado principalmente por los vehículos del parque. Luego giró una milla más

abajo y metió el coche por un camino más pequeño, uno que apenas era lo suficientemente ancho para dos carriles de tráfico, uno de ida y otro de vuelta. Había rieles a cada lado, protegiendo a los coches de cunetas de montaña bastante impresionantes.

"Creo que la víctima número dos fue asesinada después de su ascenso. Subimos a la cima de la Vista de Logan y vimos algunas marcas extrañas a lo largo del borde de la cima".

"¿Cómo es de alto?", preguntó Mackenzie.

"Cuatrocientos veinte pies. Por eso vamos directamente a la cima. Además, siento que ahí es donde el asesino atacó".

Mackenzie observó pasar las pequeñas elevaciones de las montañas, con árboles esparcidos por aquí y por allá que solo bloqueaban parcialmente las vistas. Después de unos cinco minutos en la carretera, donde Timbrook enfiló como una experta una serie de curvas cerradas, la tierra comenzó a aplanarse. El camino daba paso a una franja de tierra dura que llegaba a su final en un aparcamiento improvisado. Había un gran rectángulo de grava y tierra, bordeado de postes de hormigón en cada extremo que indicaban plazas de aparcamiento. Timbrook se detuvo detrás de uno de estos postes de cemento y aparcó el coche. Ambas salieron a la gravilla, y Mackenzie observó la vista una vez más. Parecía que ninguna de las cordilleras cercanas era muy alta. Supudo que esto hacía que esta zona fuera muy popular para los escaladores, tanto profesionales como aspirantes.

Y sabemos mucho de eso, ¿no?

El pensamiento surgió de la nada, como una corriente que proviniera de la parte trasera de su mente. La hizo detenerse por un momento, mientras su cabeza nadaba entre los recuerdos del pasado que intentaban sobrecargar su mente. Una punzada de miedo se le clavó en el corazón durante un momento antes de desaparecer.

"¿Agente White? ¿Estás bien?".

"Sí, estoy bien. ¿Asumo que tenemos una caminata por delante?".

"Sí, pero no muy dura. La entrada de los senderistas a la Vista de Logan está a solo media milla en esa dirección", dijo, asintiendo hacia la izquierda. Había un sendero muy delgado que serpenteaba entre unos pocos árboles, y que conducía al escaso bosque. La mayor parte de la línea de árboles era débil, lo que hacía que las vistas fueran un poco más espectaculares.

Hablaron muy poco mientras recorrían el espacio entre el aparcamiento y el final del sendero. Fue una caminata fácil que Mackenzie disfrutó. Siempre será mejor que las calles de Washington D.C. y la cinta de correr del gimnasio. Supuso que este era el primer ejercicio de fuerza que había soportado desde que diera a luz a Kevin... y resultaba exquisito.

El sendero llegó a su fin casi abruptamente, dando lugar a lo que Mackenzie pensó que era una vista preciosa. Desde aquí, la mayor parte del parque era visible, la vista no estaba obstruida y se extendía por todos los costados. El punto conocido como la Vista de Logan se encontraba a unos cincuenta metros de la línea de árboles. La vista panorámica solo estaba bloqueada por una fina barandilla que parecía como si hubiera sido colocada allí para cumplir con alguna regulación de seguridad. Casi de inmediato, al borde de la línea de árboles, había un letrero que decía que todos los adultos necesitaban mantener a sus hijos cerca y que sugería encarecidamente que cualquier persona menor de diez años se mantuviera siempre detrás de la barandilla de protección.

Habían atado un cordón de cinta amarilla para demarcar la escena del crimen al poste del letrero, que se extendía hasta el árbol más cercano, bloqueando la mayor parte del acceso a la Vista de Logan.

Mackenzie siguió a Timbrook por debajo de la cinta y hasta la barandilla. Cuando vio a Timbrook pasar fácilmente sobre ella, Mackenzie sintió algo en su estómago. ¿Nerviosismo? ¿Miedo? No estaba segura. Todo lo que sabía era que necesitaba un poco más de presión mental para obligarse a seguir a Timbrook por esa maldita vía.

Una vez estuvieron al otro lado, había quizás unos diez pies de tierra perfectamente plana. Aunque a Mackenzie no le gustaba la idea de mirar hacia abajo desde la caída, no podía negar que la vista era impresionante. Miró hacia otro lado, desde la amplia vista, hacia el suelo, justo enfrente de ella. Se dio cuenta de que Timbrook se había hecho a un lado, para darle una perspectiva mejor de la escena.

El suelo estaba cubierto por una capa muy delgada de hierba, pero era la capa dura la que dominaba. Asumió que, al estar tan cerca del borde de la montaña, sería más difícil que las raíces de la hierba prosperaran y crecieran. Debido a ello, era bastante fácil ver signos recientes de algún tipo de confrontación. Había huellas de pisadas gastadas y, a unos dos pies del borde, dos gotas de algo lo suficientemente oscuro como para que probablemente fuera sangre

seca.

“¿Se encontró algún equipo de escalada en el lugar?”, preguntó Mackenzie.

“No. Hablamos con su familia y su esposa. Ambos pudieron describir el tipo de equipo de escalada que poseía, pero nunca lo encontramos. Ni aquí arriba ni allá abajo. Asumimos que el asesino lo robó”.

“¿Era un equipo caro?”, preguntó Mackenzie. “¿Alguna posibilidad de que lo mataran por el equipo?”.

“Altamente improbable. Creo que sólo era un equipo básico. Cosas estándar que se pueden conseguir en cualquier tienda de artículos deportivos. Y no gran cosa en absoluto. La subida hasta aquí a la Vista de Logan no es muy difícil por lo que entiendo. No es que yo pudiera hacerla…”.

Sí, ya somos dos, pensó Mackenzie. Sin querer, pensó en un caso de hacía unos quince meses. Recordó que había subido a una torre de agua en busca de un asesino y sintió que algunos sentimientos muy antiguos volvían a su corazón y a su mente, temores y preocupaciones de su pasado que pensó que había enterrado bajo tantos escombros mentales que nunca volverían a ver la luz del día.

Pero aquí, en la cima de los cuatrocientos veinte pies de altura de la Vista de Logan, sintió cómo retumbaban esos temores. En su ojo mental, imaginó una película de terror en la que la mano de un zombi estaba atravesando la tierra bajo la que había sido enterrado.

“Supongo que no hay cámaras de seguridad aquí arriba”, preguntó.

“Ninguna. Una vez que se llega más allá de la entrada principal, el centro de información y la tienda de regalos, no hay más cámaras”.

Mackenzie revisó cada una de las marcas de roce en la suciedad. Eran demasiado viejas, además de estar espolvoreadas y ser muy vagas, como para distinguir cualquier tipo de marcas claras de identificación. Miró las dos pequeñas gotas oscuras a dos metros del borde y supo con certeza que se trataba de sangre seca.

Estaba tan cerca del borde, que no pudo evitarlo. Miró a su alrededor. Se movió lentamente, estirando su cuello para que el resto de su cuerpo pudiera permanecer lo más lejos posible del abismo.

La caída la dejó sin aliento. Por un momento, sintió cómo se mareaba. Quería alejarse de la vista rápidamente, pero tampoco quería alarmar a Timbrook. Hubo un momento aterrador cuando regresó de la orilla, con el corazón en un puño, en el que Mackenzie pensó que podría vomitar.

"¿Cómo es de accesible el área donde se encontró el cuerpo?".

"Más que esta", dijo Timbrook, mirando la vista de la misma manera que Mackenzie.

"¿Cuándo puedo obtener fotos de la escena antes de que retiren el cuerpo?".

"En cuanto te llevemos a comisaría".

Mientras se dirigían de vuelta al coche, Mackenzie decidió que le gustaba mucho Timbrook. Era decidida e iba directa al grano. Estaba claro que tenía una opinión más bien firme sobre un posible escenario de asesinato que la mayoría de los demás miembros de su equipo. Y cuanto antes pudiera conseguir una base estable para tal enfoque, más fácil resultaría el caso.

Y Mackenzie quería un caso tranquilo. Cuanto antes cerrara esto, antes volvería con Kevin y Ellington. Al pensar en ellos, su corazón se llenó de dolor mientras se montaba en el coche y Timbrook la llevaba de vuelta por la ladera de la montaña.

CAPÍTULO NUEVE

El fondo de la montaña había revelado exactamente lo que Mackenzie había estado esperando: nada de nada. Timbrook y ella pasaron menos de cinco minutos mirando el área donde Bryce Evans había caído a su muerte. Sin un cuerpo que ayudara a explicar la historia, la escena en sí misma era esencialmente inútil.

A pesar de ello, era desconcertante saber que alguien había caído desde tal altura. Mackenzie elevó la vista, levantó el cuello e imaginó la caída. Eso envió ligeros retortijones de ansiedad a través de su estómago, no muy diferentes a la sensación que tenía cada vez que Kevin le daba patadas en el vientre antes de nacer.

“Pareces desanimada”, dijo Timbrook en el camino de regreso a comisaría.

“No, la verdad es que no”, dijo Mackenzie. “Siempre resulta un poco difícil ponerse al día cuando todo lo que tengo para trabajar son escenas limpias de crímenes, fotos y archivos”.

“Bueno, tampoco sirvió de gran ayuda que el cuerpo estuviera allí. Todo el mundo estaba tan decidido a que fuera un accidente, que era como si no hubiera habido un cadáver en absoluto”.

Mackenzie quería comentar lo acostumbrada que estaba ella a eso. Tenía muchos recuerdos frescos en su mente sobre cómo le habían pasado por alto aquellos para los que trabajaba, especialmente después de su viaje de regreso a Nebraska. Sin embargo, no dijo nada, ya que no quería añadir ese nivel de toxicidad a la situación.

Cuando llegaron a comisaría, un oficial vino a reunirse con Timbrook en la puerta. Era un hombre afroamericano de mediana edad que parecía tener unos cuarenta años. Mackenzie asintió con la cabeza y sonrió mientras actualizaba a Timbrook sobre otras cuestiones locales que no tenían ninguna relación con las dos muertes de escaladores. Estaba a punto de apartarse cuando Timbrook le agarró el brazo y lo mantuvo allí quieto.

“Oficial Waverly, quiero que conozca a la agente White”, dijo Timbrook. “Agente White, Waverly ha estado trabajando en los casos de los escaladores. También es muy versado en los entresijos del parque. Es la única otra persona por estos lares que cree que ambos son casos de asesinato”.

Waverly extendió la mano y Mackenzie se la estrechó. “¿Ya te has formado una opinión?”, preguntó.

“Estoy llegando a ello”, dijo ella. “¿Por qué no me dan todo lo que saben sobre el caso?”.

Timbrook estaba ansiosa por hacer esto, y se la llevó rápidamente a una habitación cerca de la parte trasera de la comisaría. Había dos mesas, una a cada lado de la sala, que ya estaban llenas de archivos y carpetas.

Timbrook y Waverly guardaron silencio mientras Mackenzie miraba los archivos del caso, hablando solo cuando les hacía alguna pregunta. Mackenzie concedió un poco más de tiempo y atención a las fotos del sitio de la caída de Bryce Evans. Timbrook se mantuvo ocupado mirando un mapa del Parque Nacional Grand Teton clavado en la pared, mientras que Waverly se desplazaba por una serie de correos electrónicos en su teléfono.

Las fotos eran difíciles de ver. No eran las más desagradables que Mackenzie había visto, pero estaban entre las peores. Como Timbrook había dicho, Evans había aterrizado de espaldas. Eso obviamente había causado serios daños en sus extremidades y en la parte posterior de su cabeza. Por lo que respectaba al cadáver, la espalda y costillas habían sido básicamente pulverizadas por el impacto. El flujo de sangre de la parte posterior de la cabeza era leve, pero ella sospechaba que se debía a que la mayor parte de ella se había desparramado por debajo o directamente alrededor del cuerpo.

Sin embargo, fue la frente del hombre a la que ella prestó mayor atención. Justo por encima de la ceja izquierda, había una herida visible. Mackenzie suponía que podría haberse golpeado la cabeza en algún lugar durante la caída, pero la herida parecía demasiado fresca para eso. Una de las fotos mostraba la herida de cerca. Parecía una pequeña hendidura, con la parte inferior redondeada y la parte superior no tan clara. Fuese lo que fuese, era imposible pasarla por alto; había un agujero en la cabeza del hombre que parecía tener al menos una o dos pulgadas de profundidad.

“¿Alguna idea de lo profunda que es esta herida?”, preguntó Mackenzie.

“Está en el informe del forense”, dijo Waverly. “Nueve centímetros en su punto más profundo. Había claras señales de que le habían abollado y fracturado el cráneo”.

“Seguimos volviendo a eso”, dijo Timbrook. “¿Alguna idea de lo que podría ser?”.

“No lo sé. Tal vez algún tipo de pieza de equipo de escalada. Podría ser el extremo redondeado de una especie de mosquetón o algo así”. No obstante, incluso mientras decía esto, algo parecía no encajar. Pensó que tendrías que poner mucha fuerza detrás de tu accesorio para hacer ese tipo de daño con un mosquetón.

Finalmente, Mackenzie terminó con las horripilantes fotos y comenzó a revisar los archivos de la policía. No había mucha más información de la que ya había leído en el vuelo a Jackson Hole, aunque unas cuantas notas escritas a mano le dieron algo más de información.

“Aparte de la familia inmediata, ¿a quién han interrogado?”, preguntó.

“Hemos interrogado a la esposa de Bryce Evans y a la compañera de cuarto de Mandy Yorke”, dijo Timbrook. “Por lo que pudimos ver, no hay conexión alguna entre ellos. La única similitud que podemos encontrar entre ellos es su amor por la escalada”.

“Dijiste que Evans estaba casado. ¿Qué hay de Yorke? ¿Alguna persona significativa en su vida?”.

“No según su compañero de cuarto”, dijo Waverly. “Dijo que Mandy era una especie de introvertida. Dijo que no era de las que salen con nadie”.

Entre los archivos, también había una bolsa de pruebas. En ella, Mackenzie encontró un nuevo modelo de iPhone. Lo sacó y miró a Timbrook y Waverly para obtener autorización.

“Adelante”, dijo Timbrook. “Ya lo hemos mirado y se ha conectado permanentemente. Mira lo que quieras”.

Mackenzie hizo exactamente eso. Revisó los correos electrónicos y el historial de llamadas del pasado mes. Lo único de interés que encontró entre sus emails fue un email de confirmación para una carrera de 5 kilómetros en la que Mandy se había inscrito. Luego abrió la carpeta de las fotos y encontró más de setecientas. La mayoría de ellas eran de senderos escénicos de montaña, intercalados con algunos planos exclusivos de escalada. Podía sentir los ojos de Timbrook y Waverly sobre ella mientras miraba todo, quizás a la espera de que encontrara algo que a ellos se les hubiera pasado por alto.

Después de unos cinco minutos, sí que se dio cuenta de algo. Y venía de una de las últimas fotos que se habían tomado. Le dio unos golpecitos para ir hacia atrás varias veces, yendo a la pantalla de Fotos que indicaba el momento en que se había tomado una foto. La foto que había llamado la atención de Mackenzie había sido tomada cuatro días antes, el mismo día en que Mandy había muerto.

"¿Alguno de vosotros sabe si fue a escalar sola ese día?", preguntó. "¿Tenía un compañero?".

"Estoy bastante seguro de que fue una escalada en solitario", dijo Timbrook. "Su compañera de cuarto dijo que era muy raro que Mandy subiera con alguien. Dijo que sentía que eso la ralentizaba". Lentamente, la cara de Timbrook se llenó de interés mientras se inclinaba hacia delante y preguntaba: "¿Por qué?".

Mackenzie les mostró la penúltima foto que se había tomado con el teléfono de Mandy Yorke. Se trataba de una selfie, o así lo parecía a primera vista. En la foto, Mandy Yorke sonreía a la cámara, su cara perfectamente centrada con solo un poco de fondo. El fondo era la superficie de granito de una gran pared detrás de ella, pero el ángulo no era el adecuado y la cámara parecía estar un poco lejos de su cara para ser una foto tomada por ella misma.

A menos que Mandy Yorke fuera ambidiestra y tuviera brazos increíblemente largos, no había manera de que ella misma hubiera tomado la foto.

"Había alguien con ella", dijo Mackenzie. "Cuando salió a escalar hace cuatro días, tenía un compañero con ella"

Tanto Timbrook como Waverly volvieron a mirar la foto. Waverly hasta inclinó la cabeza hacia la izquierda, tratando de verla desde un ángulo diferente.

"Maldición", dijo Timbrook.

Tomó el teléfono y retrocedió un par de fotos. Se habían tomado el mismo día, por la mañana, si la suave luz del sol era un indicador. En la foto posaba un joven de entre veinte y veinticinco años de edad, mostrando una especie de mueca con los pulgares hacia arriba. Llevaba una camiseta sin mangas y un par de pantalones deportivos.

"¿Quizá fuera él?", dijo Timbrook.

"Sólo hay una forma de averiguarlo", contestó Mackenzie.

Antes de que Mackenzie comenzara a dar instrucciones, Timbrook y Waverly se pusieron de pie, dirigiéndose a la puerta para identificar al hombre de la foto.

***

Les llevó menos de cinco minutos identificar al hombre de la foto. Una llamada telefónica a la compañera de cuarto de Mandy Yorke fue suficiente, pero Waverly lo confirmó enviándole la foto en cuestión para que le diera la confirmación final. Mackenzie tenía una dirección diez minutos después de encontrar la foto y no perdió tiempo en localizar al hombre de la foto, Malcolm Morgan, de veintiún años.

Morgan vivía en Jackson Hole, a sólo quince minutos en coche de la comisaría de policía. Mackenzie invitó a Waverly a que le acompañara. Aunque pensaba que no había ningún peligro real en la visita, era muy consciente de que no había tomado la parte activa en un caso durante casi ocho meses. Y mientras que Timbrook había conseguido un arma para ella, una Glock estándar de la policía, Mackenzie también tenía que admitir que no se sentía exactamente cómoda con la idea de manejarla.

A Mackenzie todavía no le daba la impresión de que estuviera trabajando legítimamente en un caso. Iba vestida con atuendo informal y era difícil encontrar la urgencia de todo esto. Y lo difícil no era volver a la mentalidad de agente, sino encontrar de nuevo el ritmo de volver a trabajar y asumir que la vida que había conocido antes de que Kevin llegara volvía a estar en su centro de atención.

Cuando Waverly y ella llegaron al apartamento de Morgan, Waverly aparcó, terminando una conversación con Timbrook, que estaba de vuelta en comisaría recopilando una lista de instructores y entusiastas de la escalada de la zona. Malcolm Morgan vivía en una parte pintoresca de la ciudad, aunque lo bastante lejos de las zonas más pintorescas como para parecer casi común. Vivía en un apartamento en un segundo piso con una de las muchas vistas de las montañas dispersas que había desde varios puntos de la ciudad.

Con suerte, Mackenzie vio a Morgan en el momento que se bajaba del coche. Estaba entrando al edificio con dos bolsas de comestibles, absorto en la tarea de no dejar caer la que llevaba en la mano derecha.

“Creo que puedes quedarte aquí dentro”, le dijo Mackenzie a

Waverly. “Si nos acercamos las dos a él, se va a asustar. Te avisaré de inmediato si las cosas van mal”.

“¿Estás segura?”.

Mackenzie asintió y cerró la portezuela. Cruzó el aparcamiento y entró al edificio de apartamentos unos veinte segundos después de que Morgan hubiera entrado. Se saltó el ascensor que había en el vestíbulo, optando por las escaleras. Cuando llegó al segundo piso y comenzó a caminar por el pasillo, lo vio de nuevo. Parecía que Morgan estaba llegando a casa después de pasar el día fuera, y estaba abriendo la puerta de su apartamento mientras hacía malabares con sus dos bolsas de comestibles al tiempo que Mackenzie se le acercaba por detrás.

A Morgan casi se le cae una de las bolsas mientras tanteaba en busca de sus llaves. Mackenzie corrió hacia adelante, no sólo tratando de ser amable, sino de hacer que bajara la guardia. Puede que fuera un truco ladino, pero también era una buena manera de ver lo rápido que cambiaba su comportamiento cuando ella le dijera por qué estaba allí.

“Deja que te ayude”, dijo ella, cogiendo la bolsa que casi se le había caído.

Morgan, sorprendido, la miró. Su sorpresa fue rápidamente reemplazada por gratitud y entonces le sonrió. “Gracias. Te lo agradezco”.

Abrió la puerta con sus llaves. Mackenzie le entregó la bolsa mientras él la miraba con atención.

“¿Vives aquí?”, le preguntó.

“No. En realidad, estoy aquí para verte a ti”.

“¿A mí?”.

“Sí”. Hubo un momento en que se asustó un poco, preocupada al darse cuenta de que se había dejado su placa de identificación en el bolso. Estuvo a punto de no llevársela encima al hacer la maleta para irse a Nebraska, pero finalmente la había metido, más por costumbre que por cualquier otra cosa. Entonces sintió su forma familiar en el bolsillo de su pantalón trasero. La sacó y se la mostró a Morgan. Soy la agente Mackenzie White, del FBI. Esperaba hacerte unas preguntas sobre una joven llamada Mandy Yorke”.

Su reacción fue inmediata. La cara de Morgan perdió toda expresión y por un momento, pareció como si alguien le hubiera golpeado literalmente en el estómago.

"Bueno, eso me ahorra la molestia de preguntarte si la conocías", dijo.

"Yo....bueno, no he hablado con nadie de ella desde que murió", dijo. "Y... ¿por qué está el FBI en esto? ¿No fue simplemente una caída?".

"No lo sabemos. Hay muchos interrogantes todavía. Por eso estoy aquí. Verás.... hasta donde sabemos, Mandy estaba sola cuando tuvo su accidente. Pero el historial fotográfico de su teléfono sugiere que no sólo la viste ese día, sino que probablemente estuviste con ella durante su última escalada".

La mirada de asombro nunca había salido de su cara, pero se hizo más intensa cuando Mackenzie dijo esto. Morgan no la había invitado a entrar, pero las pocas frases que habían intercambiado los habían llevado a ambos al otro lado de la puerta. Por el momento, Morgan parecía no tener ningún problema con eso.

"¿Fotos?", preguntó.

"Sí. Hay una de los dos vestidos como si fueran a salir a escalar o a correr o algo así. Y luego, unas horas después, hay una foto en su teléfono. Al principio parece que se trate de una selfie, pero luego se hace evidente que alguien más está sosteniendo la cámara. Así que mis preguntas para ti son: ¿Qué hicisteis los dos el día que murió? Y si es cierto que te uniste a ella en su ascenso, ¿por qué no te presentaste ante la policía?".

Morgan soltó un suspiro y dejó caer sus bolsas al suelo. Cuando algo se rompió dentro de una de ellas, un frasco de vidrio de algún tipo, a juzgar por el sonido que hizo, pareció no importarle. Luego se apoyó en el mostrador de su cocina como si estuviera sintiendo algún tipo de conflicto interior.

"Malcolm, ¿sabes qué pasó?".

Lo que realmente buscaba era cualquier tipo de respuesta que indicara culpabilidad. Si resultaba que este tipo era el responsable de haber cortado la cuerda de Mandy, Mackenzie volvería a casa mucho antes de lo que había pensado.

"Sí, escalé con ella. Durante un rato. No fui hasta el final. Por eso nunca me presenté cuando supe que había tenido un accidente. Sé lo conveniente que esto suena por mi parte. Pero te juro... que solo fui hasta la mitad con ella. Creo que tenía planeado escalar el resto del camino".

"¿Y esto estaba en Exum Ridge?".

"No. Bueno, no en mi parte de la escalada. Nosotros... en fin, hemos estado viéndonos. Y teníamos un lugar en el que nos gustaba parar. Es una especie de cala pequeña y peculiar escondida en una grieta en el lateral de una pared que algunos de los escaladores locales conocen como Exum Gate. Ahí es hasta donde llegué con ella ese día".

"La compañera de apartamento de Mandy dijo que Mandy no estaba saliendo con nadie".

"Bueno, sí, supongo que no se lo habría dicho a su compañera de apartamento. Lo estábamos guardando en secreto. Maldita sea, eso está mal. Mira....tengo novia. Mi prometida, en realidad. Va a ir a U.C.L.A, pero he estado viendo a Mandy a escondidas durante unos meses. No era nada serio... pero lo bastante serio como para no querer que mi prometida se enterara".

Ahí está la culpa, pensó Mackenzie, aunque no era el tipo de culpa que había estado esperando.

"¿Habías escalado antes con ella?".

"Sí, ocho o nueve veces. Encontramos nuestro pequeño lugar en Exum Gate a la cuarta".

"¿Y por qué te detuviste ahí el día que ella murió?".

"Por la misma razón por la que nos detuvimos las otras veces", dijo, empezando a sonrojarse un poco. "Es lo bastante largo como para acostarse, y lo suficientemente seguro para que sepas que no te caerás. Nos acostábamos juntos allá arriba. Ese día habría sido la cuarta vez. Sé que suena pervertido, pero el sexo a esa altura... sabiendo que esos grandes espacios abiertos están solo a unos metros detrás de ti...".

Sin querer escuchar los detalles, Mackenzie siguió adelante. "¿Por qué no continuaste el resto del camino con ella ese día?".

"Tuvimos una especie de pelea. No una pelea... más bien una discusión. Dijo que no quería hacerlo más... lo de ella y yo, lo de

seguir jugueteando. No quería ser la segunda opción. Lo entendí, pero... bueno, no estaba preparado para dejarla. Así que discutí un poco con ella, diciendo que tal vez podría cancelar el compromiso. Dijo que eso solo probaba el tipo de hombre que soy. Y luego me pidió que la dejara en paz. Después de eso, bajé en rappel y ella se quedó allí, en nuestro pequeño lugar. Miré un par de veces mientras bajaba, pero nunca la vi salir".

"Este lugar en Exum Gate... ¿cómo de difícil es llegar a la cresta de Exum Ridge?".

"No es nada difícil si sabes lo que estás haciendo. Sólo tienes que subir un poco más y luego escalar hacia la izquierda unos cientos de metros. Hay una pequeña cornisa a lo largo de la cara que es lo bastante ancha como para hacer una transición fácil durante la mayor parte del camino. No es ideal para escaladores novatos, pero es fácil si tienes experiencia".

"¿Cuándo te enteraste de que había muerto?".

"Todavía no me lo han dicho oficialmente. Ten en cuenta que no le contamos lo nuestro a nadie. Ni siquiera su compañera de apartamento lo sabía. Lo vi en Facebook".

"¿Cómo os conocisteis?".

"En una reunión de escaladores hace unos meses. Nada oficial, solo una reunión de un pequeño grupo de escaladores en Facebook".

"¿Con qué frecuencia tienen lugar estas reuniones?".

"Aproximadamente una vez cada unos cuantos meses para este grupo, aunque hay varios de ellos por aquí. Claro que no sé cuántos de ellos se conocen".

Mackenzie tomó nota de esto mentalmente, preguntándose si valdría la pena explorar estos grupos un poco más a fondo.

"¿Por qué no lo denunciaste cuando te enteraste de que había muerto? Es muy probable que fueras la última persona que vio a Mandy con vida".

"Lo pensé, de veras. ¿Pero qué demonios iba a decir? Si hubiera ido a las autoridades, lo único que hubiera logrado es tener que confesar mi aventura y hacer público que Mandy se estaba acostando con un hombre comprometido justo antes de que muriera. Eso no

tiene buena pinta para ninguno de los dos. Además... como dije. Estábamos jugueteando, no era nada serio".

"¿Adónde fuiste cuando volviste a bajar en rappel?"

"De vuelta a casa. Aquí. Tenía mucho trabajo por hacer".

"¿Paraste en algún lugar entre Exum Gate y aquí?".

Morgan se tomó un momento para pensarlo y Mackenzie no creyó que simplemente estuviera ganando tiempo. Estaba empezando a mostrar una preocupación genuina en ese momento, haciendo lo que podía no sólo para ayudar, sino también para asegurarse de que no se metía en problemas.

"Sí", contestó finalmente. "Pasé por Starbucks. Claro que eso fue todo. Volví aquí y trabajé el resto del día".

"¿A qué te dedicas?".

"Hago publicidad para pequeñas empresas".

"¿Así que tendrías algún rastro de emails de trabajo para ese día?".

"Sí, aunque no sé cuándo envié el primero. Si estás buscando algún tipo de coartada, quiero decir".

"Cruzaremos ese puente cuando lleguemos allí. Por favor, quédate en la ciudad los próximos días. Tal vez necesitemos interrogarte de nuevo o mirar tu teléfono y tu ordenador".

"Por supuesto. Lo que sea que pueda hacer".

Mackenzie le dio las gracias por su tiempo y luego se dirigió hacia la salida, bastante segura de que Malcolm Morgan no era su asesino. Y aunque no le había dado ninguna información sólida, su historia le daba una idea más exacta de cómo había sido la vida de Mandy Yorke antes de su muerte.

Se acordó de cuando había estado de pie al borde de la Vista de Logan y de cómo había mirado hacia abajo esa misma mañana. Le había traído algo a la mente, algo que había enterrado y que había intentado olvidar lo mejor que había podido. Sin embargo, sintió cómo trataba de subir a la superficie, tratando de tomar el centro del escenario para recordarle que, ya fuera madre primeriza y agente del

FBI en ascenso, todavía tenía algunos demonios que enfrentar. Y parecía que tendría que enfrentarlos sola, a más de medio país de distancia de su familia y de cualquier tipo de sistema de apoyo.

CAPÍTULO DIEZ

Cuando regresó a comisaría con Waverly, encontró de nuevo al Sargento Timbrook en la sala de conferencias. Estaba sentada encorvada sobre una silla, cambiándose de zapatos. Como no se estaba esperando ninguna visita, esto le hizo un poco de gracia a Mackenzie.

“¿Es un mal momento?”, preguntó Mackenzie.

“Para nada”, dijo Timbrook, riéndose. “Algunos de nosotros nos dirigimos a Exum Ridge en unos minutos. Un guía del parque nos llamó y dijo que habían descubierto un pequeño sendero lateral que parecía haber sido perturbado hace poco. Iba a llamarte antes de salir. Me estoy cambiando de zapatos porque hay una pequeña caminata involucrada en el asunto”.

“Es perfecto”, dijo Mackenzie. “Esa iba a ser mi próxima parada. ¿Te importa si voy contigo?”.

“No hay problema en absoluto”, dijo Timbrook, atándose las zapatillas.

Mackenzie también llevaba zapatillas de deporte, otro recordatorio de lo poco ortodoxa que era esta situación. Era difícil permanecer en la mentalidad de agente sin el atuendo habitual. Sí, tenía su placa de identificación, pero sin la ropa y su arma, se sentía muy rara.

El viaje hasta Exum Ridge fue breve. Timbrook les llevó de regreso al parque y luego trazó los límites del mismo. Aparcaron en un aparcamiento similar al que había situado detrás de la Vista de Logan. Esta vez, la caminata que había por delante de ellos parecía incluir una drástica pendiente que estaba muy poblada de árboles. Mackenzie la observó con escepticismo, preguntándose si estaba lo suficientemente en forma como para recorrerla. Aunque se sentía en buena forma, tenía que recordarse a sí misma que la cesárea había afectado gravemente su fuerza en la zona central.

Había cinco agentes en total cuando comenzaron a escalar el sendero que los llevaría a Exum Ridge. Timbrook lideró el camino, seguida por Mackenzie y el oficial Waverly. Detrás de ellas iban otros dos policías: un oficial más joven llamado Petry y un hombre alto y demacrado que Timbrook le había presentado como el ayudante Miller. Miller guardaba silencio, pero su postura y su cara firme

dejaban claro que no le gustaba tener que hacer tal escalada. Mackenzie se preguntó si él estaba entre los muchos agentes de la oficina de Timbrook que creían que las dos muertes recientes no habían sido más que accidentes.

Mackenzie hizo todo lo posible por concentrarse en mantenerse alerta y consciente de sus propias limitaciones. Daba por sentado que McGrath se habría imaginado que no había manera de que ella estuviera haciendo algo tan agotador como esto cuando saliera a revisar este caso. Era frustrante porque la caminata no la habría afectado en absoluto hace más o menos un año. Sin embargo, ahora podía sentir la debilidad en sus abdominales y la vacilación en las que fueran en su día unas piernas resistentes. Sabía que todavía eran fuertes, pero habían estado fuera de servicio por un tiempo, y unos cuantos viajes al gimnasio en las últimas semanas simplemente no resultaban suficientes.

“El hecho de que la gente haga esto por diversión”, dijo Waverly, “me deja atónita”.

Por detrás de ella, el ayudante Miller gruñó. Mackenzie lo miró y notó que estaba sudando. Luego volvió a mirar al suelo, ignorando las protestas de sus piernas y el malestar en su zona abdominal.

Les llevó quince minutos llegar a un tramo de tierra que en su mayoría era llano. Esto condujo a otra pendiente, esta no tan empinada y mucho más fácil de atravesar.

“Por aquí”, dijo Waverly. “Creo que este es el rastro que ha despertado sospechas”.

Todo el mundo se acercó para ver hacia dónde apuntaba. Mackenzie vio un sendero muy estrecho que conducía hacia el bosque, comenzando con una pendiente en descenso que se nivelaba unos veinte pies hacia abajo y discurría por delante de ellos hacia Exum Ridge.

“¿Te importa comprobarlo?”, le preguntó Mackenzie a Waverly. “Buscad cualquier señal de alguien que haya andado con prisas, tal vez incluso de un altercado. Imagino que esto va a caer muy cerca de Exum Ridge, así que deberíamos vernos pronto”.

Waverly miró a Timbrook en busca de orientación, y asintió. Waverly asintió un poco y comenzó a bajar por el sendero, tomando cuidadosamente la pendiente hacia abajo.

“¿Cuánto falta para Exum Ridge?”, preguntó Mackenzie.

“Quizá otros cinco minutos”, dijo Timbrook.

Mackenzie hizo todo lo que pudo para ocultar su incomodidad mientras seguían adelante por el sendero. En ocasiones, veía a Waverly más a la derecha, parcialmente escondido por los árboles y el desnivel mientras bajaba por el sendero más traicionero. A pesar de que lo utilizaba para distraerse del dolor que sentía en sus piernas y abdomen, se sintió aliviada cuando llegaron al final del camino mucho antes de lo esperado.

Todos se detuvieron y miraron a Exum Ridge. Se alzaba hacia arriba como un centinela gigante. Aunque Mackenzie sabía que medía poco más de diecisiete metros de altura, podía imaginarse sin problemas que perforaba un agujero en el cielo desde donde estaba.

“Así que esto es Exum Ridge”, dijo Timbrook. “Exum Gate está a unos doscientos pies por allá”, dijo señalando a la derecha.

“¿Pero aquí es donde se encontró el cuerpo de Mandy Yorke?”.

“Así es”, dijo Miller, acercándose a la primera pendiente drástica que rápidamente se convertía en una montaña frente a ellos. “Aquí mismo. Aterrizó boca abajo, con su pierna derecha atrapada bajo ella, cortada limpiamente por la mitad. He visto algunos accidentes en estos picos, pero éste fue el peor”.

“¿Alguna idea de lo experimentado que era Yorke?”.

“Bueno, no soy exactamente un escalador de roca, así que no distinguiría a un novato de un experto”, dijo Timbrook. “Por eso vino Petry hoy. Él es el que va a hacer ese tipo de cosas”.

“¿Escalas habitualmente?”, preguntó Mackenzie.

“Sí, pero sólo por diversión”, dijo Petry. “No estoy obsesionado como algunos de los que vienen aquí. Esa subida desde Exum Gate hasta aquí sería demasiado aterradora para mí”.

Mackenzie miró hacia la roca que tenía enfrente y hacia la derecha. Exum Gate estaba a unos doscientos pies de altura, inclinado hacia arriba. Mirar hacia arriba en esa dirección hizo que la cabeza de Mackenzie se sintiera un poco mareada. Sintió cómo esos recuerdos del pasado resurgían hacia arriba, sonando como el claxon de un camión grande que estaba a punto de atropellarla.

Detrás de ese claxon, había otras cosas turbias... que venían en forma de olas, chocaban en la orilla y luego salían de escena.

"...tienes que hacerlo. Sólo ten cuidado y podrás hacerlo. Es muy fácil. Puedes...". La tierra se arremolinaba debajo de ella y lo único que podía ver claramente era la sangre. Y tenía que bajar, tenía que bajar rápido y...

Mackenzie sacudió los recuerdos, sintiéndose segura de que estaban tan cerca que podía amarrarlos en cualquier momento si así lo deseaba. Por ahora, sin embargo, solo estaba la pared de roca enfrente de ella, el cruce entre Exum Gate y Exum Ridge.

"Oficial Petry, el informe de la policía dice que se recuperaron varias piezas de equipo en este mismo lugar. ¿Recuerdas cuáles eran?".

"Un trozo de cuerda, varios mosquetones y su casco. Todo era fácil de identificar porque había unas iniciales hechas con marcador mágico en la parte inferior del casco: M.Y.".

"Mandy Yorke", dijo Timbrook.

Mackenzie volvió a mirar la pared de roca que había delante de ellos. No estaba muy segura de lo que estaba buscando. Si Mandy Yorke hubiera muerto al caer al vacío, no habría nada tan abajo que les contara lo que había pasado. A pesar de ello, mientras miraba hacia arriba, divisó varios pequeños afloramientos a lo largo del borde de la pared. Algunos de ellos harían que empezar fuera bastante fácil, haciendo los primeros veinte pies más o menos sin ninguna ayuda.

Creyó ver algo en uno de esos afloramientos, una pequeña cornisa que sobresalía de la pared a unos dos pies de distancia por lo que podía ver.

"Timbrook, tengo que revisar mi vista", dijo. Señaló al pequeño afloramiento, entrecerrando los ojos. "¿Ves algo justo ahí?".

Timbrook siguió el dedo de Mackenzie y asintió lentamente. "Sí. Hay algo ahí arriba. Parece que sea... ¿naranja, tal vez? Es muy difícil verlo bien desde aquí".

Mackenzie miró a su alrededor para ver si alguien había traído algún equipo de escalada, sabiendo ya la respuesta. Luego volvió a mirar el afloramiento y su corazón empezó a golpearle en el pecho. Poco a poco, dio un paso adelante hacia la pared.

¿Qué demonios estás haciendo?

Era una pregunta justa. Ella sabía lo que estaba haciendo y con cada paso, esos recuerdos se volvían más y más fuertes.

El mundo, arremolinándose por debajo, y sus pies colgando. La forma de su instructor en el suelo allí abajo, haciendo todo lo posible por mantenerse fuerte para que ella no se asustara.

"Puedes hacerlo, Mackenzie. No dejes que el miedo te afecte. Ya sabes qué hacer. Puedes agacharte. Puedes..."

"¿Agente White?".

Volvió a mirar a Timbrook, que parecía preocupada. Luego se encogió de hombros y se agachó, frotándose las manos contra el suelo. Cuando tenía una bonita capa de suciedad y polvo, Mackenzie se acercó a la pared de roca y miró hacia el objeto en ese pequeño afloramiento.

Ahora que estaba de pie justo debajo de lo que fuera aquello, calculó que estaba a unos veinte o veinticinco pies por encima de ella. La pared de roca que la llevaba hasta allí no era lisa en absoluto; proporcionaba un montón de áreas de diferentes texturas, peñascos y grietas donde encontrar un punto de apoyo conveniente. Comenzó a buscar el primer punto de agarre, con mano ligeramente temblorosa y con el corazón en la garganta.

"Agente White", dijo Timbrook otra vez. "¿Qué demonios estás haciendo?".

Mackenzie se acordó de cómo había perseguido a un asesino por la corona de una alta torre de agua en algún lugar de su pasado reciente. No obstante, su mente se trasladó todavía más atrás, para ver sus propios pies colgantes y a un instructor herido debajo de ella, sangrando en el suelo.

"Está bien", dijo Mackenzie, mirando hacia atrás a la pared de roca más baja de Exum Ridge. "Solía hacer esto. Y era muy buena".

Dicho eso, Mackenzie hundió sus dedos dentro del primer asidero disponible y comenzó a escalar.

Inmediatamente se dio cuenta de que era más fácil de lo que esperaba. Los primeros asideros y primeros puntos de apoyo estaban muy gastados, probablemente como resultado de los innumerables

niños que habían tratado de ver hasta dónde podían llegar antes de que sus padres los regañaran. Sin embargo, después de unos tres metros, se volvía más difícil. Mackenzie tuvo que buscar agarres y pelear con las suelas de sus desgastadas Nike, que no eran el mejor calzado para escalar la ladera de una montaña.

Cuando estaba a dos brazos del afloramiento donde se encontraba el objeto naranja, pensó en Ellington. De alguna manera, estos recuerdos que estaban resurgiendo eran nuevos para ella, y le llevaban a una parte de su vida que ella ya había logrado borrar. Debido a eso, no era parte del pasado que había compartido con Ellington.

Dios mío, se pondría como loco si me viera ahora mismo.

Sonrió, pero solo fugazmente, porque a caballo de ese pensamiento estaban esos viejos recuerdos, golpeándole los talones como un perro rabioso.

Quemaduras de soga en las palmas de sus manos, sirenas de ambulancia, su madre apareciendo borracha de la cabeza, un policía diciéndole que probablemente le había salvado la vida a su instructor…

“No”, se dijo a sí misma en voz alta. “Ahora mismo no. No, gracias”.

Luchó contra la necesidad de mirar hacia abajo y, en su lugar, levantó el cuello, buscando otro asidero para su mano. Había uno conveniente que estaba un poco fuera de su alcance, pero pudo alcanzarlo con un buen estiramiento. Le dolía el abdomen e hizo una mueca de dolor al levantarse.

El afloramiento no era lo bastante grande como para descansar, pero pudo apoyarse con el brazo derecho, lo que le quitó algo de presión de las piernas y el abdomen. Mientras se agarraba al pequeño saliente, pudo ver claramente la forma naranja que ella y Timbrook habían visto desde abajo. Agarró el objeto con su mano libre y lo miró.

Era un dispositivo de seguridad estándar, a menudo utilizado por personas que trepan sin pareja. No era un equipo muy sofisticado, pero, aun así, se necesitaban algunos conocimientos básicos de escalada para manejarlo, para mantenerse en la cuerda mientras un escalador se abría camino a lo largo de la roca.

Miró hacia abajo por primera vez a los cuatro oficiales que estaban allí; aparentemente, Waverly había regresado del bosque

desde la estrecha senda para unirse a ellos en el tiempo que le había llevado alcanzar el dispositivo.

“Es un dispositivo de seguridad”, dijo Mackenzie. Lo dio vuelta en la mano y vio las mismas iniciales que Petry dijo que habían encontrado en la parte inferior del casco de Yorke: M.Y. “Es de Mandy Yorke”, añadió.

Asegurándose de que todos la vieran, tiró el aparato suavemente. Después, no perdió ni un segundo para volver a bajar por la pared. Estaba sudando un poco, pero confiaba en que la tierra que se había puesto en las manos la mantendría a salvo. Descubrió que volver a bajar era más fácil que subir. Recordó las áreas más difíciles que había a lo largo de la pared y las agarró con facilidad. Volvió a traer a la mente esa imagen de su pasado, pero la escondió antes de que pudiera asustarla del todo.

Se sintió aliviada al instante cuando volvió a pisar el suelo. A pesar de ello, volvió a mirar la pequeña y breve ruta que acababa de tomar y no pudo negarse a sí misma que lo había disfrutado.

“Petry, ¿recuerdas algo en particular sobre las cuerdas que se encontraron?”.

“Sólo que estaba cortada, bastante limpiamente”.

“¿Había algún tipo de nudo que te llamara la atención?”.

Petry agitó la cabeza, claramente decepcionado de no tener una respuesta real que darle. “Ninguno que yo recuerde”.

“Si ese es el dispositivo de seguridad de Yorke”, dijo Miller, “¿qué es lo que nos dice?”.

“Nos dice que una mujer que, aparentemente, era buena escaladora, dejó caer su dispositivo de seguridad, una pieza de equipo muy importante cuando se escala a solas. Podría suceder, sin duda, pero no a menudo”. Pensó en algo por un momento y luego añadió: “Me gustaría echar un vistazo a la cuerda. ¿Es posible?”.

“Claro que sí”, dijo Timbrook. “¿Crees que se nos ha pasado algo por alto?”.

“Es demasiado pronto para saberlo con seguridad”, dijo.

Pero luego miró hacia arriba, hacia ese pequeño afloramiento al

que acababa de escalar, y hacia los miles de metros que había sobre él. Mackenzie tenía una teoría, pero quería ver las cuerdas primero. Estaba preparando su racionalización de una teoría mientras iban caminando de regreso al aparcamiento. De nuevo, la caminata de bajada fue mucho más fácil que la de subida.

Y aunque pudo proceder sin demasiadas molestias como las que había experimentado durante el ascenso, ahora los recuerdos invasivos comenzaban a desgastarla. Estaban en el centro de su mente, exigiéndole que se enfrentara a ellos, exigiéndole que supiera por qué los había bloqueado de su mente.

“Probablemente le salvaste la vida, jovencita”, le había dicho el paramédico mientras envolvía las quemaduras de la cuerda en las palmas de sus manos. “Su instructor podría deberle la vida…”.

CAPÍTULO ONCE

Mackenzie, Timbrook, Waverly y Petry estaban de pie alrededor de una mesa justo afuera de la sala de pruebas en la parte trasera de la comisaría de policía de Jackson Hole. Todo lo que habían encontrado en el área donde se había hallado el cuerpo de Mandy Yorke estaba sobre la mesa. También habían incluido el dispositivo de seguridad naranja, que acababa de ser etiquetado y catalogado por Petry.

Al examinar las cuerdas que Mandy había estado usando cuando murió, Mackenzie sintió que su teoría encajaba como un guante y demostraba que era correcta. Tomó la cuerda y la repasó con sus manos hasta que se encontró con un nudo que había visto varias veces pero que nunca había empleado para sí misma.

“Este nudo… se le conoce como el enganche de Munter. Es una especie de cuerda a prueba de fallos, complicada de fabricar, pero fácil de usar. Sin embargo, normalmente los escaladores sólo lo usan cuando no hay otras opciones. Se usa principalmente en emergencias”.

“¿Como cuando alguien deja caer su dispositivo de seguridad?”, preguntó Timbrook.

“Sí”.

“¿Qué significa eso exactamente?”, preguntó Waverly.

“Bueno, todavía me parece interesante que una escaladora entrenada con habilidades como Mandy Yorke fuera lo suficientemente torpe como para dejar caer su dispositivo de seguridad. Este nudo del enganche de Munter lo respalda. Por lo general, solo se utiliza en casos extremos. Y si unes esas dos cosas, me dice que Mandy Yorke estaba tratando de bajar de Exum Ridge a toda prisa”.

Entonces encontró el área de la cuerda donde había sido cortada. Como le habían dicho, era un corte limpio. No estaba deshilachada o desgarrada por un exceso de uso. Había sido cortada a propósito.

“¿Así que crees firmemente que podemos descartar los meros accidentes como la causa de la muerte?”.

“Para Mandy Yorke, sin duda”.

Petry dio un paso atrás de la mesa, y les echó un vistazo de conjunto a las pruebas que tenían allí colocadas. Parecía inquieto, como si buscara cualquier excusa para salir de la habitación.

"¿Qué pasa, Petry?", preguntó Timbrook.

"Esto va a causar una buena tormenta".

"Estoy acostumbrada a navegar todo tipo de tormentas", dijo Mackenzie. "Déjame adivinar. Hay presión sobre la policía local para mantener cualquier rumor de un asesino lejos del público debido a la preocupación sobre una menor vigilancia del parque y menos ingresos. ¿Se trata de algo así?".

"Exactamente de algo así", dijo Timbrook. "Es una de las razones por las que el alguacil y sus pequeños peones me están dando tantos problemas para etiquetarlo como un caso de asesinato. También es una de las razones, creo, por las que ha decidido no perder el tiempo con el caso. Cuanto menos sepa, menos involucrado puede estar".

"Y si resulta ser una serie de asesinatos", dijo Waverly, "puede culpar de la falta de información al público al sargento que puso a cargo".

Timbrook asintió con tristeza y la mirada en sus ojos hizo que Mackenzie pensara una vez más en el tiempo que había pasado en Nebraska como detective. Realmente quería pensar que los tiempos habían cambiado desde entonces, que no era cuestión de que Timbrook no tuviera la credibilidad de su departamento debido a que era una mujer atractiva y de baja estatura. Sin embargo, en el fondo, Mackenzie estaba bastante segura de que eso era exactamente lo que estaba pasando.

"¿Crees que fue el mismo asesino en ambos casos?", preguntó Timbrook.

"Espera, espera", dijo Petry. "Eso parece una gran exageración".

Mackenzie se mordió la lengua, pero estaba bastante segura de que los peces gordos por encima de Timbrook habían puesto un topo para ayudarla con el caso. Por supuesto, Petry era aparentemente el encargado de la información sobre escalada en roca, pero estaba claro que estaba haciendo todo lo que podía para seguir negando la posibilidad de que estuvieran investigando dos asesinatos cometidos por la misma persona.

“¿Puedes decirme por qué es una exageración?”, preguntó Mackenzie.

“Mira... vamos a darte el beneficio de la duda y decir que hubo algún tipo de juego sucio involucrado con Mandy Yorke. Eso no significa que podamos hacer el mismo escrutinio de la muerte de Bryce Evans”.

“Vi marcas de rozaduras en la tierra en la parte superior de la Vista de Logan, así como una abolladura en la cabeza de la víctima que sugiere lo contrario”.

“Cayó casi 300 pies”, exclamó Petry. “Por supuesto que va a tener algunas abolladuras en la cabeza”.

Mackenzie suspiró y luego miró a Petry directamente a los ojos. Él miró hacia otro lado casi de inmediato, una acción que le dijo a Mackenzie que se echaría para atrás con bastante facilidad si las cosas se convertían en una discusión de verdad.

“Aprecio la lógica de lo que estás insinuando”, dijo ella. “Y está claro que quieres que esto se resuelva tanto como los demás, pero me llamaron para ayudar en este caso, lo que significa que ahora está bajo la jurisdicción del FBI. Teniendo en cuenta que soy la única agente federal en el caso, básicamente yo soy quien toma las decisiones aquí. Confía en mí.... odio sacar la tarjeta del FBI, pero lo haré si me obligáis a hacerlo”.

Se detuvo aquí, dejando que sus palabras calaran, asegurándose de que no iba a tratar de convencerla de que se calmara. Cuando se quedó callado, Mackenzie continuó.

“En base a lo que estoy viendo con la cuerda de Yorke y la frente de Evans, así como el lugar donde creo que fue empujado, no vamos a investigar esto como dos casos de asesinato. Aunque no estoy totalmente preparada para decir que fuera obra de la misma persona, me inclino mucho por esa ruta. No tengo problema en discutir mis ideas y teorías, pero no toleraré preguntas irrazonables. ¿Estáis todos de acuerdo con eso?”.

Timbrook y Waverly asintieron al unísono, y Waverly llegó a decir: “Al cien por cien”.

Sin embargo, Petry sólo miró a cada uno de ellos durante unos instantes y luego asintió con la cabeza, derrotado. “Sí”, fue todo lo que dijo mientras caminaba rápido hacia la puerta para salir de allí.

“Siento lo de Petry”, dijo Timbrook. “En realidad es un gran oficial de policía, pero también es uno de los chicos. Lo que es peor, admira a la antigua generación, a los viejos que todavía desprecian a la pequeña mujercita que yo les parezco, teniendo la osadía de llevar una placa y encargarse de algunas cosas por aquí”.

“Todas las comisarías tienen algunos de esos, supongo”, dijo Mackenzie. “En fin… vosotros dos conocéis la zona mucho mejor que yo. ¿Tenemos los nombres y direcciones de los familiares de alguna de las víctimas?”.

"Bueno, como viste en los informes, Mandy Yorke no tiene familia en la zona. Sus padres murieron en un accidente de coche cuando tenía diecisiete años. La abuela que la crió después de eso está en un hogar para jubilados en California. Los camilleros dicen que, cuando le informaron de que Mandy había muerto, no les respondió. Dicen que la pobre mujer apenas puede recordar su propio nombre la mayoría de los días”.

“¿Y qué hay de Bryce Evans?”.

“Su madre vive a las afueras de la ciudad. Su padre falleció hace un año. Cuando hablé con su madre justo después de su muerte, me dijo que Bryce probablemente había ido allí por razones sentimentales. Dijo que era donde esparcieron sus cenizas”.

“¿Parecía dispuesta a ayudar?”, preguntó Mackenzie. “Me gustaría hablar con ella”.

“Sí, puedo hacer esa llamada”, dijo Timbrook. Luego salió de la sala, supuestamente para hacer eso.

Mackenzie miró hacia atrás a los objetos que había sobre la mesa: el casco, con la parte trasera agrietada y básicamente destrozada; la cuerda, cortada cerca de un extremo y con un nudo de enganche Munter a unos metros del corte.

En su ojo mental, Mackenzie imaginó a Mandy Yorke haciendo rappel por el lado de Exum Ridge, mirando hacia arriba y viendo a alguien en la cima. Tal vez con un cuchillo, tal vez mirándola con una sonrisa de maníaco. Y todo lo que había por debajo de ella era puro vacío.

“Puedes hacerlo, Mackenzie”, escuchó en su cabeza.

Y al oírlo de nuevo, recordó lo que era estar flotando en el vacío,

con nada más que el aire libre bajo sus pies y el conocimiento de que un mal movimiento tenía el potencial de acabar con su vida.

Era toda la motivación que necesitaba. Sin que importara un bledo el dolor que pudiera sentir en sus abdominales y sus piernas, Mackenzie se propuso descubrir quién había matado a Mandy York y a Bryce Evans.

***

Janelle Evans tenía bastante buen aspecto para haber perdido a su hijo recientemente. Esa fue la primera reacción de Mackenzie, pero, a los pocos minutos, se dio cuenta de que no era más que una fachada. La mujer estaba sufriendo. Trataba de enmascarar su dolor con maquillaje y una sonrisa de plástico. Pero no había nada en sus ojos, ni chispa, ni destello, nada de nada. La copa de vino que tenía apoyada sobre la mesa de café poco antes del mediodía sugería que la Sra. Evans enmascaraba su dolor de varias maneras diferentes.

Les había abierto la puerta como si fuera cualquier otro día, saludando calurosamente al Sargento Timbrook. Cuando Mackenzie se presentó, la Sra. Evans pareció un poco conmocionada, pero se encogió de hombros mientras las llevaba a su sala de estar.

Mackenzie buscó a su alrededor cualquier signo de dolor reciente: álbumes de fotos, pañuelos usados, cualquier cosa. Pero daba la impresión de que la Sra. Evans mantenía un hogar muy ordenado y estaba tratando de ocultar cualquier señal de dolor. Mackenzie no lo entendía del todo, pero sí sabía que la gente elegía lidiar con su dolor de distintas maneras. ¿Quién era ella para juzgar la manera en que esta mujer había decidido responder a la trágica muerte de su hijo?

“Sra. Evans, me gustaría hacerle unas preguntas sobre Bryce. ¿Le parece bien?”.

“Ya le he dicho al sargento Timbrook y a sus compañeros todo lo que sé, pero supongo que sí. ¿Ha habido novedades?”.

“Bueno, Sra. Evans”, dijo Timbrook, “la última vez que hablamos, había otro caso que estábamos investigando. No lo mencioné en ese momento porque no había ningún vínculo directo, y puede que todavía no lo haya, pero es lo bastante similar como para que tomemos precauciones. Hubo otra muerte relacionada con la escalada tres días antes del accidente de Bryce. Tenemos que empezar a ver

ambos casos desde un ángulo diferente".

"¿Estás... estás insinuando que alguien hizo esto a propósito?". Era la primera vez que Mackenzie veía a la Sra. Evans visiblemente nerviosa desde el momento en que había salido a recibirlas.

"No estamos seguros al cien por cien", dijo Mackenzie, "pero es una sospecha lo bastante fuerte como para que tengamos que investigarlo. Por eso me gustaría hacerle algunas preguntas".

"Por supuesto", dijo ella. Ahora había algo en sus ojos, una mirada perdida que hacía que pareciera que se iba a quedar dormida en cualquier momento.

"Para empezar, le dijo al sargento Timbrook que Bryce había subido a la Vista de Logan por una especie de aniversario. Por su padre, ¿es eso correcto?".

"Sí. Me lo mencionó el día antes de irse. Supongo que decidí no escuchar. Siempre me aterrorizó saber que estaba escalando. Una cosa de lo más tonta y peligrosa que hacer, en mi opinión".

"¿Sabes cuánto tiempo ha estado escalando?".

"Bueno, fue hace unos cinco o seis años cuando su padre lo llevó a la cima de la Vista de Logan. Algo relativo a un vínculo afectivo. Supongo que fue dos años antes de eso cuando empezó a practicar, ¿sabes? Algo que hacer con su padre los fines de semana. Bryce nunca escaló mucho después de la muerte de su padre. Seguía estando activo... pero no tan entusiasmado. Principalmente, hacía escaladas más bien pequeñas, solo para mantenerse en forma. Era muy reservado al respecto".

"¿Sabes si alguna vez escaló con un compañero?".

"Nadie consistente. Tenía un amigo que lo hizo durante un tiempo, pero se mudó. Creo que fue a una reunión el año pasado, a una reunión con otros escaladores. Había otro tipo con el que escaló por un tiempo, pero la cosa terminó".

"¿Sabes algo en particular sobre esa reunión?", preguntó Mackenzie, al tiempo que anotaba mentalmente que Malcolm Morgan también había mencionado los mismos grupos.

"No. No le hice preguntas. Como dije... mantuvo la escalada en privado. Y a mí eso me parecía bien. Pensé que era una forma de

mantenerse cerca de su padre”.

“¿Y qué hay de su padre? ¿Siempre fue un escalador?”.

“No. Es una historia un tanto graciosa, en realidad. Invitaron a Bryce a una fiesta de cumpleaños cuando tenía unos diez u once años. Tuvo lugar en un gimnasio donde los chicos jugaban juntos a la pelota, pero también tenían una de esas paredes de roca artificial. Cuando recogí a Bryce de la fiesta, estaba a mitad de camino subiendo por esa pared. Y le encantó. Saltaba sobre esas paredes cada vez que veía una. De alguna manera, con el tiempo se convirtió en algo entre él y su padre. Mike... su padre... consiguió un instructor que les diera lecciones”.

“¿Lecciones?”, preguntó Mackenzie. “¿Hace cuánto tiempo fue esto?”.

“Oh, no me acuerdo. Pero ese era Bryce... incluso después de la muerte de su padre. Aunque ya no estaba tan entusiasmado con la escalada, siempre quiso aprender. Leía libros y veía documentales. Cosas así”.

“¿Sabes si estaba viendo a un instructor, hasta después de la muerte de su padre?”.

“Oh, no estoy segura. Si lo hacía, yo no sabía nada al respecto”.

“¿Tienes idea de dónde tuvieron lugar esas reuniones de escalada?”.

“Lo siento, no”.

“Por lo general, se reúnen en bares o parques”, dijo Timbrook. “Por aquí, no son muy difíciles de encontrar. Hay varios que tienen lugar en Jackson Hole y sus alrededores todos los meses, siempre y cuando el clima coopere”.

Mackenzie tomó nota de esto y lentamente, una idea comenzó a aparecer en su mente. Sin embargo, en lugar de quedarse anclada en ella y hacer suposiciones, pensó que debía terminar de interrogar a Janelle Evans mientras pudiera. Si todavía estaba presentando una fachada tan fuerte, probablemente colapsaría en cualquier momento.

“Bryce estaba casado, ¿correcto?”.

“Sí. Durante unos meses”.

“¿Dónde está su esposa ahora?”.

“No estoy segura. Sus padres vinieron a la ciudad después de lo ocurrido y se fueron a algún lado. Ella… en fin, su esposa estaba destrozada. La pobre se desmayó de la sorpresa”.

“¿Tiene una coartada sólida?”.

“Sí, estaba en el trabajo. Tenemos al menos una docena de personas que pueden respaldar eso”.

“¿Qué hay de los amigos cercanos? ¿Bryce tenía muchos?”.

La señora Evans se encogió de hombros y frunció el ceño, la primera verdadera señal de tristeza que había mostrado hasta entonces. “Era muy popular en el instituto. Sin embargo, cuando decidió quedarse en la ciudad en vez de irse a la universidad estatal, para quedarse aquí y asistir a la universidad comunitaria, cambió un poco. No le importaban los amigos. No sé por qué”.

Mackenzie y la señora Evans intercambiaron una mirada antes de que Mackenzie se pusiera de pie. “Señora Evans, muchas gracias por su tiempo”.

“Le mantendremos informada si encontramos algo”, agregó Timbrook.

Las dos mujeres salieron, y la señora Evans permaneció en su silla mientras salían de la sala de estar. Cuando estaban en el porche, Mackenzie miró hacia el norte. Aunque las montañas no eran visibles desde donde estaban, ella sabía que estaban allí. Odiaba el sentimentalismo, pero no podía evitar sentir como si la estuvieran llamando, y no solo porque había disfrutado de una escalada sorpresa de la parte inferior de la cresta de Exum Ridge por la mañana.

“¿Estaba tan tranquila la primera vez que hablaste con ella?”, preguntó Mackenzie.

“No. Estaba más conmocionada cuando hablé con ella. También en una especie de estado de negación. Pero… sí, me temo que va a explotar muy pronto. Bryce era su único hijo, y su marido falleció hace un año…”.

“Bueno, creo que nos dio al menos un lugar para empezar a buscar”.

“¿Lo hizo?”.

“Sí. Ella dijo que él continuaba aprendiendo nuevas habilidades, que siempre estaba aprendiendo. Me hace pensar que, si todavía estaba escalando, probablemente estaba involucrado en algún tipo de clase, o con un instructor”.

“¿Quizás el que su padre contrató?”.

“Tal vez. Creo que ahí es donde tenemos que buscar ahora. ¿Crees que Petry estaría dispuesto a indicarnos la dirección correcta?”.

Timbrook sólo sonrió cuando se acercaron al coche. “Creo que tú y yo podemos arreglárnoslas por nuestra cuenta”.

CAPÍTULO DOCE

Gracias a Waverly, Mackenzie tenía una lista de instructores potenciales antes de que ella y Timbrook regresaran a la comisaría. Solo fue preciso hacer una llamada a la oficina recreativa de Grand Teton, una rápida transferencia de líneas y una conversación con un hombre muy servicial en el parque. Cuando Timbrook y ella regresaron a comisaría, Mackenzie notó casi de inmediato que el ambiente en el lugar era diferente. Trató de intuir el por qué, pero no tardó mucho en descubrirlo.

Un hombre mayor se aproximó caminando hacia ella, vestido con un uniforme de policía bien conservado. La estrella sobre su pectoral izquierdo parecía casi como una especie de atuendo de teatro, un accesorio en la obra de unos niños de primaria.

El alguacil, pensó.

Como para confirmar este pensamiento, escuchó a Timbrook soltar un suspiro a su lado.

"¿Eres la agente White?", preguntó.

"Así es", dijo Mackenzie. Se detuvo y le ofreció la mano.

Se quedó mirándole la mano durante unos momentos, como si no estuviera seguro de qué se trataba, pero finalmente la aceptó y se la estrechó.

"Soy el alguacil Albert Duncan", dijo. "Y no estoy seguro de por qué estás tan decidida a decir que hay un asesino suelto cuando estas dos muertes recientes podrían ser simples accidentes".

"No me enviaron aquí sólo para sonreír y asentir y estar de acuerdo con la teoría más popular", dijo Mackenzie. "Tengo razones más que suficientes para creer que estos supuestos accidentes fueron decididos y planeados por alguien". Miró a su alrededor y vio que todos los agentes presentes escuchaban con atención, mientras que unos cuantos les empezaban a hacer un corrillo. No estaba segura de si esta era la intención de Duncan o no. De cualquier manera, ella no iba a caer en ello.

"¿Te importaría compartir tus pruebas en ese sentido?", preguntó Duncan, en tono condescendiente.

Timbrook habló desde detrás de ella, tras ver a Waverly al borde de la multitud reunida. “Oficial Waverly, ¿actualizó los archivos con las notas y detalles de la agente White?”.

“Lo hice, Sargento”.

“Eso está muy bien”, dijo Mackenzie. “Alguacil, ahí lo tienes, puedes ver todas mis pruebas en los archivos recién actualizados. Si tienes alguna pregunta, ven a buscarme”.

Y con eso, continuó su camino de regreso hacia la pequeña oficina que había estado usando antes con Timbrook y Waverly. Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, Mackenzie tomó asiento, un poco avergonzada de sentirse tan bien tras poner al alguacil en su lugar.

Timbrook, mientras tanto, escondía una pequeña sonrisa traviesa. “No te voy a mentir”, dijo ella. “Ahora mismo podría decir que te adoro”.

Mackenzie no podía negar que le sentaba bien que Timbrook la halagara de esa manera, pero estaba más irritada por la actitud del alguacil que otra cosa. Puede que hubiera habido todo el progreso y los cambios del mundo, pero, al final del día, los hombres mayores y experimentados dentro de la policía siempre despreciaban a las mujeres más pequeñitas, a menudo más inteligentes… o eso parecía.

“Dejemos todo eso de lado por ahora”, dijo Mackenzie. “Empecemos con esta lista”. Agarró el viejo sobre en el que había escrito los nombres mientras estaba sentada en el asiento del copiloto del coche de Timbrook. Sólo había seis nombres, uno de los cuales tenía un signo de interrogación porque el hombre del teléfono había indicado que este potencial instructor había sido diagnosticado recientemente con cáncer de próstata y no había estado activo en un año más o menos.

El proceso de eliminación fue increíblemente simple. Mackenzie y Timbrook obtuvieron la información de contacto de cada uno de los cinco instructores restantes: cuatro hombres y una mujer. Mackenzie tuvo suerte con su primera llamada, a un lugar llamado Rise Up Rock Climbing. La mujer que le contestó el teléfono sonaba monótona y casi robótica… justo el tipo de persona con la que Mackenzie prefería hablar cuando quería obtener este tipo de información.

Después de dar su nombre, la razón de su llamada, y su número de placa de identificación, la cualidad monótona desapareció del tono de voz de la mujer.

“Estoy intentando encontrar a un instructor específico”, dijo Mackenzie. “Y necesito identificarlo por los estudiantes que pudiera haber tenido. ¿Tienes esa clase de información?”.

“Bueno, sólo tenemos a nuestros empleados aquí en Rise Up y ninguno de ellos son instructores, per se. Los instructores que utilizamos van y vienen y trabajan por cuenta propia. Pero mantenemos registros de cada estudiante que contratan si el arreglo se hace a través de Rise Up”.

“Genial. ¿Cuánto tiempo te llevaría hacer las comprobaciones si te diera el nombre de alguien que podría haber trabajado con un instructor de los vuestros?”.

“Oh, está todo en una hoja de cálculo que guardamos. Puedo averiguarlo en cuestión de segundos”.

“Maravilloso. Estoy tratando de encontrar un instructor que podría haber trabajado con Bryce Evans. No sé cuánto tiempo hace que habría empezado… pero si puedes demostrar que recibió clases durante el último año más o menos, sería genial”.

“¿Sabes a ciencia cierta que pasó por Rise Up para conseguir un instructor?”.

“No. Ni siquiera sé si realmente estaba utilizando un instructor”

“Oh, ya veo. Bueno, déjame abrir la hoja de cálculo y ver…”.

Mackenzie escuchó cómo la mujer tocaba el teclado, pero no durante un largo tiempo. Volvió a ponerse al teléfono menos de diez segundos después.

“Bueno, tengo un Bryce Evans aquí. Parece que estaba viendo a Lance Tyree hace unos meses”.

“¿Lance Tyree es uno de los habituales? ¿Y “Rise Up” tiene mucho trabajo con él?”.

“Una cantidad bastante decente. Es bueno en lo que hace, pero tiene una personalidad firme, ¿sabes?”.

“¿Has tenido quejas sobre él?”.

“Unas pocas, pero nada serio”.

“¿Puedes ver cuántos otros estudiantes ha tenido en los últimos

años?”.

“Sí, parece que…. catorce en los últimos tres años”.

“¿Por casualidad uno de esos estudiantes sería una mujer llamada Mandy Yorke?”.

“La verdad es que sí”.

Los vínculos empezaron a encajar en la cabeza de Mackenzie mientras sentía cómo se estaba formando una pista. “¿Hace cuánto tiempo?”.

“Parece que las lecciones comenzaron el año pasado y terminaron a principios de este año. Parece que fue más o menos al mismo tiempo que el señor Evans lo veía”.

Mackenzie hizo un gesto con la mano a Timbrook y luego señaló el primer nombre de la lista: Lance Tyree. Viendo la certeza de Mackenzie, Timbrook empezó rápidamente a contestar su llamada mientras salía de la habitación.

“¿Puede decirme cuándo fue la última vez que el señor Tyree trabajó con alguien como instructor?”.

“Parece que hace dos semanas. Una mujer llamada Sarah Leinhart”.

“¿Y podría darme la información de contacto del Sr. Tyree?”

“Por supuesto”, dijo la mujer, aunque parecía un poco indecisa. Le dio el número de teléfono y la dirección de su casa antes de que Mackenzie terminara la llamada.

Mientras se embolsaba el teléfono, se abrió la puerta de la habitación. Esperaba ver a Timbrook, pero vio al alguacil Duncan. Llevaba en la mano dos carpetas de archivos diferentes. Vio que la etiqueta de la carpeta superior decía Bryce Evans.

“¿Puedo ayudarle, alguacil?”, preguntó.

“Mira… aquí hay algunas ideas muy buenas”, dijo, dejando las carpetas sobre la mesa. “Nadie en toda la maldita oficina señaló este nudo del que tú te diste cuenta…. el enganche de Munter. Y después de mirar la hendidura en la frente de la cabeza de Bryce Evans… tal vez tengas razón”.

“Gracias por el reconocimiento”.

“Pero, tienes que entender… que no podemos gritar esto a los cuatro vientos. Algo así podría tener un gran efecto en la población local, el turismo, la seguridad pública”.

“Soy muy consciente de ello”, dijo Mackenzie. “Tengo pensado mantener el tema lo más discreto que me sea posible. Es una de las razones por las que estoy sola en esto, creo yo”.

“De todos modos”, dijo Duncan, como si le doliera decirlo, “tienes todo mi apoyo. Sólo hazme saber lo que necesitas”.

“Creo que estoy bien por ahora. Me gustaría seguir contando con la ayuda del sargento Timbrook y del oficial Waverly, si le parece bien”.

“Sin duda alguna”.

Como si la hubieran llamado al mencionar su nombre, Timbrook volvió a la habitación. Había un aire de emoción en sus ojos cuando miró más allá del alguacil hacia Mackenzie.

“Acabo de buscar a Lance Tyree. Es un habitante local de 37 años con antecedentes”.

“¿Cuáles son?”.

“Violencia doméstica. Dos acusaciones”.

“Bien”, dijo Mackenzie, dirigiéndose instantáneamente a la puerta, “vayamos a hacerle una visita”.

“Espera, espera”, dijo el alguacil Duncan. “¿Quién diablos es Lance Tyree?”.

“Si todo va como parece”, dijo Mackenzie, “creo que podría ser nuestro primer sospechoso”.

***

La dirección que Mackenzie había recibido de la mujer de Rise Up Rock Climbing los llevó al distrito central de Jackson Hole. Timbrook iba al volante, tomando cada curva con la confianza de una mujer que conocía el pueblo al dedillo. Terminaron aventurándose por un

estrecho callejón lateral con una serie de casas agradables, aunque no en demasía, salpicadas por aquí y por allá.

Timbrook aparcó frente a la dirección y las dos mujeres se bajaron del coche. Mientras subían por la pequeña acera hasta la puerta principal de Lance Tyree, una mirada de tristeza pareció deslizarse por el rostro de Timbrook.

"¿Todo bien?", preguntó Mackenzie.

"Sí. Es sólo que... normalmente es una parte tranquila de la ciudad. Resulta raro estar aquí porque estemos intentando resolver un par de asesinatos".

"¿Conoces a Tyree?".

"No. Y lo que vi en su expediente tampoco me ayudó a recordarle de nada".

Al llegar a la puerta principal, Mackenzie levantó la mano para llamar. Antes de que pudiera, sin embargo, el sonido de la música los saludó. Era débil, y provenía de algún lugar por detrás de la casa. Mackenzie se dio cuenta de que reconocía la canción, ya que era una que Ellington disfrutaba de vez en cuando: "Do the Evolution" de Pearl Jam.

Intercambiaron una mirada, y luego ambas encogieron los hombros casi al unísono. Mackenzie ignoró la puerta y, en vez de eso, salió al patio. Al llegar al borde de la casa, la música se hizo más fuerte. Le hizo un gesto a Timbrook y ambas caminaron por el costado de la casa hacia un patio trasero vallado. Cuando se acercaron a la pequeña puerta al comienzo de la cerca, Mackenzie se asomó y vio a un hombre arrodillado en el patio, desenrollando un trozo de cuerda. Mientras trabajaba en ello, la música cambió, pasando a algún tema de Soundgarden. El hombre estaba ensimismado en su propia lista de reproducción alternativa mientras trabajaba con sus cuerdas. Estaba bastante claro que las cuerdas eran cuerdas largas de escalada, lo que hacía muy fácil asumir que el hombre que trabajaba en ellas era en realidad Lance Tyree.

Mackenzie golpeó con fuerza la puerta, para que la escuchara por encima del sonido intenso que salía del altavoz Bluetooth que tenía colocado sobre el borde del porche trasero. Tyree levantó la vista inmediatamente. En su cara apareció una mirada de sorpresa y confusión cuando se puso en pie y empezó a caminar hacia la puerta. Sacó el teléfono de su bolsillo, accionando los controles del altavoz

para bajar el volumen mientras se acercaba a la puerta. No la abrió, pero se detuvo antes del pestillo, mirando a las mujeres que estaban al otro lado.

“¿Puedo ayudaros en algo?”, preguntó. “¿Estaba la música demasiado alta?”.

“No, está bien”, dijo Mackenzie, buscando su placa e identificación. “Por otra parte, soy la agente Mackenzie White, del FBI. Esta es el sargento Timbrook de la policía de Jackson Hole. Esperábamos hablar contigo si tienes un minute”.

“¿Puedo preguntar de qué se trata esto?”.

“Esperábamos obtener información sobre dos estudiantes de escalada con los que has trabajado en los últimos años”.

Con aspecto de sentirse bastante confundido, Tyree desbloqueó la puerta y les permitió pasar al patio trasero. “¿Supongo que esto es debido a Mandy Yorke?”.

“¿Te enteraste de lo que pasó?”, preguntó Timbrook.

“Sí. Había mucha gente hablando de ello en algunos de los grupos de Facebook que sigo. Dios... es algo terrible, ¿eh?”.

“Así es”, dijo Mackenzie. “¿Qué puede decirnos de Mandy? Ella no tenía ninguna familia por aquí y la única información que tenemos es de una compañera de apartamento poco fiable”.

Dejando las cuerdas a un lado por el momento, Tyree se sentó sobre el borde de su porche trasero. “Era una chica agradable, la verdad. Siempre tenía ganas de reírse... siempre estaba bromeando, pero tenía la sensación de que era una especie de introvertida. No le gustaba estar cerca de la gente. Es un rasgo que es bastante común entre los escaladores”.

“¿Era buena escalando?”.

“Sí que lo era. Sin duda. Realmente ágil y decidida. Y muy valiente, también. Hacía algunos movimientos de mano a mano en un abrir y cerrar de ojos para los que otros podían haberse sentido nerviosos”.

“¿Qué hay de la seguridad?”, preguntó Mackenzie. Lo estaba provocando suavemente, haciéndole creer que estaban aquí sólo para

enterarse de más cosas sobre Mandy. Sin embargo, en realidad, estaba estudiándolo mientras él respondía a sus preguntas.

“Bueno, en términos de mis lecciones, ella siempre mantenía una buena seguridad, claro que yo hago que todos mis estudiantes respeten las precauciones de seguridad. En términos de cómo mantenía esas precauciones cuando no estaba bajo mi guía, no puedo decir nada”.

“¿Qué hay de un tipo llamado Bryce Evans? ¿Qué puedes decirme de él?”.

Ante esto, Tyree ladeó la cabeza y la escudriñó. “¿Qué pasa con él?”.

“Supongo que todavía no has oído hablar de lo suyo”, dijo Mackenzie. “También murió de lo que parece ser un trágico accidente de escalada”.

“Jesús… ¿de verdad?”.

“Sí, de verdad. ¿Recuerdas haber trabajado con él?”.

“Sí… con él y con su padre. Creo que su padre murió hace unos años. No…. quizás haga menos tiempo. Puede que sólo hace un año o así. Fue hace poco tiempo”.

“Señor Tyree, ¿cuánto tiempo lleva trabajando como instructor de escalada?”.

Se puso en pie lentamente, retirándose de su asiento en el borde del porche trasero. Parecía sentir que estaba pasando algo, que esta agente y esta policía estaban aquí para algo más que para hacerle preguntas al azar sobre sus antiguos alumnos.

“He estado trabajando a tiempo completo durante año y medio. Antes de eso, tenía unas horas aquí y allá durante unos años”.

“Señor Tyree”, dijo Timbrook, “¿te importaría contarnos algo sobre las dos acusaciones de violencia doméstica en tu expediente?”.

Tyree puso los ojos en blanco y se rió. “¿Estás tomándome el pelo?”.

“Para nada”.

Miró a las dos mujeres y agitó la cabeza. Tenía una expresión que le decía a Mackenzie que se sentía como la víctima en todo esto, que sentía que estaba atrapado sin que importara lo que dijera.

“Qué importa”, dijo finalmente. “Eso ya es agua pasada. Ya hace tres años. Mi exesposa y yo tuvimos una discusión cuando nos emborrachamos una noche y perdí el control de mí mismo. Le pegué dos veces y lo denunció al día siguiente”.

“¿Y la segunda vez?”.

No parecía tan dispuesto a explicarse por ese motivo en particular. En vez de eso, volvió a trabajar con sus cuerdas. ¿Tratáis de decirme que me estáis considerando como sospechoso solo por mi maldito pasado?”.

“No. Lo que decimos es que estás directamente relacionado con las dos víctimas. Y hasta ahora, eres la única persona con tal vínculo. El historial en tu expediente simplemente consiguió que fuera más fácil venir a interrogarte”.

“Eso parece un trabajo de detective de lo más agotador”, dijo sarcásticamente.

Mackenzie se adelantó cuando se dio la vuelta. “¿Por qué no nos hablas sobre la segunda acusación de violencia doméstica? Puedo averiguarlo muy fácilmente ¿sabes?, pero, si me haces volver y desenterrarlo yo misma, solo vas a conseguir que me cabree”.

“He luchado con mis demonios”, espetó. “No necesito volver a hablar de aquello”.

“Si quieres librarte de nuestras sospechas, puede que quieras hacerlo”.

Se quedó callado por un momento y luego, casi de la nada, envolvió parte de la cuerda con la que estaba trabajando y la tiró por el patio.

“Fue mi hermana. Vino a visitarme después de que mi esposa se largara. Se puso demasiado personal conmigo, me dijo algunas verdades que yo no quería escuchar. La golpeé y le rompí la mandíbula. Más tarde retiró las acusaciones cuando se enteró de que podría hacerme pasar un tiempo en la cárcel. No he hablado con ella desde entonces. Entonces… ¿hay algo más doloroso que te gustaría que sacara a relucir?”.

“Me gustaría saber cómo fueron las cosas la última vez que vio a Bryce Evans y a Mandy Yorke”, dijo Mackenzie.

“Tuve una sesión con Mandy hace unos tres meses. Nunca fue una clienta habitual. Ahorraba algo de dinero, creo, y luego tomaba clases cuando podía. Honestamente, no vi ni noté nada diferente en ella la última vez que la vi”.

“¿Y qué hay de Bryce?”, preguntó Timbrook.

“No le había dado clases en mucho tiempo. Al menos durante un año... probablemente sean más bien dos”.

“¿Estás seguro de eso?”.

“Sí”.

“¿Guardas recibos y cosas así de cada sesión?”.

Volvió a poner los ojos en blanco, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su irritación. "No soy demasiado diligente al respecto, pero si es algo que tienes que obtener para la investigación, probablemente podría revisar mis papeles y sacar cualquier información que necesites de mis declaraciones de impuestos”.

“Con suerte, no llegaremos a eso”. Mackenzie lo miró fijamente por un momento y vio que, sin duda alguna, le había puesto nervioso. Sin embargo, ya sabía que Lance Tyree no era el asesino. Mackenzie asintió con la cabeza y le dijo: “Gracias por tu tiempo”.

Con eso, se dirigió de vuelta a la puerta a lo largo de la valla mientras Timbrook la seguía. Hasta que llegaron al coche, Timbrook no rompió el silencio que había entre ellas.

“¿No crees que vale la pena arrestarlo?”, preguntó ella.

“No lo sé. ¿Viste con qué fuerza luchó para no contarnos lo de su hermana? Si algo así es difícil de divulgar para él, causándole tal disgusto, habría mostrado signos mucho más claros de angustia cuando mencionamos los nombres de las víctimas... si él fuera el asesino, claro está”.

Timbrook sonrió mientras volvía al volante. “¿Adónde vamos ahora? Si puedes mantenernos alejadas de la comisaría, sería genial”.

“Vamos al centro recreativo del parque”, dijo Mackenzie. “Quiero aprender más sobre estos grupos de escaladores y sus reuniones. Estamos bastante seguras de que Mandy Yorke visitó uno de ellos. Y si tuviera que apostar, diría que Bryce Evans al menos atendió una o dos. Ambos parecen gente solitaria, que no tiene problemas para escalar a solas. Me pregunto si las reuniones les habrían gustado”.

“¿Como un lugar para conocer a otros escaladores con los que trabajar?”, preguntó Timbrook.

“Posiblemente”.

Eso fue suficiente para Timbrook. Se alejó de la casa de Lance Tyree y regresó a la ciudad. A través de los edificios, Mackenzie podía ver fugazmente las montañas y, por infantil que pareciera, comenzó a pensar que esas siluetas grandes y amenazantes podrían estar conspirando para mantenerla en la ciudad para siempre, lejos de Ellington, de su bebé, y de cualquier esperanza de resolver este caso.

CAPÍTULO TRECE

La mujer detrás del mostrador de recepción en las oficinas del parque recreativo Grand Teton resultó ser la misma mujer con la que Mackenzie había hablado por teléfono. Se llamaba Bonnie, era educada, alegre y parecía más que decidida a hacer todo lo que pudiera por ayudar. En este momento no había nadie en la oficina, por lo que las tres mujeres pudieron hablar entre ellas directamente en el escritorio.

“Me gustaría saber más sobre estas reuniones de escalada”, le dijo Mackenzie. “¿Qué puedes decirme?”.

“Bueno, aquí en el parque, organizamos unas cuantas cada dos semanas”, dijo Bonnie. “Pero, honestamente, los que aparecen en ellas suelen ser preadolescentes, normalmente empujados a venir a las reuniones por los padres, que quieren que salgan y se alejen de sus videojuegos y sus teléfonos móviles”.

“¿Así que el parque en sí mismo no organiza reuniones para escaladores mayores?”.

“No. Lo más que nos acercamos es con el taller ocasional que organizamos con algunos de nuestros instructores. A pesar de ello, la mayoría son escaladores novatos o aquellos que aún no han empezado a escalar”.

“Pero, sí recibes llamadas del público sobre cómo encontrar grupos de escalada, ¿verdad?”, preguntó Timbrook.

“Eso es cierto. Y normalmente termino dirigiéndolos a Facebook. También, a veces, ponemos volantes en el tablón de anuncios”. Señaló a su derecha, donde había un gran tablero de corcho fijado en la pared. Estaba adornado con numerosos papeles, tantos que la mayoría de los carteles y volantes se superponían parcialmente a otros.

“Gracias”, dijo Mackenzie, alejándose del escritorio y dirigiéndose hacia la pizarra.

Casi había demasiada información como para poder asimilarla de un vistazo. Había información sobre grupos de niños, inscripciones para un evento llamado “Mantén Verde Tu Parque”, carteles de mascotas perdidas, anuncios de "Se busca ayuda" y volantes promocionando los servicios de nevos instructores de escalada. Sin

embargo, entonces, en medio de todo eso y parcialmente enterrado bajo un volante para un concierto acústico en vivo en un pub local, estaba exactamente lo que Mackenzie esperaba encontrar.

Una simple hoja azul de papel de cartulina, con un mensaje escrito en un grueso marcador mágico negro, decía:

HORA DE ESCALADA

Encuentro de escaladores en roca

¿QUÉ ES? - Ven para tomar una cerveza, charlar y hacer amigos (pero sobre todo por la cerveza)

¿DÓNDE/CUÁNDO? – En The Cavalier, todos los martes y jueves por la noche, de 6 a 8.

¡Trae una historia de escalada y tu primer trago va por cuenta de la casa!

“Hoy es jueves”, dijo Mackenzie, señalando al volante.

“Y pronto serán las seis en punto”, añadió Timbrook. “¿Tienes ganas de ir a una reunión de escaladores?”.

El comentario conllevaba más peso del que Timbrook creía. Con los recuerdos de Mackenzie resurgiendo de repente de su pasado, la idea de ir a esa reunión no era tan ridícula como parecía. De hecho, cuanto más se adentraban en el caso, más insistentes se volvían esos recuerdos.

Y Mackenzie no estaba segura de si eso era algo bueno o malo.

***

The Cavalier era un pequeño bar de moda con veinte cervezas de barril, la mitad de las cuales eran cervezas locales, y un bar de vinos separado en la parte de atrás. Cuando Mackenzie y Timbrook llegaron a las 6:35, había menos de veinte clientes. Sólo había dos mesas que contenían lo que se podría considerar como “grupos”. Uno era un grupo de cinco personas, en el que todos iban vestidos con atuendos de oficina: los hombres vestidos con camisas abotonadas y pantalones elegantes, las

mujeres con camisas y faldas decorosas. El otro grupo era un trío de mujeres jóvenes que apenas parecían tener suficiente edad como para beber alcohol.

Timbrook le dio un pellizco a Mackenzie mientras miraban a su alrededor, señalando hacia la barra. Había unas cuantas personas esparcidas a su alrededor, pero Timbrook se refería específicamente a un par de hombres que estaban sentados en el rincón más alejado. Ambos estaban bebiendo unas cervezas negras. Uno de ellos llevaba la barba larga y descuidada. El otro tenía la cabeza afeitada y llevaba puesta una camiseta de tirantes Patagonia.

"¿Se considera estereotipado asumir que serían escaladores?", preguntó Timbrook.

"Tú conoces el área mejor que yo", dijo Mackenzie. "Dímelo tú".

Timbrook lo hizo caminando en su dirección. Mackenzie permitió que ella fuera por delante, sabiendo que, probablemente, los habitantes locales estarían más dispuestos a hablar con un miembro local de las fuerzas de seguridad que con alguien del gobierno federal. Se quedó un paso por detrás de Timbrook mientras se acercaba a los dos hombres.

"¿Alguno de vosotros vino a ver a los escaladores?", preguntó.

Los dos se tomaron un momento para observar el uniforme de policía e intercambiaron una extraña mirada. El hombre de la camiseta sin mangas sonrió y asintió. "Sí. ¿Hay algún problema?".

"Por supuesto que no", dijo ella. "Esperaba averiguar cómo funcionan estas cosas".

"Um... nos reunimos aquí para pasar el rato", dijo el otro hombre. "Tomar unos tragos, conocerse, cosas así".

"Si alguien buscara un compañero para escalar, ¿sería éste el lugar adecuado para venir?", preguntó Mackenzie. La miraban con el mismo escepticismo que le habían brindado a Timbrook, así que les mostró su placa. Lo hizo rápidamente, sin querer llamar la atención sobre su conversación. "Soy del FBI... agente White".

"Ah, ¿se trata de las dos muertes?", preguntó el barbudo.

"Solo intentamos profundizar en el tipo de cosas que podrían ocurrir en estas reuniones".

“¿Entonces se trata de esas muertes?”.

Timbrook dudó, pero Mackenzie intervino. Ella sabía que, aunque guardaran silencio sobre la razón por la que estaban aquí, estos dos probablemente les dirían a sus amigos que las dos muertes eran precisamente la razón por la que una agente de la policía local y una agente del FBI se habían presentado allí. Lo convertirían en su historia, le darían vuelta y provocarían el pánico local que tanto preocupaba al sheriff Duncan y sus peones.

“Sí, estamos investigando los accidentes recientes”, dijo Mackenzie. “¿Alguno de ustedes los conocía?”.

“Había oído hablar de Mandy Yorke”, dijo el hombre de la camiseta sin mangas. “Pero por lo que sé, creo que nunca la conocí. Hizo un montón de escaladas competitivas. Nunca oí una palabra mala sobre ella”.

“¿La escalada competitiva es popular por aquí?”, preguntó Mackenzie.

“No, no demasiado, pero se está haciendo más popular cada año. ¿Ya vieron el nuevo documental? Se llama Free Solo”.

“No”.

“Se trata de un escalador que sube por una cara de El Capitán, en Yosemite, sin equipo, sin cuerdas, sin nada. Causó bastante revuelo... y hay muchos aspirantes que lo están probando ahora. No la escalada libre en solitario, sino la escalada en general”.

Por un momento realmente perturbador, Mackenzie trató de imaginar que escalaba algo como la Vista de Logan de Exum Rudge sin ningún equipo. En su opinión, eso sería un suicidio, y ninguno de ellos era tan grande ni tan alto como El Capitán.

“¿Qué hay de ti?”, preguntó Timbrook al otro hombre. “¿Conocías a alguno de los dos?”.

“Diablos, ni siquiera sabía sus nombres antes de enterarme de sus muertes”.

“¿Cuántos de estos grupos hay por aquí?”, preguntó Timbrook.

“Una docena o así, creo yo”, dijo el de la camiseta. “En un día bueno, conseguimos que aparezcan seis o siete. Somos bastante

informales. Solo nos sentamos, tomamos unas cervezas y hablamos de la siguiente escalada que planeamos hacer".

"¿Hay alguien más que atraiga una multitud más grande?", preguntó Mackenzie.

"No lo sé. Sé que hay uno para la gente mayor. Gente de 40 y 50 años, tratando de mejorar en la escalada antes de que sea demasiado tarde, ¿sabes?".

"Espera, espera un segundo", dijo el barbudo. "Ahora que me acuerdo, hay una especie de grupo informal de escaladores. Quiero decir, supongo que no es realmente un gran grupo. Pero todos los sábados por la mañana, ves escaladores dispersos por aquí y por allá alrededor de algunos de los sitios más populares. La Vista de Logan es uno de ellos".

"¿Qué hay de Exum Ridge?", dijo Mackenzie.

"No lo sé con seguridad, pero probablemente. De todos modos, se trata básicamente de escaladores que no tienen compañeros para ascender con ellos. Hacen una especie de emparejamientos, ¿sabes? Buscan escaladores que les lideren o simplemente alguien que los vea y que lleve cuerdas. Creo que la mayoría son escaladores nuevos que todavía no han hecho conexiones, pero de vez en cuando te encuentras uno con experiencia en l grupo".

"¿Y tú has visto eso?", preguntó Timbrook.

"Sí, un par de veces".

"Tiene razón", dijo el de la camiseta. "No es nada que se anuncie ni nada. Pero sí, yo también lo he presenciado".

"Así que, si alguien quisiera escalar, pero necesitara un compañero, ¿ese sería el lugar al que ir? ¿Y todos los escaladores conocen esto?".

"No sé si todos, pero yo diría que cualquiera que mantenga los ojos y los oídos abiertos".

"Dijiste que Mandy Yorke era una escaladora competitiva. ¿Crees que alguien como ella se presentaría a este tipo de reunión?".

"No estoy seguro", dijo el de la camiseta. "Y no hay forma de saberlo, para ser honestos. Claro que, si ella era una escaladora

competitiva, hay buenas posibilidades de que algunas de las personas que aparecen los sábados por la mañana pudieran decírtelo".

Los dos hombres parecían un poco inquietos. El hombre de la barba miraba su cerveza como si de repente se estuviera sintiendo muy incómodo con la conversación.

"No fueron accidentes, ¿verdad?", preguntó.

"Eso es lo que estamos tratando de averiguar", dijo Mackenzie. Y con eso, les dio las gracias a ambos y se fue, de vuelta hacia la puerta del aparcamiento.

Mientras Timbrook y ella cruzaban el aparcamiento para ir hacia el coche de Timbrook, se le ocurrió una idea. Si Mandy Yorke estaba involucrada en una aventura con Malcolm Morgan, que la había descrito como una especie de introvertida, parecía que una de esas reuniones informales de los sábados sería adecuada para ella. No había ninguna conexión real, ninguna obligación de tener que abrirse realmente a nadie. De repente, Mackenzie comenzó a sentir una fuerte corazonada de que Mandy probablemente había aparecido en una de estas reuniones de los sábados por la mañana, teniendo en cuenta lo que sabía de su personalidad.

"Timbrook, tenemos la foto de Malcolm Morgan del teléfono de Mandy. ¿Sabes si alguien ha investigado a fondo su teléfono? ¿O el de Bryce Evans?".

"Nada más que lo que tú hiciste para encontrar esa foto de Morgan".

"¿Tenéis un técnico potente en comisaría?".

Timbrook sonrió al escuchar esto, asintiendo. "Tenemos un tipo... y la verdad es que su único trabajo es la tecnología. Ni siquiera es agente, en realidad. Su nombre es Tyler Molton. Ayuda principalmente con la gestión de bases de datos y la seguridad. Pero sí... en el pasado, nos ha ayudado a acceder a ordenadores y cosas así".

"Llámalo, ¿quieres? Me gustaría que les echara un vistazo a sus teléfonos móviles. Y a los ordenadores portátiles también, si los tenemos".

"Tenemos el portátil de Bryce Evans. Pero nunca encontramos uno que perteneciera a Mandy. Su compañera de apartamento nos dijo

que ni siquiera estaba segura de que tuviera uno”.

“Está bien por ahora. Sé que se está haciendo tarde, ¿pero tu técnico está en comisaría?”.

“No. Rara vez está al. Sóolo viene cuando se le necesita”.

“Bueno, pues ahora se le necesita”.

Timbrook sacó su teléfono e hizo la llamada. Cuando Mackenzie se puso a mirar por la ventana, escuchando la conversación de Timbrook solo a medias, pensó en Kevin. En la costa este, dada la diferencia horaria, aún estaría en casa. Ellington lo habría recogido de la guardería hace una hora.

Poco a poco, sintió que la culpa de las mamás sobre la que había leído tanto empezaba a acercársele a hurtadillas. Y, aunque sabía que no tenía por qué sentirse así, no podía negar el hecho de que, literalmente, se sentía como si le dolieran los brazos de sostener a su bebé. Esto la hizo sentir débil y vulnerable, sentimientos que también la hicieron desear el tacto de Ellington.

Tal vez esta parte de mi vida se haya acabado, pensó ella. Tal vez estoy tratando de forzar que esta parte de mi vida sea lo que era antes de que llegara Kevin. Tal vez yo…

“¿Agente White?”.

Salió de sus pensamientos errantes y miró a Timbrook. Miraba a Mackenzie con curiosidad, como si quisiera decir algo, pero no estuviera segura de si debía hacerlo o no. Tras un momento de silencio, dijo por fin: “¿Estás bien?”.

“Sí. Solo son... algunas cosas en casa”.

“Oh, ya veo. Bueno, Tyler está de camino a comisaría ahora mismo. Estará allí en unos quince minutos. Y él trabaja a toda velocidad. Así que tal vez pueda ayudarnos a llevarte de vuelta a casa lo antes posible”.

Mackenzie le mostró una sonrisa forzada, mientras Timbrook regresaba a la carretera y se ponía en marcha hacia la comisaría. Mackenzie miró hacia el cielo, que se estaba oscureciendo, recordando ese viejo refrán de que todos estamos bajo el mismo cielo, sin importar si es de día o de noche donde estuvieras sentado en ese momento. Se aferró a ese pensamiento porque, en ese instante, sentía



que el cielo era lo único que la conectaba con su esposo y su hijo recién nacido.

CAPÍTULO CATORCE

Mackenzie se animó un poco al encontrarse con algo cómico al regresar a comisaría. Cuando entraron, vio al oficial Waverly sentado con un chico vestido con una camiseta negra y pantalones holgados. Tenía el pelo desaliñado, con la parte de atrás ligeramente en punta y un largo flequillo que le cubría los ojos. Al ver entrar a Timbrook, sus ojos se iluminaron (al menos la parte que Mackenzie podía ver de ellos), y se retiró el pelo de la cara.

Con la cara despejada, Mackenzie vio que no era un adolescente como había pensado en principio. El chaval tenía por lo menos 21 años, tal vez incluso hasta alguno más. Cuando se levantó del asiento, Waverly agitó la cabeza en una mueca de incredulidad mientras le daba la espalda.

"Agente White", dijo Timbrook, "Me gustaría que conocieras a Tyler Molton".

Tyler vio la mirada de asombro en los ojos de Mackenzie al instante y se encogió de hombros. "Mira, lo entiendo. Tengo esa reacción todo el tiempo. ¿Eres de los federales?".

"Sí. ¿Y tú qué eres… exactamente?".

"Un desertor de la N.S.A., lo creas o no. Iba bien encaminado, pero se convirtió en un rollo. Ya no llevo traje todos los días ni tengo a alguien mirando por encima de mi hombro todo el tiempo, ¿sabes?".

"Tyler creció por aquí", explicó Timbrook, haciendo un gesto a Mackenzie y Tyler para que pasaran por la zona de patio para ir a la parte trasera del edificio.

"Sí", dijo Tyler. "Había planeado mudarme a Nueva York y conseguir algún tipo de trabajo de seguridad en TI. Pero entonces mi madre se enfermó, así que me mudé aquí de nuevo. Conseguí algo de trabajo por mi cuenta y decidí quedarme".

"¿Ya sabe lo que hace?", le preguntó Mackenzie a Timbrook.

Antes de que pudiera responder, Tyler se adelantó. "Hey, estoy justo aquí. Puedo oírte. Y sí, sé lo que hago. ¿Qué es lo que necesitáis?".

“Necesito un escáner completo de un portátil y de dos iPhones. Necesito cualquier información de contacto que pueda coincidir con nuestro caso, y que nos ayude a generar algunas pistas”.

“¿De qué caso se trata?”.

Habían regresado a la sala de reuniones que Mackenzie había estado usando como una especie de oficina improvisada. Timbrook cerró la puerta detrás de ellos e informó a Tyler. Asintió con la cabeza, con su mirada intensamente fija en Timbrook mientras escuchaba los detalles.

“Entonces, ¿necesitas que haga qué exactamente?”, preguntó. Mackenzie sabía que lo había entendido. Solo estaba un poco sorprendido, o eso parecía. Aparentemente, pensaba que lo necesitaban para algo que le resultaba demasiado simple.

“Necesitamos que revises los teléfonos de Mandy y Bryce”, dijo Mackenzie. “También necesitamos que revises el portátil de Bryce. Revisa sus archivos privados, redes sociales, lista de contactos, correos electrónicos, calendarios, todo a lo que puedas acceder para averiguar si alguno de ellos estaba escalando regularmente con algún compañero. Para Mandy Yorke, estamos buscando compañeros que no sean Malcolm Morgan”.

“¿Para cuándo lo necesitas?”, preguntó, con una ligera sonrisa. Era un capullo engreído, pero Mackenzie estaba de acuerdo con eso. Si creía que tenía algo que probar, probablemente encontraría resultados.

“En cuanto sea posible”.

Como si estuviera en el momento justo, Waverly entró en la habitación. Llevaba dos bolsas de plástico con pruebas, una marcada Evans y la otra Yorke. La bolsa de Yorke contenía un teléfono móvil y un iPad. La de Bryce Evans sólo contenía un portátil. Waverly los dejó sobre la mesa y miró con escepticismo a Tyler, antes de volver a salir de la habitación. Era bastante evidente que Waverly no era fan de Tyler Molton.

“Tyler”, dijo Timbrook, “estás en tu casa. Ya sabes dónde están el café y los bocadillos”.

“Claro que sí”, dijo, mientras empezaba a examinar la bolsa de Mandy Yorke en busca del teléfono.

Timbrook inclinó rápidamente la cabeza, haciendo un gesto a Mackenzie para que la siguiera. Las dos mujeres salieron de la habitación, Timbrook cerró la puerta y se dirigió hacia el final del pasillo. Se detuvo cuando llegaron a su oficina, llevando a Mackenzie adentro.

La oficina de Timbrook era sencilla, pero original. Además, revelaba mucho sobre la clase de persona que era Timbrook. Observando su oficina, Mackenzie podía adivinar muchas cosas sobre el sargento Timbrook que todavía no le había llegado a preguntar. En primer lugar, no había ni una foto, ni en la pared, ni en el escritorio. Eso significaba que probablemente no tenía familia o que, al menos, no tenía hijos. Esto tenía sentido, ya que Mackenzie había notado la falta de un anillo de boda en su mano izquierda durante la primera hora después de conocer a Timbrook. La oficina también revelaba que Timbrook era compulsivamente limpia. Todo estaba en su sitio, la superficie de su pequeño escritorio no contenía nada más que un portátil y una taza de café llena de bolígrafos y marcadores. Incluso los viejos archivadores escondidos en la esquina trasera parecían estar desempolvados y bien conservados.

En vez de sentarse detrás de su escritorio, Timbrook se cruzó de brazos y se apoyó sobre él. “No me importa admitirlo cuando necesito ayuda”, dijo. “Solo llevo dos años en este trabajo y siento que cada vez que algo grande se presenta, estoy bajo un enorme microscopio. Así que.... todo eso para decir: Esto me supera un poco. ¿Alguna vez has tratado con un caso como este?”.

“¿En términos de complejidad o de altura?”, preguntó Mackenzie con una sonrisa de satisfacción.

“Ambas cosas”.

“Entonces sí... a la dos. Y también tengo experiencia con la sensación de que cada movimiento que haces está siendo observado bajo el microscopio. Se remonta incluso a antes del caso del Asesino del Espantapájaros”.

“Dos víctimas...”, dijo Timbrook, quedándose atrás. Ella suspiró y añadió: “¿Crees que habrá una tercera?”.

“Es imposible decirlo con seguridad”, dijo Mackenzie. “Pero como no podemos encontrar un vínculo común entre Yorke y Evans, tenemos que asumir que fueron asesinatos al azar. Y si ese es el caso... entonces estoy totalmente preparada para tratar el caso como si

pudiera haber una tercera o cuarta víctima”.

“No es exactamente lo que quería oír…”.

“Ya lo sé, pero si quieres salir de ese microscopio, tienes que empezar a pensar de esa manera. Asumir lo peor te permite ver más allá de la esperanza, algo que no puedes permitirte hasta el final de un caso”.

“Eso es de lo más deprimente”.

Mackenzie asintió. Lo cierto es que sonaba un poco derrotista cuando se decía en voz alta. Pero la mirada de comprensión en la cara de Timbrook demostraba que ella lo había sabido desde el principio, pero que había hecho todo lo posible para mantenerse optimista y positiva. Mackenzie buscó unas palabras de ánimo para seguir su pequeño discurso, pero fue interrumpida por un golpe en la puerta antes de que le diera tiempo a hacerlo.

Mirando en esa dirección, Mackenzie se sorprendió bastante al ver a Tyler. Dio un suspiro dramático y agitó la cabeza.

“Pensé que iba a tener que trabajar duro, sargento”, dijo Tyler.

“¿Qué se supone que significa eso?”.

“Tengo un nombre para ti. Completo con su información de contacto”.

“¿Ya?”.

Mackenzie miró su reloj; habían pasado exactamente siete minutos desde que Timbrook le había entregado las dos bolsas de pruebas a Tyler.

“Sí. Un tipo llamado Vernon Wilcox. Parece que maneja una página de Facebook para reuniones locales de escalada… pero no con mucho éxito. Solo tiene como quince seguidores. Sin embargo, encontré su nombre en los e-mails de Yorke y Evans. Yorke incluso había guardado su información en sus contactos, pero aún no la había registrado como nombre”.

“¿Algo que valga la pena en los e-mails?”, preguntó Mackenzie.

“Nada como para tirar cohetes, por decirlo de alguna manera, pero lo suficiente como para confirmar que ambos escalaron con este

tipo. Y aquí hay algo todavía mejor… tanto Yorke como Evans habían escalado con Wilcox durante la semana anterior a su muerte”.

Mackenzie y Timbrook intercambiaron una mirada que tenía cierto aire de excitación. “¿Puedes imprimir esos e-mails, por favor?”, preguntó Timbrook.

“Ya lo hice. Deberían estar listos en la impresora ahora mismo”.

Timbrook se movió de inmediato, dirigiéndose a la puerta. Mackenzie la siguió y, al hacerlo, creyó darse cuenta de que había cierta tensión entre Timbrook y Tyler. La sonrisa sesgada de Tyler hacia el sargento lo hizo todavía más extraño. Mackenzie sonrió un poco, bastante segura de que podría haber algo entre ellos dos.

Por supuesto, no había tiempo para detenerse en asuntos tan triviales. Mackenzie marchó hacia la puerta principal mientras Timbrook tomaba un desvío hacia la impresora que había en la parte trasera de la zona de oficina. Mientras esperaba a que Timbrook se uniera a ella, trató de volver a imaginar cómo debía de sentar eso de estar tan alto y saber de repente que vas a morir.

Y de nuevo, esos viejos recuerdos resurgieron, sus pies colgando en el aire mientras un miedo paralizante empezaba a agarrarla. Recordar eso le hizo dos cosas. Primero, la hizo querer atrapar al cabrón que usaba la escalada y las grandes alturas como una especie de dispositivo tortuoso con el que cometer asesinatos, y segundo, la hizo no querer estar aquí.

Por centésima vez, deseó estar de vuelta en casa, abrazando a Kevin bien fuerte y soñando juntos con su futuro. Pero, en vez de eso, estaba aquí, enfocada en muertes y asesinatos.

Y cuando los dos se ponían juntos para hacer una comparación, no había discusión sobre quién ganaba.

CAPÍTULO QUINCE

Eran las ocho y veinte cuando llegaron al apartamento de Vernon Wilcox. Irónicamente, solo estaba a una manzana del complejo de apartamentos que habían visitado para hablar con Malcolm Morgan. Al igual que el apartamento de Morgan, había una vista decente de las montañas y los picos desde el complejo de apartamentos de Wilcox.

Una vez más, Mackenzie permitió que Timbrook tomara la

delantera. Subieron hasta su apartamento en el segundo piso, por un pasillo bien iluminado en un edificio agradable y de aspecto caro. Timbrook llamó a la puerta y, mientras esperaban a que les abrieran, Mackenzie pudo verse a sí misma de más joven en Timbrook, lo cual resultaba extraño, ya que Timbrook era por lo menos tres años más mayor que ella. Sin embargo, veía a una mujer decidida, aún más determinada debido a los obstáculos en el lugar de trabajo y, tal vez, incluso por el deseo de moverse hacia pastos más verdes.

Un hombre que parecía que acababa de salir de la portada de Men's Health les abrió la puerta enseguida. Su camiseta blanca se le pegaba al pecho y él parecía saberlo. Se irguió todo lo que pudo, hinchando el pecho cuando vio a dos mujeres de pie en su puerta. Esa postura se relajó un poco cuando vio que una de esas mujeres llevaba uniforme de policía.

“¿Vernon Wilcox?”, preguntó Timbrook.

“Ese soy yo. ¿Qué puedo hacer por vosotras?”.

Soy el sargento Timbrook, y ella es la agente Mackenzie White. Estamos investigando las recientes muertes de dos escaladores. Esperábamos poder hacerte algunas preguntas”.

Wilcox pareció sentirse alarmado, pero no asustado ni culpable. Se hizo a un lado de inmediato y abrió la puerta. “Por supuesto, pasad”.

Las llevó a un apartamento mínimamente decorado, con tonos tierra y blancos por todas partes. Una gran impresión enmarcada de una montaña colgaba en la pared opuesta al televisor. También había fotos más pequeñas enmarcadas por aquí y por allá, dispuestas de una manera que encajaba con el diseño bien ordenado del apartamento. Se podía ver a Wilcox en todas esas fotos, escalando paredes de roca y, en un caso, lo que parecía ser el lateral de un edificio.

Mientras se acomodaban en el sofá de Wilcox, él tomó una pequeña silla en la esquina en lo que parecía ser un pequeño rincón de lectura. “Supongo que se trata de Bryce Evans y Mandy Yorke”.

“Así es. Tenemos entendido que has escalado con ambos recientemente”.

“Pues sí. Escalé con Mandy dos días antes de que muriera. No la conocía muy bien, pero parecía bastante agradable”.

"¿Cómo conociste a Mandy Yorke y Bryce Evans?", preguntó Mackenzie.

"Conocí a Bryce a través de uno de los grupos de Facebook. Estaba buscando a alguien con quien escalar, pero quería tomárselo con calma. Le envié un mensaje y le dije que me gustaría hacerlo si seguía interesado".

"¿Y lo conociste antes de que te pusieras en contacto?".

"No".

"¿Qué hay de Mandy Yorke?", preguntó Timbrook.

"La conocí hace unos cuantos sábados, quizá hace ya un par meses. Estaba en una de esas reuniones fortuitas un sábado por la mañana. Nos llevamos bien, flirteamos un poco. Pero ella no estaba interesada. Creo que estaba viendo a alguien o algo así. No obstante, estaba lista para escalar y necesitaba un compañero".

"¿Así que escalaste con ella ese sábado?", preguntó Timbrook.

"Así es. Intentamos reunirnos varias veces, pero nunca funcionó. No hasta el domingo pasado. Quedamos y escalamos un rato, cerca de Teton Valley".

"¿Parecía de buen humor?", preguntó Mackenzie.

"Supongo que sí. Voy a ser honesto, la invité a salir… a tomar un café o algo, pero ella declinó mi oferta. Fue educada al respecto. Le pregunté si ya estaba saliendo con alguien y me dijo que era complicado".

"¿Te parece que era una escaladora consumada?".

"Era mucho mejor que una principiante, pero tampoco tenía nivel de experta. Dijo que había jugueteado en Exum Ridge por aquí y por allá. Algunas de las historias que contaba y el vocabulario que usaba dejaban claro que era auténtica".

"¿Qué hay de Bryce Evans?".

"Es una historia diferente. Tengo la sensación de que ni siquiera quería escalar. Me contó una historia sobre cómo él y su padre solían escalar de vez en cuando. Y luego su padre murió. Creo que Bryce sólo quería escalar para recordar a su padre. No era muy bueno… era un

poco torpe y no estaba muy metido en ello, aunque era un tipo bastante agradable, creo yo”.

“No quiero ofender”, dijo Mackenzie, "pero estoy echando un vistazo por tu apartamento y viendo fotos tuyas en esas enormes montañas. ¿Doy por sentado que eres un escalador consumado?”.

“Algunos dirían eso. He hecho algunas subidas que la mayoría de la gente podría considerar un poco osadas”.

“¿Por qué perdía el tiempo con escaladores novatos como Yorke y Evans?”.

En respuesta, Wilcox levantó la pierna y señaló su tobillo. “Me torcí el tobillo hace cuatro meses. Un esguince y un tirón en el músculo peroneo. Así qu

e estuve fuera de servicio durante diez semanas. Empecé a encargarme de estas pequeñas subidas para empezar a trabajar en ello una vez el médico me dio el visto bueno. Y como me daba un poco de miedo ponerlo a prueba, pensé que sería más seguro escalar con compañeros. Tengo otros amigos que son escaladores consumados y me habrían ayudado, pero no esperaba que se degradaran a pequeñas subidas patéticas, ¿sabes?”.

“¿Conectaste con otros escaladores novatos durante este tiempo?”, preguntó Timbrook.

“Unos pocos. pero nunca se ha llegado a un acuerdo”.

“¿Estarías dispuesto a darnos los nombres de estos otros escaladores?”.

“Claro”, dijo. Luego las miró con escepticismo. Se sentó en su sillón y las miró a ambas antes de preguntar: “¿Qué está pasando aquí? Estas preguntas hacen que parezca que ya no estás tomando estas muertes como meros accidentes”.

“Es cierto que ha habido algunos acontecimientos que nos han llevado a examinar el asunto más a fondo”, dijo Mackenzie. “Por ejemplo, tenemos una sola cuerda que parece haber sido cortada limpiamente. Con tu experiencia, tal vez puedas ayudarnos con eso. Cuando una cuerda de escalar se acaba rompiendo, asumiría que se deshilacha como cualquier otra cuerda. ¿Qué has visto al respecto?”.

“Bueno, hasta las que se rompen por el peso excesivo parecen un

poco desgastadas en los extremos”, aseguró Wilcox. “Incluso si la cuerda es de marcas de alta calidad como Mammut o Black Diamond, puede romperse. “¿Qué quieres decir exactamente con eso de “cortada limpiamente”?”.

“Parece como si alguien hubiera usado unas tijeras para cortar la cuerda”, dijo Timbrook. “No hay bordes deshilachados, ni signos de desgaste parcial directamente debajo o encima del área donde se rompió la cuerda”.

“Eso es muy improbable. Nunca había visto eso antes.... ni siquiera había oído hablar de ello. En primer lugar, se necesita mucho para que esas cuerdas se rompan. Incluso una cuerda que se restriega contra un afloramiento rocoso o algo así va a resistir mucho tiempo. ¿Alguna idea de lo viejas que eran las cuerdas?”.

“Un oficial de la estación sabe un poco de escalada”, dijo Timbrook. “Dice que no eran nuevas, pero tampoco parecían viejas”.

“Entonces yo diría que alguien manipuló esa cuerda”, dijo Wilcox. “Por supuesto, no puedo estar seguro de eso. Tendría que ver la cuerda...”.

“No creo que eso sea necesario”, dijo Mackenzie. “Pero le agradecemos su tiempo. Dime, Wilcox, ¿serías capaz de darnos tu paradero en los últimos días en caso de que lo necesitemos?”.

“En realidad, sí que puedo. Tengo el billete de avión para probarlo. Fui a Yosemite con unos amigos para un viaje de tres días. Estuvimos planeando nuestra próxima escalada para cuando este maldito tobillo esté finalmente al cien por cien”.

Mackenzie asintió, creyéndole por completo. Siempre había sido una lectora decente de expresiones y lenguaje corporal. No tenía ninguna duda de que, si excavaban en la historia de Yosemite de Vernon Wilcox, todo sería confirmado.

“Wilcox”, dijo Mackenzie, “diriges tu propio grupo de Facebook online, ¿verdad?”.

“Sí, pero apesta un poco. Puede que sea un buen escalador, pero soy bastante malo con Facebook y las redes sociales. No puedo hacer que la cosa se ponga en marcha. ¿Por qué lo preguntas?”.

“¿Hay alguna forma de localizar a los que solo acechan la página? ¿Gente que pasa a leer lo que otros están haciendo pero que nunca

participa activamente?".

“Si lo hay, no sé cómo hacerlo”.

Podría ser algo que dar a Tyler para que lo investigue, pensó ella.

“¿Estarás por aquí los próximos días?”, preguntó Timbrook. “Puede que necesitemos contactarte de nuevo”.

“Eso parece. No tengo ningún plan para la semana que viene”.

Satisfecha con lo que había descubierto al hablar con Wilcox, Mackenzie se dirigió a la puerta. Timbrook la siguió, con una mirada de concentración en su cara que dejaba claro que estaba procesando todo lo que acababan de escuchar. Claro que no había mucha información que se pudiera obtener de la conversación con Wilcox, pero hacía que el caso estuviera un poco más claro: su corazonada de que las muertes eran asesinatos en lugar de accidentes había sido respaldada todavía más.

De camino al coche, Timbrook miró su reloj y se le hundieron los hombros. “Mira”, dijo ella. “No estoy segura de cómo lo hacéis en el FBI, pero sin pistas prometedoras y con el reloj marcando las nueve en punto, yo opto por dejarlo por hoy. Y voy a hacerlo tomando unos tragos. ¿Quieres unirte?”.

Mackenzie casi le dice que no. No había bebido mucho desde que empezara a amamantar a Kevin; las copas que se había tomado con su madre tres días antes habían sido las primeras que había tomado en mucho tiempo. Sonrió al pensarlo y asintió.

“Sí, podría ir a tomar algo”.

Era verdad, aunque también tenía un impulso más fuerte. Se estaba haciendo tarde y serían dos horas más tarde en casa. Pensó que sería un poco tarde para ver a Kevin en FaceTime, pero al menos podría ver a Ellington.

Sin embargo, también sabía que Timbrook necesitaba la compañía. Estaba claramente agitada porque el caso parecía eludirla y porque estaba agradecida por la ayuda de Mackenzie. Lo menos que podía hacer Mackenzie era tomar una copa con ella para darle la oportunidad de desahogarse. Después de todo, ella había estado en sus carnes. Sabía lo que se sentía.

Timbrook volvió a salir a la calle, sin decir gran cosa. Mackenzie

dejó que el sargento guardara silencio mientras profundizaba en el suyo propio, pensando en Kevin y dándole un beso de buenas noches sobre su todavía suave cabecita.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Mackenzie se sintió aliviada al ver que Timbrook había elegido un bar que no era tan moderno o pretencioso como The Cavalier. El bar en cuestión era más bien un antro; solo tenía cuatro cervezas de barril, dos de las cuales tenían la palabra Lite en sus nombres. Había una máquina de discos de toda la vida al fondo del bar, y sonaba algún tema de los Dire Straits cuando entraron. Eligieron una mesa escondida en un rincón, y ambas pidieron cerveza cuando pasó por allí una camarera delgada de aspecto cansado.

“Tengo la sensación de que se me está escapando algo”, dijo Timbrook. “Y de que está justo delante de mis narices, aunque no pueda verlo”.

“Por lo visto, yo tampoco lo veo”, dijo Mackenzie. “Así que no estás sola”.

“A ver si me entiendes, se trata de escaladores de rocas. Uno pensaría que eso reduciría la búsqueda lo suficiente como para que esto fuera fácil”.

“Comencemos por lo que sospechamos y lo que sabemos”, dijo Mackenzie.

“Sospecho que Yorke y Evans fueron asesinados. Lo que sé es que hay suficientes pruebas para justificar una investigación de sus asesinatos. No fueron accidentes”.

“No son accidentes... estoy de acuerdo con eso. Sin embargo, no veo nada extraordinario en estas víctimas. Son gente tranquila... sin lazos reales con nadie sospechoso”.

“A menos que haya alguien en estas reuniones a quien consiguieran enfadar. Mierda... realmente no tengo ganas de interrogar a cada escalador de la zona que haya estado en una de esas reuniones. Sé que suena mórbido, pero casi desearía que hubiera más pruebas que apuntaran al suicidio...”.

“De ninguna manera son suicidios. Parece demasiada coincidencia que se den dos suicidios saltando desde lugares tan altos y tan próximos entre ellos. Además... ¿por qué se tomarían la molestia? En el caso de Evans, podría ser más fácil de probar. Encontraron sus cosas en la parte superior, mientras que su cuerpo

estaba en la parte inferior. ¿Pero por qué escalaría Mandy Yorke la cara de Exum Ridge y luego cortaría su propia cuerda antes de llegar a la cima? Parece un poco inverosímil".

"Bueno, cuando lo explicas así...".

La camarera trajo sus cervezas, interrumpiendo su corriente de pensamiento. Timbrook tomó la suya de inmediato y le dio un buen trago. Luego respiró profundamente y suspiró, una señal no verbal de que estaba a punto de cambiar de tema. Por lo que respectaba a Mackenzie, eso le parecía buena idea. Ella sabía mejor que nadie que obsesionarse con un caso a menudo hacía más difícil verlo como un problema a resolver; obsesionarse con él lo convertía en un monstruo invencible.

"Voy a sacar esto a colación", dijo Timbrook. "Es que, de vez en cuando, te veo mirando al espacio, pensativa. ¿Te encuentras bien?".

Normalmente, Mackenzie hubiera dejado pasar de largo ese comentario, pero la observación de Timbrook era bastante impresionante. Era lo bastante acertada como para que Mackenzie pensara en responderla abierta y honestamente.

"Este es mi primer caso desde que tuve a mi bebé", dijo. "Pensé que esto era lo que necesitaba para sacudir la melancolía del inicio de la maternidad, pero es exactamente lo contrario. Hoy ha habido demasiadas ocasiones en las que he sentido que no quería estar aquí. De veras que lamento estar de este talante".

"Oh, no, para nada. ¿Qué edad tiene tu bebé?".

"Cumplirá cuatro meses la semana que viene".

Timbrook señaló el anillo de bodas en la mano izquierda de Mackenzie. "¿Está su padre en casa cuidándolo?".

"Sí. Mi marido también es agente. Y entre él y una guardería excepcional que encontramos, nuestro hombrecito está muy bien cuidado".

"Eso es genial", dijo Timbrook. "Sin embargo, dos agentes que se casan. ¿Cómo diablos funciona eso?".

Mackenzie tomó un sorbo de su cerveza y se rió en voz baja. "Lo sé. Lo sé, no debería hacerlo, pero hacemos que funcione. En realidad, es de lo más genial. Al principio fuimos socios... así que nos

conocemos muy bien. ¿Qué hay de ti? Soy bastante buena para captar señales no verbales y expresiones faciales. ¿Qué pasa entre Tyler y tú?”.

Los ojos de Timbrook se abrieron de par en par y casi escupió la cerveza que acababa de verterse en la boca. Cuando finalmente se la tragó, dijo: “Dios mío, ¿cómo diablos lo supiste?”.

“La tensión que hay entre los dos... y la sonrisita maliciosa que te lanzó cuando nos fuimos. Además de la forma increíblemente casual con la que habláis los dos”.

“Oh Dios...”.

“Está bien”, dijo ella. “Dudo que alguien más se dé cuenta. Pero deberías decirle que sea un poco más cuidadoso”.

“No es lo que piensas”, dijo Timbrook. “O tal vez lo sea, no lo sé. Sólo nos divertimos.... juntos. Una vez a la semana o así durante unos meses. Pero ha pasado algún tiempo desde la última vez”.

“¿Alguna razón?”.

“Bueno, él tiene 22 años y yo estoy llegando a los 30. También tiene un pequeño historial debido a todas sus cosas de pirateo. Él y yo no somos exactamente la pareja más apropiada. Y creo que estaba empezando a encariñarse... quería algo más que solo lo físico”.

Estaba claro que no quería hablar de ello, así que Mackenzie siguió su ejemplo y cambió de tema. “Antes hablamos sobre si este tipo podría intentar matar de nuevo”, dijo. “Creo que tenemos que considerar seriamente eso. Creo que tenemos que seguir adelante con estos casos como si esperáramos que ocurriera”.

“¿Qué quieres decir?”.

“Lo que significa que, en lugar de concentrarnos únicamente en encontrar a un asesino, deberíamos empezar a tratar de encontrar cualquier cosa que haga que el alguacil Duncan se ponga de nuestro lado, dándonos la razón en que se trata de asesinatos. Una vez tengamos todo el apoyo, podemos empezar a tener seguridad adicional alrededor de los sitios de escalada de alto perfil dentro del parque. A veces eso es todo lo que se necesita para que un asesino cometa un error... cualquier cosa para despistarlos con lo que ellos esperan que siga igual”.

“De acuerdo, digamos que va a haber una tercera víctima”, dijo Timbrook. “¿Quién sería?”.

“Es una buena pregunta… pero como no tenemos mucho en cuestión de perfil, es difícil de decir. Todo lo que podemos decir sobre su elección de las víctimas es que, hasta ahora, solo está yendo tras escaladores promedio o menos que promedio. Así que eso podría significar que o va a por objetivos fáciles…”.

“O que el asesino tampoco es un gran escalador”.

“Esa también es una buena idea”.

“Yo… ni siquiera sé hacia dónde ir desde aquí”.

Honestamente, Mackenzie tampoco lo sabía, pero ella no quería decir algo así en voz alta y echar más leña a la endeble confianza de Timbrook.

Terminaron sus cervezas y se fueron a dormir. Cuando se separaron en el aparcamiento de la comisaría, Mackenzie creyó ver una especie de parpadeo de esperanza en Timbrook. Y ella sabía mejor que nadie cómo una buena sesión de confesiones abiertas podía ayudar a aliviar la ansiedad y, en algunos casos, incluso abrir algunas puertas no descubiertas en un caso.

Sólo esperaba que aún quedaran algunas puertas por abrir en este caso. Si no, no estaba segura de que le encontraran un final.

***

Mackenzie utilizó el coche que Timbrook le había prestado en comisaría y se dirigió a su hotel. Estaba lejos de la lujosa habitación en la que se había quedado la noche después de ver a su madre, pero eso estaba bien. Ahora mismo, todo lo que quería hacer era ver a sus chicos y dormir un poco.

Ni siquiera se molestó en ponerse su pijama antes de sacar su ordenador para llamar a Ellington por FaceTime. De hecho, apenas estaba sentada al borde de la cama antes de dar comienzo a la llamada.

Cuando Ellington le contestó, Mackenzie se quedó sin aliento en la garganta. Casi deseó que fuera dos o tres meses antes ya que, de esa

manera, podría explicar fácilmente la oleada de emoción que se apoderó de ella. El hecho de que Ellington sostuviera a Kevin en su pecho mientras le daba su biberón nocturno solo la hacía más intensa.

“Hola, mamá”, dijo Ellington. “¿Cómo va todo?”.

Mackenzie hizo todo lo que pudo para ocultar la emoción en su voz. Y solo podía esperar que Ellington no llegara a ver las lágrimas que se estaban formando en las comisuras de sus ojos a través de la pantalla.

“Hola, chicos”, dijo. “¿Sigue el lugar en pie mientras yo estoy fuera?”.

“Es duro, pero creo que me las he arreglado para disfrutar de un buen momento de vinculación entre padre e hijo”.

“¿Cerveza de barril, strippers, ese tipo de cosas?”.

“No. Empezamos tranquilamente... viendo perder a los Celtics. ¿Cómo va todo por ahí en Wyoming? ¿Es un gran caso?”.

“Lo cierto es que sí. Más de lo que la policía local está dispuesta a admitir. Excepto por una solitaria oficial femenina”.

“Ah, apuesto a que entonces os habéis entendido bien, ¿eh?”.

Se tomó el tiempo para explicarle el caso a Ellington, deseando compartir los últimos días con él, pero también esperando que le ofreciera algo de su perspicacia. Era el primer caso en mucho tiempo en el que trabajaba sin tenerle a su lado y no fue hasta que vio su cara en la pantalla del ordenador que se dio cuenta de lo mucho que le estaba afectando.

Y había algo más que sabía que la molestaba, alguna otra razón para el aumento de la emoción. En su imaginación, se veía suspendida de una pared de roca, colgando de una cuerda guía. A unos 6 metros por debajo de ella, yacía un hombre en el suelo, urgiéndola a que bajara sola mientras el miedo paralizaba su cuerpo de catorce años.

“Creo que necesito contarte algo”, dijo ella. “Nada malo... solo algo que creo que había enterrado tan profundamente que realmente lo olvidé. Pero este caso lo sacó a la luz... creo que tal vez trató de salir hace un año o así en otro caso... con las torres de agua y las alturas...”.

"¿Sí? ¿De qué se trata? ¿Estás bien".

Mackenzie miró a Kevin, comiendo con avidez e ignorando a su madre en la pantalla. Sonrió, deseando desesperadamente estar allí con ellos. Verlos justo delante de ella fue más que suficiente para empujarla, para llevar los acontecimientos del pasado a la superficie de su memoria con el fin de exorcizarlos.

"Cuando mamá se dio por vencida con nosotras, me empecé a fijar en otras cosas. Mi hermana se dedicó a los chicos... yo me dediqué a los deportes. Pero se me daban mal los deportes, como ya sabes. En fin, de alguna manera me acabé dedicando a la escalada. Ni siquiera recuerdo cómo empezó. Estaba en un parque o algo así, y tenían una de esas enormes paredes artificiales para escalar rocas. Recuerdo hacerlo y que se me dio muy bien, me fui directa a la cima. Mi abuelo me empujó hacia ello. Creo que se sintió aliviado de que no fuera a ir a algo caro como baile o deportes universitarios. Así que tomé algunas lecciones. Y lo hacía bastante bien. Nada grande... solo estas pequeñas rocas a lo largo de los senderos naturales".

"¿Y te olvidaste de todo esto?", preguntó Ellington, claramente sorprendido.

"No parece que lo haya olvidado. Te lo estoy diciendo ahora mismo y todo está bastante claro. Pero ni siquiera lo pensé dos veces hasta que llegué aquí y miré hacia abajo desde una de las subidas. Era como una ballena que salía a la superficie desde el océano, mostrando su vientre. Siempre había estado allí, siempre grande y esperando, pero se había quedado en la oscuridad. No sé...".

"Bueno, para ser honestos, has tenido un pasado bastante traumático. Los recuerdos hacen cosas raras cuando hay un trauma involucrado".

Kevin se agitó en sus brazos, y terminó su biberón. Ellington lo giró hacia la pantalla y sus ojitos deambularon, iluminándose un poco cuando vio a Mackenzie.

"Lo sé. Pero este recuerdo... parece fresco. Y es uno de los más duros. El hecho de que lo haya olvidado hasta ahora... me asusta un poco".

"¿Crees que necesitas volver a ver a un terapeuta? Sé que tuviste una buena relación con uno de los médicos de la oficina durante un tiempo".

“Sí... tal vez...”.

“¿Cuál era el recuerdo?”.

“Bueno, como te dije... las cosas sobre mi abuelo instándome a hacer deportes o algún otro tipo de actividad siempre han estado ahí. Pero ahora recuerdo... un día en el que estaba escalando. Era una pared de roca, en algún lugar en un sendero natural, probablemente cerca de Frederick o Able Springs, me parece. Había un instructor que me estaba enseñando a trabajar como escaladora líder, usando pernos que ya estaban en la pared. Recuerdo que me estaba enseñando algo sobre el engaste cuando le pasó algo a su cuerda, o tal vez era su arnés. Recuerdo un chasquido, algo que se rompió. Y entonces se cayó. Estábamos a más de seis metros de altura y él gritaba de dolor mientras yo me quedé ahí colgada. Gritó y había sangre, no mucha, pero suficiente para congelarme a unos veinte o veinticinco metros del suelo”.

“Dios mío, Mac....eso es terrible”.

Kevin se movió en sus brazos como si él también estuviera de acuerdo en que era terrible.

“Lo sé. No sé cómo pude haberlo olvidado”.

“¿Estás bien?”, preguntó Ellington. “¿Necesitas volver a casa?”.

“No, estoy bien. No está afectando mi trabajo ni nada por el estilo. Solo te lo digo porque parece algo importante. Algo con lo que tendré que lidiar cuando regrese a casa”.

“¿Quieres que te organice la cita?”.

“No. Ya lo haré yo cuando vuelva”.

“Te voy a tomar la palabra”.

Ella asintió con la cabeza y cambió rápidamente la conversación a Kevin. Pasó los siguientes cinco minutos más o menos arrullándole y asegurándole cuánto lo amaba. Odiaba el sonido de la voz de bebé que estaba imitando y sólo podía imaginar cómo sonaba a través del iPad de Ellington.

Por lo menos, era una gran motivación. Ver la cara soñolienta de Kevin le recordó lo que le esperaba en casa. Y ahora, más que nunca, estaba decidida a cerrar este caso tan rápido como pudiera, no sólo

para atrapar a un asesino, sino para volver con su familia.

CAPÍTULO DIECISIETE

Sentaba bien sudar antes de que el sol ascendiera en el cielo. Había algo puro en todo ello, algo que le hacía sentir como si acabara de completar un trabajo muy duro. Y el regalo de la salida del sol frente a él hizo que valiera la pena.

Llegó a la cima del sendero y lentamente llegó hasta el afloramiento de la roca que los lugareños habían apodado hace mucho tiempo Devil's Claw. Desde el borde de Devil's Claw, podía ver casi todas las crestas y elevaciones del Grand Teton. Pero, en su opinión, la vista era mejor que cualquier otra que el parque tuviera que ofrecer.

Salió del sendero y se dirigió hacia el gran afloramiento rocoso. Vio el lugar donde docenas de personas habían garabateado sus nombres junto a las fechas de sus escaladas. Pensó que algunos eran como él y que simplemente habían caminado las dos millas cortas que había hasta la cima del sendero Heinz para llegar a Devil's Claw. Después de todo… no todos podían ser escaladores. No todo el mundo podía soportar la adrenalina y el esfuerzo físico de una escalada como esa.

El sol salió lentamente, arrojando rosas, dorados y naranjas por todas partes. Había colores en el cielo que no creía que tuvieran nombre. Algunos de esos colores parecían moretones, otros brillaban como pequeñas astillas de joyas exóticas en el cielo.

El borde de Devil's Claw estaba a solo tres metros por delante de él, una pendiente de granito que se detenía y daba paso a nada más que al aire libre y a una caída de trescientos metros hacia abajo. Se tomó un momento para contemplar el amplio panorama, pero fue un momento efímero.

Escuchó un gruñido que venía de abajo, seguido por el sonido de algo moviéndose contra el granito.

Su objetivo alcanzaría el borde de Devil's Claw en unos cuantos minutos. Se llamaba Charles Rudeke y llevaba practicando esta escalada cerca de un mes.

Lo sabía porque había estado observando a Charles. Había estado observando a Charles de la misma manera que había estado observando a todos los demás. Sabía que Charles había tomado la

ridícula decisión de intentar escalar la cara rocosa hasta Devil's Claw, y de hacerlo en solitario. El tonto había planeado escalar los mil doscientos metros en la oscuridad matutina, con nada más que una pequeña luz atada a una cinta sobre su frente.

Lo sabía porque había seguido a Charles. Había oído fragmentos de conversaciones que había tenido por teléfono. Había escuchado cómo Charles grababa notas en su aplicación de grabación de voz, planeando la ascensión.

No estaba seguro de por qué Charles estaba haciéndolo. Por lo poco que sabía, Charles estaba en medio de una ruptura difícil. Tal vez un divorcio. Realmente no importaba, porque estaría muerto en unos diez minutos.

Charles estaba planeando llegar a tiempo a Devil's Claw para captar una amplia toma de la escena que había más abajo, resaltada por lo que realmente era un amanecer impresionante. Este era otro chisme que había escuchado por casualidad a través de las grabaciones de voz en off de Charles. Y si no lo conseguía en los siguientes diez o doce minutos, se lo iba a perder.

Se sentó encima de la roca y esperó.

Tres minutos más tarde, con un último suspiro de aliento, una mano apareció en el extremo izquierdo de la roca. Se había imaginado que ahí es donde aparecería Charles, ya que el afloramiento de la roca estaba muy inclinado; le permitiría a Charles básicamente caminar como un cangrejo hacia la cima en lugar de tirar de todo su peso hacia arriba por encima de la roca.

Observó cómo aparecía más de Charles poco a poco, un brazo entero y luego la mayor parte de la parte superior de su cuerpo, mientras caminaba sobre la cima de la roca con un movimiento de cangrejo.

Charles pareció sentirse totalmente sorprendido al ver que ya había alguien más sentado encima de Devil's Claw. Charles sonrió, sin duda sintiéndose muy orgulloso del logro que acababa de completar.

En realidad, no era para tanto. Otros habían hecho esta escalada en solitario en los últimos años, aunque dudaba que lo hubieran hecho en la oscuridad del amanecer.

“Buenos días”, le dijo a Charles. “¡Eso debe haber sido un infierno de escalada!”.

Charles asintió. “Sí. Pero vaya, merece la pena, ¿eh?”, dijo, echando un vistazo a la vista que tenía por delante. Mientras lo recogía todo, empezó a enrollar la cuerda que había estado usando para la escalada. Había varias anclas, líneas y mosquetones colgando de su arnés, que había usado para su escalada en solitario.

Dejó que Charles admirara toda la vista por un instante.

Y luego se puso de pie tan rápido que Charles ni siquiera tuvo tiempo de darse la vuelta.

Extendió sus brazos y le dio un fuerte empujón, del tipo que se utiliza en casi cualquier patio de recreo de la escuela primaria.

Charles soltó un sonido de intenso jadeo, como si alguien tratara de aspirar todo el aire que pudiera antes de sumergirse en el agua. Movió los brazos mientras sus pies trataban desesperadamente de mantener el equilibrio.

Pero fue inútil. La verdad es que no había suficiente roca por detrás de Charles, no había suficiente superficie para salir del empujón. Sus ojos se abrieron de par en par mientras miraba a su atacante, intentando encontrarle sentido a lo que acababa de ocurrir.

Cuando el aire libre se lo llevó, hubo un momento en el que hubo un cierto conocimiento que llenó la expresión de Charles. Sabía que iba a morir, que lo último que vería sería el cielo de la mañana sobre él.

Se quedó allí hasta que Charles desapareció de su vista. No miró por encima del borde para ver cómo caía. De hecho, comenzó a alejarse de inmediato, bajándose de la roca y volviendo al sendero mientras la mañana se desgarraba por los gritos de terror de Charles por detrás suyo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

No se puede acordar del nombre de su instructor, pero sabe que está gritando. Está mirando más allá de sus pies que cuelgan en el aire y puede verlo claramente. Le está saliendo sangre de un lado de la cabeza y su pierna está doblada en un ángulo inverosímil. Todo esto ya es horrible, pero todavía peor es la sensación de miedo frígido que se va apoderando rápidamente de su cuerpo.

"Mackenzie, necesito que bajes".

Lo dice a través de un gruñido de dolor. Ella se da cuenta de que está tratando de restarle importancia a lo mucho que está sufriendo. No quiere alarmarla. Pero incluso con sus catorce años, sabe que él está en un grave aprieto. La sangre que se acumula a un lado de su cabeza no es señal de nada bueno.

A pesar de lo aterrorizada que está, sabe que tiene que moverse. Tiene que bajar de la pared. Esa parte debería ser fácil. Su línea es segura y está correctamente enganchada al dispositivo de seguridad que el instructor le había mostrado. Un descenso en rappel de veinticinco pies es pan comido, incluso para un principiante que solo sabe lo básico. Y su instructor le había estado diciendo que tenía un don para ello, que cuando ella tuviera dieciséis años, podría presentarle a algunos de los escaladores que él conoce y que van a los concursos.

Ella sabe que su vida está en sus manos. Tiene que bajar en rappel, tiene que ayudarlo como mejor pueda.

Comienza a descender, balanceándose suavemente hacia la pared para patear y descender en rappel con la mayor precaución posible.

Pero luego oye algo más por encima de su cabeza. Un gemido, una especie de lamento agudo....

Es un bebé.

Ella mira hacia arriba y ve la forma de un bebé sobre su cabeza, no muy lejos, tal vez a unos diez metros de distancia. Y no es cualquier bebé... es su bebé.

Es Kevin.

El instructor sigue gritando desde abajo, ya no animándola a bajar

despacio para ayudar, sino exigiéndole que se dé prisa, que va a morir si ella no le ayuda.

Pero arriba, alguien está sosteniendo a Kevin sobre el borde del acantilado. Está llorando y sus piececitos cuelgan en el aire. Deja salir un gemido, sabiendo que tendrá que dejar de lado al instructor, sabiendo que, al hacerlo, lo estará matando.

Ahora llorando, vuelve a mirar hacia arriba. La subida no está muy lejos. Podría subir por su cuenta, sin la ayuda del instructor. Tomaría algún tiempo, pero ella podría hacerlo. Se reajusta el arnés, toma la cuerda con las manos, y…

Y entonces los gritos de Kevin se detienen repentinamente.

Ella mira hacia arriba y ahí está él, cayendo en picado hacia ella.

Ella grita y extiende la mano, actuando por puro instinto y emoción.

Su mano no le alcanza por menos de un centímetro.

Cierra los ojos y luego se siente caer también. Ni siquiera tiene tiempo de gritar antes de llegar al…

Mackenzie se despertó con su propio grito. Se sentó en la cama, y casi se cae de ella, aferrándose ciegamente al espacio vacío de la habitación del motel. Tuvo el corazón roto por un momento cuando su mente se despertó, tratando de aceptar el hecho de que solo había sido un sueño. Mackenzie sollozó mientras el terror y el alivio inundaban su cuerpo por igual.

El reloj de la cabecera decía que eran las 4:56. Todavía sollozando, se levantó de la cama, se tropezó con el baño y se apoyó en el lavabo. Tomó una serie de respiraciones profundas antes de salpicarse la cara con agua fría del grifo. Ella sabía que eso probablemente le impediría volver a dormir, pero eso estaba bien. A ella no le importaba. Necesitaba estar completamente despierta para poder asegurarse de que la neblina del sueño desapareciera, de que cualquier vestigio de esa pesadilla fuera eliminado.

Si no fuera tan tarde, habría llamado a Ellington. De hecho, lo estaba considerando seriamente a pesar de la hora a la que se había ido a la cama. Se arrastró lentamente bajo las sábanas, como si no confiara en la cama. Podía sentir donde había sudado en el colchón y eso volvió a traer a su mente fragmentos del sueño.

Pensó en algo que Ellington le había dicho durante su conversación por FaceTime. Sabía que el trauma de su pasado podía fácilmente influir en la forma en que funcionaba su memoria. Era algo sobre lo que había leído de niña, cuando sus parientes le habían dado libros basados en la fe sobre cómo sobrellevar la pérdida. Ella sabía todo sobre el trauma y cómo afectaba al cerebro. Pero Ellington lo había dicho de una manera muy simple y bien expresada.

Los recuerdos hacen cosas raras cuando hay un trauma involucrado....

Claro, eso explicaba cómo los recuerdos de ese día en el lado de una pared de roca no habían resurgido hasta ahora, pero abría una posibilidad totalmente diferente. Significaba que no había manera de saber qué otros recuerdos estaban enterrados en su subconsciente. ¿Realmente había sido lo suficientemente tonta como para pensar que el hecho de resolver el caso del asesinato de su padre iba a curarla mágicamente de todo su dolor y su trauma?

Tal vez necesite ver a un psiquiatra cuando regrese a casa, pensó ella.

Se acostó en la cama un rato, dejando que estos pensamientos se resolvieran por sí solos en su cabeza. En algún momento, empezó a notar los leves rayos de luz que se derramaban sobre el extremo del colchón y la pared de enfrente. El sol había empezado a salir. De alguna manera, se había quedado en la cama después de la pesadilla, tratando de recordar su pasado y cómo podría afectar su futuro.

Si el sol había salido, pensó que ella también podría hacerlo. Tal vez se adelantaría a ir a comisaría y profundizaría más en los archivos de Yorke y Evans. Pero primero, tal vez encontraría un restaurante del tipo grasiento y se permitiría un enorme desayuno poco saludable. Si este viaje había comenzado inicialmente con la idea de ver a su madre mientras vivía en un hotel de lujo, se le ocurrió que todavía podía concederse uno o dos momentos de egoísmo.

Se tomó su tiempo para vestirse, sintiéndose de nuevo incómoda por no tener el atuendo apropiado para la oficina. Estaba igualmente incómoda con la Glock que Timbrook le había prestado. Aun así, tendría que arreglárselas.

Mientras intentaba una vez más sortear lo poco ortodoxa que era esta tarea, su teléfono empezó a sonar desde su mesita de noche. Prácticamente corrió a por él, pensando que podría ser Ellington por alguna razón.

Pero cuando lo agarró, vio que el número contenía un código de área local de Jackson Hole. Lo contestó y escuchó a Timbrook saludándola al otro lado de la línea.

“Agente White, siento despertarte”.

“Ya estaba despierta. ¿Qué pasa?”. Era una llamada a primera hora de la mañana, y Mackenzie había recibido suficientes de ellas durante su carrera con el FBI para saber que casi siempre acarreaban malas noticias.

“Nuestros instintos eran correctos. Ha habido una tercera víctima. Y esta todavía está fresca”.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Cuando Mackenzie llegó a la escena, todavía había dos agentes de la policía colocando la cinta amarilla de la escena del crimen. Esta escena del crimen no estaba dentro del Parque Nacional Grand Teton, sino a unas tres millas del parque y un poco más lejos de la ciudad. Mackenzie había aparcado a unos 400 metros de distancia y estaba caminando por otro sendero a través del bosque antes de llegar al lugar.

Timbrook la saludó, izando la cinta de la escena del crimen para que Mackenzie la atravesara. A varios metros por delante de ellas, había un cuerpo tendido en el suelo. Muy por encima de sus cabezas se levantaba una pared de roca que cedía a la vegetación y a los árboles antes de desaparecer en ángulo y luego retroceder todavía más hacia arriba en una serie de formaciones rocosas.

“Te advierto de antemano”, dijo Timbrook. “No mires el cuerpo a menos que sea absolutamente necesario”.

“¿Es tan terrible?”.

“Estamos bastante seguros de que se golpeó contra la pared varias veces en su descenso”. Miró hacia arriba y señaló. “¿Ves cómo la roca se inclina hacia atrás? Probablemente chocó contra esa pared, rebotó un poco y finalmente aterrizó aquí. La parte de atrás de su cabeza está hundida y no hay nada más que piel destrozada y huesos rotos en su lado derecho”.

“Jesús. ¿Quién lo encontró?”.

“Una corredora matutina, que estaba de paso. Pero se la han llevado. Estaba hecha un desastre. Te la perdiste por unos cinco minutos. Nos dijo que escuchó gritos desde algún parte más arriba y luego oyó cómo caía al suelo. Por la forma en que lo describe, estaba justo ahí cuando él aterrizó, justo donde tú entraste”.

“¿Alguna identificación?”.

“Todavía no sabemos nada. Estaba a punto de buscar su billetera”.

Mackenzie siguió a Timbrook hasta el cuerpo y vio lo indecisa que estaba Timbrook ante la idea de acercarse a él. “¿Tienes guantes

de prueba de más?", preguntó.

"No".

"Aquí hay un par", dijo una voz masculina desde su derecha. Era uno de los policías que había estado colocando la cinta. Mackenzie se sorprendió al ver que era el alguacil Duncan. El otro agente subió junto a él, haciendo todo lo que podía para no mirar al cuerpo. Era el oficial Waverly, que parecía un poco mareado.

Duncan le entregó sus guantes como si estuviera muy contento de librarse de ellos. "Gracias por quedarse para esto", dijo.

"Por supuesto".

Se puso los guantes y se agachó junto al cuerpo. Timbrook no había estado exagerando; aunque hizo todo lo que pudo para apartar sus ojos de lo peor del daño, no había forma de no verlo. Ella sólo esperaba que el pobre hombre hubiera muerto rápidamente, tal vez durante su primera colisión con el costado del muro.

"¿Cómo se llama este sitio?", preguntó mientras empujaba suavemente el cuerpo hacia un lado, revelando los bolsillos traseros de los shorts que el hombre llevaba puestos.

"Bueno, allá arriba hay un lugar llamado Devil's Claw. Como no está en el parque, está bastante abierto al público. Sin barandillas, ni guardias, ni nada por el estilo. Además, está el sendero Heinz a una milla de donde estamos ahora, que llega hasta la cima, donde termina en un enorme afloramiento de roca: The Devil's Claw".

"¿A qué distancia?".

Fue Waverly quien respondió, estirando el cuello para mirar hacia arriba. "Creo que está a unos 300 metros".

Mackenzie sintió una billetera en el bolsillo trasero del hombre. La sacó y vio que se trataba de una billetera minimalista, con nada más que una tarjeta de crédito, un carné de conducir y un clip de dinero que contenía unos cincuenta dólares. Ella ignoró todo excepto el carné.

"El nombre de nuestra víctima es Charles Rudeke. Oriundo de Jackson Hole".

Le entregó la billetera a Timbrook y luego miró cautelosamente el

cuerpo en busca de un teléfono. No encontró ninguno, aunque sí vio muchas pruebas de que el hombre había estado escalando. Había una mochila colgada sobre su hombro, casi tan destrozada como su cuerpo. También había unos cuantos mosquetones y un dispositivo de seguridad adherido al cinturón de su arnés.

“No hay teléfono”, dijo ella.

Todavía mirando hacia la ladera de la montaña, Waverly dijo: “Yo diría que, con una caída así, es muy probable que lo perdiera al bajar”.

Mackenzie se levantó y también miró hacia arriba. “¿Cuándo llegó la llamada?”.

“Hace 40 minutos”, dijo Duncan. “Llegamos aquí hace unos quince minutos. Habría sido antes, si no fuera por el maldito paseo desde el aparcamiento”.

“¿Dónde está el camino a la cumbre?”, preguntó Mackenzie.

“Justo a la izquierda”, dijo Timbrook. “El sendero Heinz”.

“¿Te apetece dar un paseo?”.

“No, pero ¿acaso tengo elección?”.

***

Mackenzie y Timbrook comenzaron a caminar por el sendero Heinz en menos de cinco minutos desde el momento en que Mackenzie había llegado a la escena. Waverly y Duncan permanecieron al pie de la escalada, esperando a los forenses y a la policía estatal. Los pájaros cantaban en el bosque y mucho más allá, los sonidos de la ciudad comenzaban a desperezarse, filtrándose a través de los árboles.

“Hice esta caminata unas cuantas veces cuando era más joven”, dijo Timbrook. “Tiene un poco menos de tres kilómetros”.

“¿Algún sendero secundario o bifurcación?”.

“Oh, estoy segura de que los hay. Ahora que lo pienso, debería llamar a Petry para ver si sabe de alguno que podamos usar para

atajar la caminata de regreso".

Mientras Timbrook hacía la llamada, Mackenzie miró hacia el sendero. Parecía bastante fácil en un principio, pero veía que el terreno se inclinaba hacia arriba con bastante severidad, a unos cien metros por delante de ellas más o menos. Aunque no estaba exactamente ansiosa por hacer la caminata, sabía que era exactamente el tipo de ejercicio que necesitaba para volver a ponerse en forma. Era mucho más agradable que el gimnasio en casa.

Timbrook terminó su llamada con Petry dando un suspiro. "Dice que no está seguro. Va a llamar a un amigo suyo para ver si puede ayudarlo".

"No me importa caminar", dijo Mackenzie. "Odio perder el tiempo con esta muerte tan reciente. ¿Anotasteis el nombre y la información de contacto de la mujer que encontró el cuerpo?".

"Waverly lo hizo. Ya le dijimos que tal vez debamos comunicarnos con ella. Odié tener que mandarle a casa, pero parecía que estaba a punto de desmayarse. Petry la llevó de vuelta a su coche. Solo dijo que tuvo que acabar por llamar a la hermana de la testigo para que viniera a recogerla. No podía dejar de temblar ni para conducir".

"Pobre chica", dijo Mackenzie.

Esas fueron las últimas palabras que pronunciaron en un buen rato desde el momento en que comenzaron a transitar las partes más difíciles del sendero Heinz. Había muchas pistas paralelas, caminando alrededor de grandes afloramientos de cantos rodados y llenos de árboles enormes. Al acercarse a la cima, y cuando el sendero se niveló un poco, Mackenzie comenzó a ver una vista espectacular a través de los árboles a su derecha. Había una especie de caída que consistía principalmente de árboles y escombros caídos, pero era fácil ver el cielo abierto a través de todo ello.

"Nadie se preguntó si esto fue un accidente", dijo Timbrook. "Cuando recibimos la llamada y supimos que teníamos otra muerte de un escalador... hasta Duncan dio por sentado que se trataba de un asesinato. Tres de estos en menos de diez días. Ya no tenemos la conveniente opción de esperar que todo sea una coincidencia".

"Así es. Definitivamente es un asesino en serie. Y aunque tres muertes en diez días es terrible, también nos dice algunas cosas".

“¿Como qué?”.

“Que el asesino es metódico. No quiere esperar. Esto no significa necesariamente que sea impaciente... pero sí significa que él o ella siente que tiene algo que hacer. Y con asesinatos como estos, teniendo que encontrarse con los escaladores en la cima de su escalada, eso denota una mentalidad metódica”.

“¿Crees que es más fácil rastrear a un asesino con cada nueva muerte?”.

“No hay ciencia en ello, pero esa ha sido mi experiencia. Por supuesto, cuento cada nueva muerte como una pérdida. Así que es una situación en la que todos ganan y todos pierden”.

Timbrook pareció reflexionar sobre esto a medida que se acercaban al final del sendero. La forma en que los árboles comenzaron a desaparecer de la vista, como si hubieran sido tragados por el cielo, hizo que Mackenzie se diera cuenta de que estaban cerca de la parte superior, cerca de Devil’s Claw. El suelo se niveló y comenzó a inclinarse hacia la derecha, revelando lentamente un gran afloramiento de roca que parecía una especie de puente hacia el cielo. Al acercarse a ella, vio que parecía tener la forma de una garra, doblada ligeramente hacia arriba como una gran pezuña que apuntaba a las nubes.

“Ahí está”, dijo Timbrook. “Eso es Devil’s Claw”.

“Parece bastante peligroso. ¿Alguna muerte por caídas accidentales en el pasado que tú sepas?”.

“Hace unos años, sí. Un niño de diez años se cayó de ella. Su madre dijo que se acercó demasiado al borde y se asustó. La pobre mujer dijo que hasta le tocó la camisa con las puntas de sus dedos antes de que se cayera al vacío”.

Una imagen de su pesadilla apareció en su mente, en la que agarraba a Kevin mientras caía al vacío.

Antes de subir a la roca o tomarse un momento para apreciar la vista, Mackenzie se paró y examinó el lugar. Había tierra, hierbas y guijarros que habían sido alterados casi por todas partes entre el final del sendero y la mancha de tierra que conducía al afloramiento de la roca que miraba hacia el cielo.

Era difícil saber lo que era viejo y lo que era reciente, todo

excepto una sola huella a lo largo del borde donde la roca se encontraba con la franja de tierra. Allí, sobresalía bastante claramente un fragmento de una huella de calzado. El contorno alrededor del arco estaba tan bien definido que Mackenzie tuvo la certeza de que era muy reciente. Como mucho, sería del día anterior, pero probablemente era más reciente. Sacó su teléfono móvil y le hizo una foto. Todo estaba claro desde el talón hasta casi la mitad del zapato. La huella a lo largo del talón estaba despejada, desapareciendo a medida que se acercaba a la roca. Había una forma de N muy prominente que se había roto en la roca, una N que era fácilmente reconocible como parte del logotipo de New Balance.

"No recuerdo haber visto nada tan claro en las otras posibles huellas que hemos encontrado", dijo Timbrook por encima de su hombro.

"Lo mismo digo. Pero creo que tenemos algunas tomas en las que la pisada es parcialmente visible. Podemos comparar cuando volvamos a comisaría".

"Esta es reciente, ¿verdad?".

"Correcto. Y está hecha casi a demasiada presión. Es como si estuviera pisoteando o… tal vez llevara algo pesado".

"¿Como una mochila en la espalda?", ofreció Timbrook.

"Posiblemente".

Mackenzie tomó unas cuantas fotos más de la huella desde diferentes ángulos antes de embolsarse el teléfono y subir a la roca. La vista panorámica frente a ella era hermosa, pero ella estaba contenta con quedarse en la base de la roca. Después de su pesadilla y de lidiar con tres muertes, no estaba a punto de asomarse al borde del abismo y mirar hacia abajo.

Mientras miraba a su alrededor en la superficie de la roca en busca de otras pistas, sonó el teléfono de Timbrook. El sonido fue tan repentino e inesperado que hizo que Mackenzie saltara un poco. El corazón le saltó dentro del pecho, sobresaltándola al estar tan cerca del borde de la roca. Se volvió para escuchar la conversación de Timbrook, pero no pudo captar mucho. Lo que sí notó, sin embargo, fue una mirada de excitación en los ojos de Timbrook.

Concluyó la llamada tras unos treinta segundos y dijo: "Ese era Petry. Tenemos varias piezas de información con las que trabajar. En

primer lugar, la mujer que descubrió el cuerpo ya está más tranquila y no solo está dispuesta a hablar, sino que está deseando hacerlo".

"¿Y en segundo lugar?".

"Charles Rudeke se divorció recientemente. Cuando Waverly llamó a su ex para informarle de la muerte, le preguntó cómo había ocurrido y cuando Waverly se lo dijo, se echó a reír".

"Parece un tanto cruel", dijo Mackenzie.

"Además, Petry dijo que se enteró de que hay un pequeño sendero a la derecha en el descenso, tal vez a media milla de aquí. Termina en un viejo campamento. Se reunirá con nosotros en veinte minutos para que no tengamos que volver a bajar por la pista".

Mackenzie asintió con la cabeza, pero sus pensamientos ya estaban en las dos mujeres con las que tendrían que hablar. Una ex esposa, aparentemente contenta de que su ex muriera mientras escalaba, pensó. Suena como una zorra sin corazón, aunque podría tener alguna razón para reírse. Tal vez ella supiera algo sobre sus escaladas o incluso sobre la gente con la que podía haber escalado alguna vez. Parecía una pista bastante prometedora.

Hizo todo lo que pudo para ordenar estos pensamientos mientras ella y Timbrook se dirigían de regreso a la ladera de la montaña. Le envió las fotos de las huellas a Waverly mientras bajaban.

La huella estaba fresca, y también lo estaba este último cuerpo. Por primera vez desde que la metieran en este caso, Mackenzie sentía que había dado comienzo a la caza.

Y Dios santo, había echado en falta ese sentimiento.

CAPÍTULO VEINTE

Tamara Rudeke seguía viviendo en la casa que había compartido con Charles. Se encontraba a cuatro millas de Jackson Hole, una pintoresca casita de dos pisos rodeada por un patio que había comenzado a deteriorarse. Estaba en el centro de una hilera de casas en una pequeña calle lateral, un barrio tranquilo con las formas de las montañas asomando por el este.

Mackenzie llamó a la puerta, sin saber qué esperar. Hablar con una viuda afligida con tan poco tiempo desde la muerte de un ser querido nunca era tarea fácil; pero, de nuevo, nunca había hablado con alguien que hubiera respondido a la noticia con lo que el oficial Waverly había llamado una risa desgarradora.

Tamara abrió la puerta bastante rápido. Su apariencia no coincidía para nada con lo que Mackenzie se estaba esperando. La mujer había estado llorando. Sin embargo, al mismo tiempo, parecía que la noticia de la muerte de su ex-marido no iba a causar ningún aplazamiento en su día. Parecía como si se estuviera preparándose para ir al trabajo. Tenía un estuche de maquillaje compacto en la mano cuando les abrió la puerta y se les quedó mirando.

"¿Eres Tamara Rudeke?", preguntó Mackenzie.

"Sí", dijo ella. Los miró a los dos, de un lado a otro, y luego se hizo a un lado con un suspiro. "Adelante, pasad".

La puerta principal se abría directamente al salón. Tamara se sentó en el sofá, colocando el maquillaje compacto sobre la mesita de café. Antes de que Mackenzie y Timbrook estuvieran completamente dentro, y Timbrook cerrara la puerta, Tamara ya había empezado a hablar.

"Ni siquiera se me ocurrió preguntar de dónde se cayó cuando me llamó el otro agente", dijo.

"Creemos que estaba escalando el sitio que se conoce como Devil's Claw", dijo Timbrook.

"Tiene sentido. Llevaba hablando de ello un mes más o menos".

"¿Le importa si le pregunto cuánto tiempo hace que Charles y usted están divorciados?", preguntó Mackenzie.

“El divorcio fue definitivo hace unos cuatro meses. Pero habíamos estado separados durante un año antes de eso. Charles parecía estar de acuerdo con la separación, pero cuando todo fue definitivo y empezamos a enfrentarnos a la palabra con D mayúscula, le saltó una especie de interruptor”.

“¿Qué tipo de interruptor?”.

“Se puso muy cruel. Me decía toda clase de cosas terribles a todas horas, y luego, al cabo de un rato, trataba de arreglar las cosas. Quería arreglar el matrimonio e intentar recuperarme”.

“¿Alguna vez fue violento?”.

“No. No, Charles no. Lo más cerca que ha estado de ser violento fue hace unas semanas cuando trató de besarme y yo lo alejé. Se echó atrás por un tiempo, pero luego se rindió”.

“¿Así que quería arreglar el matrimonio?”, preguntó Timbrook.

“Honestamente, no sé qué quería Charles cerca del final. Ya tenía 43 años, ¿sabes? Un poco tarde para empezar de cero. Y creo que él lo sabía. Creo que había terminado con el matrimonio, pero tenía miedo a estar solo”.

“Has dicho que llevaba algún tiempo hablando de Devil’s Claw”, dijo Mackenzie. “¿Subía con bastante regularidad?”.

“Oh, lo hacía bastante a menudo cuando estábamos casados. Solía salir a escalar casi todos los fines de semana. Algunas personas corren, otras levantan pesas, pero para Charles siempre fue la escalada en roca. Le gustaba de verdad”.

“¿Dejó de ir tanto cuando se separaron?”, preguntó Mackenzie.

“Lo cierto es que sí. Creo que veía la escalada como otra de las cosas que le alejaba de mí. Esa fue una de las cosas que nos separó. Tenía su trabajo y esa pequeña banda musical para bodas en la que estaba metido, y luego estaba la escalada. Rara vez nos veíamos. Creo que, cuando las cosas se fueron al diablo entre nosotros, tomó la decisión de dejar de escalar como una forma de demostrarme que estaba dispuesto a cambiar sin tener esa incómoda discusión”.

“Tengo que hacerle una pregunta”, dijo Mackenzie. “El agente que te llamó para informarte del accidente de Charles dijo que respondiste con risas. Que te reíste a carcajadas, además. ¿Puedo preguntar por qué?”.

Sonrió, pero era una sonrisa cansina. Era una especie de sonrisa irónica, una que contenía sombras de vergüenza. “Por dos razones, supongo. La primera por pura conmoción. Algo así como a qué demonios viene esto. La segunda... esa es una de las últimas cosas que le dije. Me dijo que iba a escalar Devil’s Claw en algún momento esta semana. Había estado diciendo eso durante un mes, como ya os dije. Y le dije... oh Dios. Le dije que se divirtiera cayéndose por la ladera de la montaña. Le dije que escribiría un discurso encantador para su funeral. ¿Podéis creerlo?”.

Tanto Mackenzie como Timbrook permanecieron en silencio mientras la pesadez de esas palabras se asentaba sobre la sala de estar. Después de varios momentos, Mackenzie hizo todo lo que pudo para reanudar. “¿Dirías que las cosas estaban tensas entre vosotros dos?”.

“Sí. Las cosas podían ponerse feas. Insultos. Comentarios hirientes. Ese tipo de cosas. Sabes....a veces, hace varios meses, justo antes de que nos pusiéramos a firmar los papeles del divorcio...”.

“¿Qué pasó?”, preguntó Timbrook.

"Nos equivocamos. El calor del momento... nos tomó por sorpresa y nos acostamos juntos. Y hasta eso era tóxico. Sexo duro, pero no de una manera particularmente buena. Creo que intentaba hacerme daño. Pero él lo quería. Ambos lo queríamos. Y por eso digo que no sé lo que quería”.

“Tamara, ¿sabes si Charles tenía compañeros de escalada?”.

“No los tenía. Creo que atravesaba ciclos con ellos. Tenía un tipo

con el que solía escalar hasta hace dos años. Un amigo de la universidad que acabó mudándose a California. Desde entonces, creo que ha escalado con gente al azar de algunas de las reuniones locales. Pero, sobre todo, hizo escaladas más pequeñas por sí mismo. Creo que él lo llamaba “liderar en solitario”.

“¿Sabes si alguna vez se hizo algún enemigo por aquí?”, preguntó Mackenzie. “¿En particular entre la comunidad de escaladores?”.

“Entre la comunidad de escaladores, no lo creo. Si lo hizo, nunca me lo contó”.

“¿Algún otro enemigo?”.

“Sólo yo, supongo”. Entonces frunció el ceño y miró al suelo. “No estoy segura de cómo sentirme acerca de esto. Sé que suena terrible, pero lo llegué a odiar por un tiempo. Demonios, creo que aún lo odio. Era tan conflictivo, tan pegajoso y asfixiante. Odio no estar tan triste como sé que debería estarlo por esto…”.

Mackenzie intentó una vez más darle algo de espacio para que lo procesara todo antes de seguir adelante. Esta vez, fue Timbrook quien rompió el silencio.

“¿Y por casualidad sabes los nombres de alguno de estos escaladores con los que iba a escalar?”.

“No. Pero tomaba notas. A veces usaba una aplicación de grabadora de voz para hacer una especie de diario… para planear escaladas y cosas así”.

“¿En su teléfono?”, preguntó Mackenzie.

“Sí”.

“Bueno, creemos que lo perdió durante su caída”.

“Estoy bastante segura de que lo guardó todo en su cuenta de iCloud. Puedo acceder a ella a través de mi ordenador si lo necesitáis”.

“Eso sería fantástico”, dijo Mackenzie. “¿Te importaría?”.

“No, en absoluto. Puedo hacerlo ahora mismo”.

Con eso, Tamara caminó hacia la parte de atrás de la casa y se perdió de vista. Mackenzie y Timbrook intercambiaron una mirada que decía mucho. Ambas se compadecían de la mujer, ya que ella

estaba haciendo todo lo posible para superar las emociones que sentía debido a su repentina pérdida.

Pero también había algo más allí. Poco a poco, parecía que la muerte de Charles Rudeke estaba sacando a colación trozos y piezas de información bastante útiles. Ahora había una sensación de progreso en el aire, y aunque estaba envuelta en la muerte de tres personas, Mackenzie aceptaría con gusto ese tipo de progreso si significaba ahorrarse una cuarta o quinta muerte, o incluso más.

Tamara regresó con su ordenador portátil y abrió su cuenta de iCloud. Pareció dudar un poco al cambiar de su cuenta a la de Charles; era la primera vez que Mackenzie veía a la mujer mostrar signos de dolor desde que habían llegado.

“Allá vamos”, dijo Tamara. “Aunque parece que lo haya limpiado recientemente. El último archivo es de hace sólo dos meses”.

Mackenzie vio que había catorce archivos de audio. El más corto era de sólo cuarenta y un segundos. El más largo tenía siete minutos.

“¿Me permites transferir estos archivos a mi teléfono?”, preguntó Mackenzie.

“Claro. Pero no sé cómo”.

“Puedo encargarme de eso”, dijo Timbrook.

Timbrook se sentó detrás del ordenador portátil y le pidió a Tamara un cable para conectarlo con un teléfono. Cuando Tamara volvió a dejarlas a solas, sonó el teléfono de Timbrook. De nuevo, Mackenzie sólo pudo escuchar un lado de la conversación. Fue breve y, una vez más, la expresión en la cara de Timbrook le dijo que esta era probablemente una llamada prometedora. Estaba terminando la llamada justo cuando Tamara volvió con el cable.

“Era Waverly”, dijo Timbrook. “Él y Petry pueden confirmar que la huella que encontramos en Devil’s Claw es la misma que la que encontramos en la Vista de Logan”.

Eso es suficiente para confirmar que sí que hubo alguien más presente en estos supuestos accidentes, probablemente la misma persona. Nuestro asesino, presumiblemente.

“¿Huellas?”, preguntó Tamara. “¿Queréis decir que había alguien con Charles?”.

“No lo sabemos con seguridad”, dijo Mackenzie. Odiaba mentirle a la mujer, pero tener que aceptar de repente que el accidente de su marido podría ser un asesinato no era algo con lo que estaba dispuesta a cargarla.

Sin embargo, en ese instante Tamara pareció empezar a preguntarse a sí misma sobre esto. Las tres mujeres se callaron cuando Timbrook transfirió los archivos de audio al teléfono de Mackenzie, uno de los cuales había sido grabado el día anterior, lo que les proporcionaría quizás las últimas palabras grabadas de la última víctima.

***

“Hay otra cosa”, dijo Timbrook en el momento en que volvieron al coche. “No quería revelar demasiado frente a ella”.

“¿Qué pasa?”.

"Waverly dijo que habló con un guía local de senderismo, alguien que no sólo está bien versado en el parque. Este es un tipo que también conoce todos los otros senderos y lugares de interés locales. Llevamos dos días intentando ponernos en contacto con él y Waverly dice que finalmente nos llamó esta mañana, hace como media hora. Dijo que, basado en la ubicación de Devil’s Claw, sólo hay un lugar de aparcamiento en el transcurso de esa caminata. Es el mismo campo donde Petry nos recogió esta mañana”.

“Así que el asesino probablemente lo usó, ¿verdad? Si hubiera subido hasta Devil’s Claw, probablemente lo habríamos visto cuando tú y yo caminamos por el sendero esta mañana, ¿no es cierto?”.

“Yo estaba pensando lo mismo. Aunque puede que no coincidan los horarios. Puede haber tenido unos quince o veinte minutos de ventaja, donde podría haber salido del sendero antes de que llegáramos. Pero esa es una ventana muy estrecha. Creo que es más probable que usara ese campo como parada”.

“Y si lo usó en ese momento exacto, es porque sabía que Charles iba a estar allí. No hay forma de que el momento fuera una coincidencia”.

“Tiene sentido para mí”.

“Tenemos que volver allí ahora mismo”, dijo Mackenzie. Luego sacó el teléfono y las pistas de audio del iCloud de Charles Rudeke. “Por ahora, ¿eres fan de los audiolibros?”.

“Nunca me gustaron mucho”, dijo Timbrook. “Me hacen sentir como si mi mamá me estuviera leyendo un cuento para dormir”.

“Entiendo eso, pero tal vez podamos aprender una o dos cosas de este en particular”.

Dicho eso, abrió el primer archivo y lo reprodujo. La voz de un hombre muerto llenó el coche.

“Tim dice que cree que ha terminado con la escalada. Así que esa es otra. A nadie parece gustarle ya. O tal vez están cansados de escalar conmigo. Probablemente les parezco un desesperado. La maldita separación de Tamara es un asco. Más difícil de lo que pensé que sería. De todos modos, encontré otro lugar genial cerca de la Vista de Logan. Un poco más lejos de donde todos los jóvenes escaladores pasan el rato. Me llevó una hora y diez minutos llegar a la cima. Nota para no cabrear a los pájaros. Un maldito arrendajo azul casi me arranca la nariz esta mañana”.

Esa entrada terminó, así que Mackenzie empezó la siguiente que había en la fila. Iba en orden secuencial, ya que la siguiente entrada había sido grabada hacía cinco semanas.

“Ni siquiera he escalado hoy. Una madre había perdido a su hijo en uno de los senderos, así que hubo mucha conmoción. Muchos empleados del parque y la policía. Resultaba un poco raro. Hablando de eso, sé que suena tonto, pero tengo esa sensación otra vez, esa sensación de que alguien me está observando. Siguiéndome tal vez. Lo sentí hasta el final hasta que me subí al coche para irme. Podría haber sido toda la conmoción. De todos modos, hasta la próxima”.

Mackenzie y Timbrook intercambiaron una mirada peculiar mientras Mackenzie reproducía el siguiente clip. Sentía que lo seguían, notó Mackenzie. ¿El asesino lo había estado siguiendo? ¿Ha estado siguiendo a todas sus víctimas?

"Buena escalada hoy. Me encontré con Tim, en Exum Ridge. Ha visto la película Free Solo y quiere probar algo más grande. Quiere hacer un pedazo de viaje a California con una chica con la que está saliendo. Creo que esta es la quinta chica en lo que va de año. Claro que también dijo que aguantará conmigo mientras sigo haciendo los ascensos menores. No lo dijo, pero creo que intenta ser buen amigo.

Sabe que estoy teniendo dificultades con el asunto de Tamara... no quiere que me lo guarde todo para adentro. También piensa que soy un escalador de mierda y, como él dice, no quiere verme caer y que me suicide. Me molesta cuando habla así de mí, pero Dios sabe que no quiero discutir y enfrentarme con su temperamento”.

La entrada llegó a su fin. Antes de empezar la siguiente, Mackenzie las repitió todas en su cabeza. “¿Alguna idea de si el nombre de Tim o alguna variación aparecía en las listas de instructores que Waverly y Petry estaban recopilando?”.

“Ni idea. Aunque no me suena familiar”.

Mackenzie asintió, pensando. Luego presionó en Reproducir y esta vez, cuando la voz de Charles Rudeke, recientemente fallecido, sonó desde su teléfono dentro del coche, le envió unos escalofríos por la espalda al escuchar la voz de un hombre muerto.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Era justo después del mediodía cuando Timbrook metió su coche en el estrecho aparcamiento de grava en el campo. Había sido un viaje agitado y lleno de baches por la montaña, cuya mayor parte recorría un pequeño sendero de tierra que no había conocido ningún tipo de mantenimiento estatal. Solo había otro vehículo en el campo cuando llegaron, una camioneta que probablemente lo había tenido mucho más fácil para recorrer esa pista llena de baches.

Mackenzie y Timbrook salieron del coche y empezaron a recorrer la estrecha franja de tierra. No había marcadores de ningún tipo, ni postes, ni puntales, ni siquiera tablas de madera rústicas en el suelo para indicar dónde debían aparcar los visitantes. Esto hacía que fuera mucho más difícil determinar dónde podría haberse detenido el tráfico reciente.

"Esto está hecho un desastre, ¿eh?", preguntó Timbrook.

"Así es. Pero por suerte, es un área pequeña".

Honestamente, Mackenzie ni siquiera sabía si encontrar alguna huella de neumático les ayudaría en algo. A menos que pudieran vincularlas a las huellas de las otras escenas, sería un esfuerzo infructuoso. Y hasta ahora, nadie había sido capaz de recuperar ninguna huella de neumático de las otras escenas.

Miró hacia otro lado, lejos de la tierra, hacia el campo y las malas hierbas que llenaban el resto del pequeño terreno. El campo entero estaba perfectamente atrapado entre dos colinas ligeramente ascendentes. Y, aunque no ofrecía una gran vista, la forma en que los árboles circundantes se inclinaban hacia afuera mientras la montaña continuaba su ascenso parecía prometer algo espectacular en su cima. La hierba dentro del campo consistía en su mayor parte de maleza y gramíneas, aplastadas por años y años de pisadas curiosas. Debido a eso, era difícil saber por dónde habían pasado los visitantes más recientes. La única señal clara de paso era el área aplanada que había al borde occidental del campo que daba paso al sendero Heinz, que comenzaba a unos tres cuartos de milla más abajo en la ladera de la montaña.

Mackenzie caminó hasta la camioneta, estacionada justo al borde de la línea de árboles. Atisbó a través de la puerta del lado del conductor y no vio nada de importancia: un cargador de teléfono, algo

de cambio suelto en la consola.

“Ey, ¿agente White?”.

Miró hacia arriba y vio a Timbrook al otro lado del campo. Se unió a ella, sus ojos siguiendo la dirección que Timbrook estaba mirando.

“¿Te parece que eso es un pequeño sendero?”, preguntó Timbrook.

Mackenzie se acercó un poco más y miró más allá de la línea de árboles. Podía ver un pequeño sendero que asomaba entre el follaje. Apenas estaba allí, pero era suficiente para que lo consideraran como una especie de pasarela. No era visible desde la línea de árboles debido a una gruesa pila de maleza y un tronco caído; era casi como si la naturaleza lo hubiera ocultado a propósito.

“Sí, yo diría que eso es un sendero”, dijo ella. “Un sendero que facilita ir y venir de este campo sin ser visto”.

Sin decirse ni una palabra más, las mujeres caminaron más allá de la línea de árboles, pasando por encima del punto muerto y entrando a un terreno muy desigual. Una vez dentro del bosque, Mackenzie no podía dejar de ver el pequeño sendero. En realidad, apenas estaba allí, no era nada más que una pequeña línea delgada que había sido pisada entre el follaje caído, serpenteando por una colina para luego dar un giro brusco a la izquierda.

El suelo comenzó a descender en picado, casi en ángulo de 90 grados. Mackenzie tuvo que aferrarse a los árboles cercanos en algunas ocasiones ya que el suelo parecía inclinarse bajo sus pies. Volvió a mirar a Timbrook y vio que ella también estaba teniendo algunas dificultades. La forma traicionera del sendero hacía evidente por qué parecía poco utilizado; había que estar muy comprometido con lo que había al otro lado del mismo para aventurarse a recorrerlo.

A medida que el sendero llegaba a la base de la primera colina, el sendero giraba bruscamente a la derecha e iniciaba una ligera trayectoria cuesta arriba. En algunos lugares, parecía desaparecer por completo antes de reaparecer en forma de un pequeño y escaso sendero varios metros más adelante. Mackenzie tomó nota del hecho de que ahora se dirigía en dirección a Devil’s Claw.

“Estoy empezando a sentir que esto podría no llegar a ninguna parte”, dijo Timbrook. “Hay tantos caminillos alternativos que…”.

“Shhh”, dijo Mackenzie, levantando la mano para que se detuviera.

Timbrook se quedó en silencio, permitiendo que Mackenzie se concentrara. Por un momento, pensó que había oído algo. Hizo todo lo que pudo para filtrar los ligeros sonidos de las hojas que crujían con la brisa por encima de su cabeza como los de su propia respiración. Y ahí estaba otra vez, un sonido apagado que venía de adelante.

Era un gemido de mujer.

Volvió a mirar a Timbrook para ver si lo había oído. La mirada en su cara lo decía todo. Se asintieron la una a la otra y corrieron hacia delante, agarrando sus armas mientras continuaban por el sendero. Mientras se acercaban, ambas podían oír a la mujer incluso con el ruido de sus pies arrastrándose a lo largo del camino.

La mujer parecía angustiada, claramente dolorida. Mackenzie casi empezó a gritar a la mujer, pero luego sus ojos se fijaron en otra cosa, ligeramente a su izquierda y bajando otra pequeña colina hacia el lado del pequeño sendero.

“¿Qué demonios es eso?”, preguntó Timbrook.

Mackenzie entendió la pregunta y aunque la respuesta era bastante simple, no tenía sentido. Asentado a la izquierda del camino había un pequeño cobertizo parcialmente destartalado. El color del revestimiento de madera por sí solo indicaba que llevaba mucho tiempo aquí, pero su estado también implicaba que no se había usado en largo tiempo.

Mientras lo observaban y trataban de darle sentido de nuevo, volvieron a escuchar el sonido del gemido de la mujer.

Provenía de la cabaña.

Y esta vez, había otro ruido detrás de sus quejidos. Era el sonido de algo que se movía, algo ligero y apagado.

De nuevo, Timbrook y ella intercambiaron una mirada antes de bajar por la ligera pendiente de la colina para dirigirse al pequeño cobertizo. Apoyada afuera, Mackenzie pudo ver una pala muy vieja y lo que parecía el borde de una llanta que hacía tiempo había sido olvidada.

Una vez más, la voz de la mujer les alertó. Esta vez, sonaba más

urgente, más desesperada.

Mackenzie se acercó a la parte frontal del cobertizo. No había ventanas, nada más que una puerta vieja que estaba cerrada, con el marco que la sujetaba a duras penas.

Se preparó, agarró con fuerza su arma y abrió la puerta de una patada.

Le tomó unos dos segundos entender lo que estaba sucediendo. Había dos personas dentro, un hombre de pie sobre una mujer. La mujer estaba prácticamente enganchada al hombre, con su espalda presionada contra la pared de atrás. Tenía la camisa subida hasta los hombros y sus pantalones estaban en el suelo.

Y entonces vio el trasero desnudo del hombre.

Eso era todo lo que necesitaba ver para darse cuenta de que acababa de encontrar a una pareja de tortolilllos que se había escabullido para pasar un rato a solas en el bosque. Por si eso no fuera suficiente para que se diera cuenta, los gritos de vergüenza de la mujer confirmaron lo que pensaba. El hombre, mientras tanto, parecía increíblemente enojado mientras se retiraba de su compañera y se dirigía a sus nuevas invitadas, subiéndose los pantalones mientras lo hacía.

“¿Qué demonios?”, gritó. Estaba a punto de decir otra cosa, pero luego vio las armas y el uniforme de policía de Timbrook.

“Perdón por irrumpir de esta manera”, dijo Mackenzie sarcásticamente. “Pero estamos en el área realizando una investigación y escuchamos a una mujer que estaba en apuros”.

“¿Les sonó eso como a alguien que estaba en apuros?”, dijo el hombre, que obviamente seguía funcionando con poco más que hormonas y adrenalina.

Detrás de él, la mujer se estaba poniendo los pantalones. Su cara estaba sonrojada por la vergüenza y no miraba a ninguna de ellas a los ojos.

“Necesitamos que despejes el área”, dijo Timbrook. “¿Supongo que esa es tu camioneta, la que estaba en el camino y en el campo?”.

“Oye, lo he comprobado”, dijo el hombre. “Esto no es propiedad de nadie. No es privado. Tengo tanto derecho a estar aquí como tú”.

“Eso no es correcto”, dijo Mackenzie, entrando en el cobertizo. “Como dije, estamos aquí en una investigación y usted está en el lugar equivocado en el momento equivocado”.

“Esto es ridículo...”.

Detrás de él, ahora completamente vestida, su compañera le miró por fin. “Jesús, Tim. Cállate ya. Está bien”.

Tim, pensó Mackenzie. La mujer lo llamó Tim....

“¿Cómo supiste lo de este pequeño escondite?”, preguntó Mackenzie, mirando alrededor del cobertizo. El lugar era un basurero. Cualquiera que se excitara aquí tenía una especie de fetiches sexuales extraños. O tal vez solo intentaban animar las cosas.

“¿Y quién eres tú, de todos modos?”.

“Es una agente del FBI”, dijo Timbrook. “Y yo estoy con la policía local. ¿Puede responder a la pregunta, señor...?”.

“Wyatt. Tim Wyatt. Escalo mucho por aquí. Hago muchas caminatas. Encontré este lugar hace un año más o menos”.

“¿Es la primera vez que vienen aquí?”.

“No”, dijo, aunque por su expresión quedó claro que esa no era la extensión total de la respuesta.

“¿Está muy familiarizado con la zona?”, preguntó Timbrook.

“Sí”, dijo, casi escupiéndolo. “Mira... ya nos has avergonzado bastante. ¿Podemos irnos de aquí?”.

“Todavía no”, dijo Mackenzie. “Estás en las cercanías de lo que estamos considerando como un asesinato. Un asesinato que ocurrió en las últimas ocho horas”.

La mujer miró a Mackenzie con preocupación en la cara. “¿Ha muerto alguien más?”, preguntó. “¿Otro escalador?”.

“Así es”, dijo Mackenzie. “Justo al lado de Devil’s Claw”.

“Mierda”, dijo el hombre.

Pensó en las pocas grabaciones de audio que habían escuchado que provenían del teléfono de Charles Rudeke en el camino de regreso

al sendero Heinz, especialmente la mención que hacía de un amigo llamado Tim. Puede que no fuera más que una coincidencia, pero era una demasiado conveniente para ser ignorada.

“Tim, ¿verdad?”, dijo ella.

“Sí, ¿y qué?”.

“¿Has escalado alguna vez con un hombre llamado Charles Rudeke?”.

“Unas cuantas veces, sí. No es un gran escalador, la verdad, pero es un buen tipo, y está pasando por un momento difícil. Puede… espera un momento…”.

El cobertizo se quedó en silencio. Por un momento, la vergüenza de todo esto se olvidó. Al comprender hacia dónde iba todo esto, la expresión de la cara de Tim cambió. “¿Está muerto? ¿Es a él a quien estáis investigando?”.

“Me temo que sí”, dijo Timbrook. “Tim….¿estarías dispuesto a respondernos algunas preguntas?”

“¿Sobre qué? Ni siquiera lo he visto en unas dos semanas más o menos”.

“Pero te mencionaba por tu nombre en algunas de sus grabaciones de audio. Recientes, por cierto. Cualquier cosa que pueda decirnos sería de gran ayuda”.

Miró a su amiga y luego a Mackenzie y Timbrook. “Claro, está bien. Pero tal vez mejor que no sea aquí. ¿Está bien?”.

“Claro”, dijo Mackenzie, que podía darse cuenta de que él estaba inquieto por algo. Quizás había cosas que no quería que su amante oyera. O tal vez simplemente se encontraba en una situación extraña, arrestado por tener relaciones sexuales en este cobertizo cuando un hombre que conocía bastante bien había muerto hace unas horas.

Los cuatro salieron del cobertizo y volvieron al sendero. Cuando dejaron el sendero atrás, Mackenzie miró hacia atrás, observando como el pequeño sendero quedaba fuera de la vista alrededor de otra curva que abrazaba el terreno inclinado.

“¿Alguna idea de dónde sale ese sendero?”, le preguntó a Tim.

“No tiene salida frente a esta pared de roca. La pared está a unos diez metros de altura. Si llegas a la cima, sales por el otro lado de Devil’s Claw. Desde allí, Devil’s Claw está solo a un cuarto de milla de distancia”.

“¿Hay otros atajos para llegar al final del sendero Heinz?”.

“¿A Devil’s Claw, quieres decir? Sí.... hay al menos cinco de esos senderos que yo sepa. Probablemente más. Como no es propiedad del parque, hay muchos adolescentes que vienen aquí a beber y drogarse”.

“¿Y a tener relaciones sexuales?”, preguntó Timbrook.

“Ha pasado mucho tiempo desde que yo fuera adolescente”, comentó Tim de manera sarcástica. “Pero agradezco el cumplido”.

Eso fue lo último que dijeron mientras continuaban de regreso hacia el campo donde habían aparcado. Volver a subir la colina que había sido tan peligrosa de bajar resultó brutal, pero Mackenzie logró llegar a la cima, con los abdominales ardiendo, mientras que sus piernas parecieron aguantar mejor el esfuerzo.

Antes de regresar al campo abierto, miró hacia abajo al sendero por donde habían venido. Ahora era fácil verlo, principalmente porque lo habían estado siguiendo durante los últimos quince minutos más o menos, y durante otros quince antes de eso. No obstante, en un principio, había sido algo vago, casi invisible.

Esto hizo que se preguntara cuántos otros senderos sinuosos como este se abrían paso a través del bosque entre este punto y el Parque Nacional Grand Teton… y la clase de persona astuta que podría estar usándolos para mantenerse oculta de las miradas indiscretas.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

La amante de Tim no estaba muy familiarizada con Charles Rudeke, ni era muy versada en el mundo de la escalada. Por tanto, le pidieron que se sentara pacientemente en la camioneta de Tim mientras Mackenzie, Timbrook y Tim se reunían alrededor de la parte trasera del coche patrulla de Timbrook. Así lo hizo, claramente avergonzada al verse atrapada en una situación tan vulnerable, sin grandes quejas.

“Ya son tres, ¿verdad?”, preguntó Tim. “Tres personas muertas en un plazo de... ¿dos semanas?”.

“Sí”, dijo Timbrook. “¿Conocías a los otros dos? ¿Mandy Yorke y Bryce Evans?”.

“No. Había visto el nombre de Mandy aquí y allá, en grupos de Facebook y cosas así, pero no la conocía”.

“¿Cómo conociste a Charles Rudeke?”, preguntó Mackenzie.

“Nos encontramos un día hace unos años cuando estaba escalando en Gold Face”.

“¿Dónde está eso?”, preguntó Mackenzie.

“En el parque, cerca de Exum Ridge. Creo que él también estaba planeando una escalada. Empezamos a hablar y decidimos hacer algo de escalada juntos. Subimos un par de veces, pero no fue nada serio”.

“En sus diarios de audio, te menciona unas cuantas veces. Mencionó que tenías la costumbre de hacer malabares con varias mujeres a la vez. Así que, por favor, perdóname por preguntar, ¿pero es esta mujer la primera que traes a tu nido de amor?”.

“A decir verdad, no”, dijo Tim, en un tono que indicaba que se sentía ofendido por ello. “Ha habido otras dos”.

“¿Escaladoras?”, preguntó Timbrook.

“Una de ellas. Mira... en serio, ¿acaso importa eso?”.

“No, no importa”, admitió Mackenzie. “¿Cree que hay alguna posibilidad de que Charles conociera el sendero que encontramos hoy?”

“No. Si lo conocía, yo no se lo dije. Traté de mantenerlo en secreto”. Mientras decía esto, frunció el ceño. Quizás, pensó Mackenzie, se daba cuenta de lo asqueroso que estaba empezando a sonar.

“¿Sabe si alguien podría considerar a Charles su enemigo?”, preguntó Timbrook. “¿Alguna vez traicionó a alguien?”.

“¿Charles? De ninguna manera. Era muy pasivo. Incluso cuando su matrimonio se estaba desmoronando... no daba la impresión de que le molestara nada. Intentó abrirse a mí en un par de ocasiones. Creo que necesitaba un amigo íntimo con quien hablar de su separación y del divorcio. Pero... demonios, yo no quería ese tipo de drama, ¿sabéis?”.

“¿Cómo se encontraba durante la última escalada que hicisteis juntos?”.

"Un poco deprimido, tal vez. Creo que sólo estaba ahí para no pensar en lo que le pasaba a su esposa. No parecía que le gustara mucho".

“¿Te sorprende que haya subido a Devil’s Claw?”, preguntó Mackenzie.

“Sí, un poco. Normalmente tenía miedo de escalar solo. Pero sí hizo algunos comentarios sobre que quería probar algunas cosas diferentes. Hablaba mucho sobre eso cuanto más se distanciaba de su esposa”.

“¿Te consideras buen conocedor de la escena de escalada local?”. Estaba bastante segura de que lo sería. Después de todo, sería el ambiente ideal para ligar con mujeres fácilmente impresionables. Y eso era aparentemente lo que le iba.

“Supongo. Tal vez un poco más que el escalador promedio”.

“¿Cuánto tiempo llevas en esto?”, preguntó Timbrook.

“¿La escalada? Tal vez como quince años. Las subidas por aquí son como una broma a excepción de unas pocas. Pero son familiares, ¿sabes?”.

“¿Puedes pensar en alguien que hayas conocido en estos círculos de escalada que pueda ser capaz de sabotear a otras personas hasta el punto de asesinarlas?”.

“No que se me ocurra. Sin embargo, hay una mujer. Voy a parecer un idiota por mencionarlo, pero es lo único que me viene a la mente. Una mujer llamada Brittany Lutz. Tiene algunos problemas y algunos de los grupos locales de por aquí no dejan que se una a ellos”.

“¿Por qué no?”.

“Tuvo un accidente hace dos años. Tal vez algo más, no estoy seguro. Se cayó desde unos cuarenta o cincuenta pies del lateral de Exum Ridge. Se rompió las dos piernas y sufrió una conmoción cerebral. Una de las piernas nunca se curó del todo y, por lo que tengo entendido, se ha sometido a tres cirugías para tratar de corregirla. Se presenta a los grupos y les monta un lío a todos. Es una mujer cruel”.

“¿Alguna vez la has visto así?”, preguntó Mackenzie.

“Oh sí. Especialmente cuando hay reuniones en los bares. No acude a muchas de ellas, pero cuando lo hace, se emborracha como un demonio y se lamenta de que ya no puede escalar. Una de las dos veces que presencié esto, empezó a insultar a todo el mundo. Odio decirlo, pero creo que espera que todo el mundo sienta pena por ella cuando está cerca. Y cuando no recibe atención o simpatía, pierde los estribos”.

“Hemos hablado con diversas personas que saben un poco sobre los círculos de escalada locales”, dijo Mackenzie. “Es la primera vez que oigo hablar de ella”.

“Bueno, ¿y quién demonios va a criticar duramente a una mujer ligeramente lisiada?”.

“¿Quizá el mismo tipo que atrae a las mujeres a un cobertizo en el bosque para tener relaciones sexuales?”.

Mackenzie ni siquiera estaba segura de por qué había hecho un comentario tan lascivo. Había algo en toda esta situación que la estaba alterando y se estaba desquitando con Tim. Claro, parecía que era un tanto pervertido, pero por lo que ella sabía, a las mujeres les parecía más que buena idea seguirle la corriente.

“Si me vas a insultar de esa manera, entonces me voy de aquí”, dijo Tim.

“Creo que eso es todo lo que necesitamos saber de todos modos”, dijo Mackenzie. “Gracias por tu tiempo”.

Mackenzie y Timbrook vieron cómo se marchaba. Él les lanzó una última mirada de escrutinio cuando se subió a su camioneta.

"¿Has oído hablar alguna vez de Brittany Lutz?", le preguntó Mackenzie a Timbrook.

"No. Pero estoy segura de que habrá un registro de su accidente en comisaría. Si lo que nos dijo es cierto, ella encajaría en el perfil, ¿verdad?".

"Posiblemente. Pero aún no estoy lista para llegar a esa conclusión".

Sin embargo, no estaba tan segura de que eso fuera cierto. Con una tercera víctima a sus pies, Mackenzie ya estaba más o menos lista para saltar a cualquier conclusión que se presentara.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Llegaron a comisaría media hora más tarde. Mientras Timbrook aparcaba el coche y se dirigían hacia el interior, Mackenzie sintió que algo parecido a una ligera depresión se cernía sobre ella. Miró a las montañas que se asomaban sobre la ciudad y se dio cuenta de que ya había tenido bastante de ellas. Se consideraría una mujer muy afortunada si pudiera cerrar este caso sin tener que volver a poner un pie en esas malditas montañas.

“Ponga a Waverly en el equipo de investigación de Brittany Lutz”, dijo Mackenzie. “Quiero saber en qué tipo de accidente estuvo y si tenía alguna marca en su historial”.

“Estoy en ello”, dijo Timbrook, corriendo para hacer precisamente eso.

En cuanto a Mackenzie, quería comprender mejor cuántos de esos pequeños senderos laterales existían en el bosque. Se preguntaba si algún habitante local podría saber algo así. Tal vez un empleado del estado o alguien dentro del departamento al que le gustara la vida al aire libre. Probablemente sería fácil encontrar a alguien que pudiera ayudar en términos del parque, pero para las áreas fuera del parque…

Sus pensamientos se detuvieron al instante cuando vio al hombre que estaba de pie junto al escritorio de Petry. Tenía los brazos cruzados y asentía con la cabeza ante algo que le decía Petry. Entonces, como si pudiera sentir sus ojos sobre él, el hombre se volvió hacia ella.

Incluso cuando se miraron a los ojos, Mackenzie no podía creerlo.

Era Ellington.

Él le sonrió, se excusó de Petry y comenzó a caminar hacia ella. Cuando se encontraron, ella lo abrazó de inmediato, pero de inmediato un millón de pensamientos pasaron por su cabeza.

“¿Cuándo llegaste aquí?”, preguntó.

“Hace unos cuarenta minutos. Algunos de los chicos locales me están informando sobre el caso y…”.

“¿Qué hay de Kevin?”.

“Mi madre está con él”.

“¿Tu madre? Eh, eso no está bien. No puedes simplemente...”.

Se daba cuenta de que su voz se estaba elevando y que algunas personas miraban en dirección suya. Ella lo tomó de la mano y trató de dejar a un lado lo mucho que le gustaba la mera sensación de tocarle. Ella lo llevó a la pequeña habitación que había estado usando como oficina y cerró la puerta tras él. Por un momento de confusión, casi se abalanzó sobre él para darle un beso profundo y apasionado. Pero entonces la frustración y el miedo se apoderaron de ella. En vez de besarlo, le echó la bronca.

“No tienes por qué estar aquí”, dijo.

“Anoche parecías un fantasma en esa pantalla, Mac. Me rompió el corazón. Y odiaba dejar a Kevin, pero sentía que tenía que estar aquí contigo”.

“¿Por qué es eso?”.

“Porque tenías un aspecto terrible. Parecías estar muy cansada y pensé que querrías probar el sabor de casa”.

“Vamos, Ellington.... he estado fuera de casa tres días. Ya soy una chica mayor. Puedo cuidar de mí misma. En cuanto a ti... tú eres quien debería estar en casa con nuestro bebé. No tu madre... una mujer con la que acabas de arreglar las cosas. ¿En qué demonios estabas pensando?”.

“Estaba pensando que necesitaba estar aquí contigo”.

Ella dio un paso atrás, necesitando apartar la vista de él por un momento. Sin duda, el sentimiento que le producía que él viniera aquí era delicioso y lo amaba por ello... pero ¿por qué sentía la necesidad de venir a salvarle? ¿Cómo podía dejar a su hijo con su madre tan alegremente?

“¿Sabe McGrath que estás aquí?”, preguntó.

“Claro. Estuvo de acuerdo conmigo en que podrías necesitar ayuda”.

“Así que entiendes qué imagen me va a dar esto, ¿verdad? Hará que parezca que volví al trabajo antes de estar lista... que no podía manejar este caso por mi cuenta”.

“Mac… sólo hacía lo que creía mejor para nosotros… o para ti. ¿Por qué tratas de hacerme quedar como un imbécil?”.

“Porque te empeñaste en lanzarte y tratar de hacerte el héroe. Ahora no puedes hacer eso. Tenemos un hijo… un hijo que depende de nosotros. Y no podías quedarte allí con él sin mí durante unos pocos días, ¿verdad?”.

“Eso no es justo. No fui yo el que de repente quiso cruzar el país, ¿verdad?”.

Se daba cuenta de que había caído por sus propios medios en esa trampa, así que dejó pasar el comentario. Además, él estaba aquí ahora. Ninguna discusión iba a cambiar eso. El hecho de que su corazón se sintiera ahora mucho más ligero en su presencia hacía que fuera mucho más fácil reconocer su ira e intentar apartarla.

“Es solo… que estoy sorprendida. Si soy sincera, es increíblemente bueno verte. Ni siquiera puedo explicarlo. Pero me he sentido dividida… queriendo estar en casa con Kevin y también queriendo estar aquí para cerrar este caso, para probar que todavía tengo lo que se necesita. El hecho de que lo abandonaras cuando podías estar con él… me está cabreando ahora mismo”.

“No lo abandoné”.

“Lo dejaste con tu madre. Eso se acerca bastante”.

Estaba claro que no había estado esperando una respuesta tan dura. Parecía herido y un poco enfadado. “No estoy tratando de pisarte el terreno”.

“Ya lo sé. Es que…. mi mente está por todas partes ahora mismo. Entre este repentino recuerdo de cuando era adolescente a no saber cuál es mi lugar ahora mismo…”.

Las lágrimas empezaron a fluir antes de que ella supiera que iban a salir. Se las secó, pero en cuanto lo hizo, Ellington estaba a su lado. La tomó en sus brazos y ella no pudo evitar hundirse en él. La verdad sea dicha, Mackenzie no hubiera podido darle a alguien una sola razón sólida para las lágrimas o los pequeños sollozos que salían de su garganta. Supuso que se reducía al último comentario que había hecho.

…no saber cuál es mi lugar ahora mismo…

Eso es exactamente lo que ella sentía. Se sentía como si hubiera estado dividida por la mitad, dividida entre la necesidad de retomar lo que había dejado antes de tomarse un tiempo libre para su embarazo y el permiso de maternidad y la necesidad de estar con su hijo. Tal vez no estuviera lista todavía para volver al campo.

Un golpe a la puerta hizo que se alejaran. Ellington también dio un paso atrás, metiéndose al instante en un modo estrictamente profesional.

“Sí”, dijo Mackenzie, secándose unas cuantas lágrimas que se le habían escapado.

Se abrió la puerta y Timbrook asomó la cabeza. Waverly estaba de pie detrás de ella, desviando la vista hacia otro lado desde el momento en que vio que podría estar sucediendo algo personal dentro de la habitación. Timbrook también parecía avergonzada, pero hizo todo lo posible por mantenerse profesional.

“Encontramos el informe sobre el accidente de Brittany Lutz”, dijo. “Nuestro amigo Tim lo dijo bien. Tuvo una caída desde unos treinta o cuarenta pies. Ambas piernas rotas, una de las cuales quedó prácticamente inutilizada. Por supuesto que no tenemos archivos de su progreso médico, pero eso debería ser fácil de conseguir si lo necesitamos”.

“¿Algo en su expediente?”, preguntó Mackenzie.

“Lo cierto es que sí. Le arrestaron y pasó una noche en la cárcel por golpear a un hombre con una botella de cristal en el aparcamiento de un bar. Esto fue hace unos siete meses. Una noche en la cárcel y luego la soltaron. No obstante, hay dos marcas más en su expediente de cuando otra gente ha presentado quejas sobre ella. Dos informes diferentes dicen que era agresiva y cruel. Pero aquí está lo más gracioso… un escalador reportó que potencialmente ella le estaba acechando hace dos meses”.

“¿Acechando?”.

“Sí. Dijo que la pilló siguiéndole, tratando de no ser vista cuando se dirigía a escalar Devil’s Claw. Le dijo a la policía que solo lo denunció porque estaba bastante seguro de que le había hecho lo mismo tres semanas antes cuando él había estado cerca de la Vista de Logan”.

“En sus grabaciones de audio, Charles Rudeke también afirmaba

que sentía que alguien lo había estado siguiendo”.

Timbrook asintió con la cabeza y luego miró a Ellington. “Sargento Timbrook”, dijo, presentándose.

“Agente especial Ellington”.

“Mi compañero”, aclaró Mackenzie. “Y marido”.

“Oh…”.

“Necesitamos hablar con ese escalador antes de ir a por Lutz”, dijo Mackenzie. “¿Tienes un nombre?”.

“Y una dirección. Petry está al teléfono, rastreándolo ahora mismo”.

Mackenzie se dirigió a la puerta, rozando a Ellington. Todavía no podía controlar las múltiples emociones que sentía hacia él. Timbrook, mientras tanto, se alejó de la habitación, pero, ya fuera para apresurar el caso o para darles su espacio, Mackenzie no lo sabía con seguridad.

Mackenzie se detuvo en la entrada y se dio la vuelta para mirarlo. “Vamos”, dijo ella. “Cuanto antes terminemos con esto, antes llegaremos a casa y resolveremos este asunto”.

“Mac….sólo intentaba ayudar”.

“Lo sé”, dijo ella.

Pero el saberlo no atemperaba su ira. No estaba segura de qué debía sentir cuando alcanzó a Timbrook y se dirigió hacia la salida. No se molestó en girarse para ver si Ellington la seguía o no. De hecho, ni se molestó en mirar en su dirección hasta que se juntaron en el coche de Timbrook unos instantes después.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

El escalador que había denunciado a Brittany Lutz por acecharlo era un hombre de treinta y cinco años llamado Daniel Haskins. Trabajaba en una pequeña empresa de contabilidad y, dado que no estaban cerca de la temporada de impuestos, fue fácil apartarlo de su trabajo. Cuando Mackenzie, Ellington y Timbrook se sentaron en su oficina, Haskins daba la impresión de sentirse un poco alarmado. Probablemente porque había allí tres agentes para interrogarlo, pensó Mackenzie, sintiendo una vez más un estallido de ira hacia Ellington.

"Tenemos constancia de que crees que Brittany Lutz te estaba acechando en cierto momento", dijo Mackenzie. "¿Pudiste verla cuando te seguía? ¿Sabes sin duda alguna que fue ella?".

"Sin duda alguna", dijo Haskins. "Y cuando la vi, ni siquiera se esforzó demasiado en esconderse. Estaba oculta junto a uno de esos pequeños senderos no oficiales en el bosque. La vi, me miró fijamente por un rato, y luego empezó a caminar de vuelta por donde había venido".

"¿Intentaste perseguirla?", preguntó Timbrook.

"Lo hice al principio, durante cinco segundos, pero luego lo pensé mejor. No quería que se me conociera como el tipo que persiguió a una mujer parcialmente lisiada para echarle la bronca, ¿saben? Por eso llamé a la policía. Me imaginé que les dejaría manejarlo... tal vez asustarla un poco".

"Nuestros archivos dicen que no fue la única vez que te siguió. ¿Es eso cierto?".

"Bueno, hubo un momento, unas semanas antes de ese incidente, en el que tuve la sensación de que alguien estaba en el bosque, escondiéndose. Me imaginé que solo se trataba de unos adolescentes haciendo el tonto o algo así, pero entonces me di cuenta de que quienquiera que fuera, me estaba siguiendo. Era fácil oír sus pasos. Los oí durante la escalada y luego en el camino de regreso por los senderos hasta mi coche después de que bajé en rappel".

"¿Pero nunca viste a la persona?", preguntó Ellington.

"No".

“Dime lo que sabes de Brittany Lutz”, dijo Mackenzie. “Y por el momento, voy a pedirte que no filtres tu opinión. Danos una versión honesta de tus propios pensamientos y de las cosas que hayas escuchado en los círculos de escalada de los que formas parte”.

“Bueno, a decir verdad, nunca supe quién era hasta el accidente. Cuando se hizo obvio que su pierna izquierda probablemente estaría mal para el resto de su vida, hubo algunos grupos que comenzaron a recaudar dinero para ayudar a pagar sus operaciones. Por lo que tengo entendido, nunca se ha casado, pero era bien sabido que había salido con dos chicos locales, ambos escaladores, y esas relaciones terminaron muy mal”.

“¿Sabes quiénes eran los chicos?”.

“No. Pero sé que uno de ellos terminó mudándose a Los Ángeles. Lo sé porque fue un punto de discusión en uno de los muchos episodios que protagonizó en un bar local”.

“¿Había hablado con ella antes de la experiencia del acecho?”.

“Unas cuantas veces, sí, aunque nada demasiado personal. Y siempre se trataba de escalar. Aparentemente era muy buena en eso, entraba en competiciones y siempre sacaba altas puntuaciones. Creo que le gustaba hablar de ello... verse en el espejo de los demás. Esa es la única razón por la que pensé que no estaba bien denunciarle por seguirme. Realmente no estaba haciéndole daño a nadie. Era solo que... no sé... daba un poco de miedo”.

“¿Qué puede decirnos de aquella vez que golpeó a alguien con una botella en un aparcamiento?”.

“Conozco la historia, pero no estaba allí cuando ocurrió. Atacó a un tipo en un aparcamiento, pero, por lo que tengo entendido, era un tipo que le estaba haciendo proposiciones. No sé si ella fue a por su cabeza y él la bloqueó, pero por lo que tengo entendido, al tipo le dieron varios puntos en la mano.

“¿Te sorprendió oírlo?”, preguntó Timbrook.

“En realidad no. Como ya dije... era conocida por su mal humor y su temperamento”.

“¿Alguna vez fue cruel o mezquina contigo de alguna manera?”.

“Se puso un poco bocazas un par de veces, pero nada serio. A

riesgo de sonar como un idiota, siempre tuve la sensación de que se le daba muy bien autocompadecerse de sí misma. Ella odiaba que otros pudieran hacer lo que ella ya no podía hacer e intentaba hacer que la gente se sintiera mal por ello".

Mackenzie no quería poner ideas en la cabeza de Haskins, así que se abstuvo de preguntarle si creía que podría ser capaz de matar a la gente saboteando sus escaladas. Simplemente tuvo que usar su propia lógica, una lógica que le decía que alguien que envidiaba las habilidades de los demás y que había experimentado un trauma porque esas mismas habilidades le habían sido arrebatadas, podría ser perfectamente capaz de buscar algún tipo de retribución.

"Gracias por tu tiempo, Haskins", dijo Mackenzie, poniéndose de pie. Ellington y Timbrook hicieron lo mismo, yendo hacia la puerta.

"Claro. Mira.... no quiero entrometerme, ¿pero está en algún tipo de problema? Odio pensar que mi estúpida llamada sobre su acecho vaya a hacer que la inculpen por algo".

"Sólo necesitamos hablar con ella sobre algunas cuestiones", dijo Timbrook. "Tu nombre ni siquiera tiene que salir a relucir".

Haskins asintió, frunciendo un poco el ceño. "Puede que no esté del todo bien, ¿sabes? Hay todo tipo de rumores, pero la gente parece pensar que se dio un buen golpe en la cabeza. Tuvo una conmoción cerebral bastante dura, pero... quién sabe lo que podría haberle hecho a su cabeza".

Mackenzie simplemente asintió mientras salía de la oficina de Haskins. Ella ya estaba haciendo un recorrido mental sobre todo lo que sabían de su asesino hasta ahora: una atracción o aversión a las alturas, dirigida a los escaladores.

Sin duda parece encajar, pensó para sí misma.

Y luego, a pesar de su alterado estado emocional debido a la visita sorpresa de Ellington, comenzó a tener esperanzas de que tuvieran a su asesina en custodia para el final del día.

***

Había momentos en que Mackenzie se daba cuenta de que su trabajo como agente era mucho más fácil de lo que había sido para los

agentes de hace veinte años. Parte de eso era la conveniencia de localizar fácilmente a la gente. A veces, se debía a los avances tecnológicos, pero en la mayoría de ocasiones, tenía que dar las gracias a la tendencia en aumento del número de personas que trabajaba desde su casa. Esta tendencia fue la razón por la que pudo saber tan rápidamente dónde encontrar a Brittany Lutz.

Trabajaba desde su casa como consultora y escritora de investigación para una compañía de telecomunicaciones en Salt Lake City. Al parecer, también escribía blogs y artículos en una variedad de sitios web y revistas de escalada. Cuando Mackenzie llamó a la puerta de la casa de Lutz, pensó brevemente en el instructor que había logrado salvar. Recordó la sangre que le rodeaba, el llanto de las sirenas de la ambulancia, y el dolor en sus ojos. No sabía qué había sido de él... si se había recuperado completamente o si se había lesionado para siempre de alguna manera, como Lutz.

Mientras esperaba a que Lutz abriera la puerta, miró al coche patrulla de Timbrook en el pequeño camino pavimentado. Ellington había decidido quedarse en el coche, hablando con Waverly por teléfono mientras intentaban conectar el perfil de Lutz con cualquiera de las pistas o indicios que habían recabado hasta ahora.

Aunque era una conversación que valía la pena, Mackenzie sabía que Ellington se estaba quedando atrás porque estaba empezando a sentirse inútil. Había venido aquí como marido para apoyarle (sin importar lo equivocadas que fueran sus intenciones) y ahora ya estaba empezando a sentirse como una especie de comodín en términos de la investigación. La hizo sentir pena por él, forzándola una vez más a enfrentarse a sus conflictivos sentimientos sobre el hecho de que, de repente, él estaba a su lado.

Antes de que pudiera agarrarse a eso, Lutz vino a la puerta. La abrió, miró fijamente a las dos mujeres en su porche y les mostró una sonrisa vacilante. Cuando sus ojos finalmente cayeron en el uniforme de Timbrook, la sonrisa titubeó.

“¿Puedo ayudaros en algo?”, preguntó ella.

“¿Eres Brittany Lutz?”, preguntó Mackenzie.

“Lo soy”.

“Verá, Lutz, soy la agente White, del FBI. Esta es el sargento Timbrook de la policía local de Jackson Hole. Nos gustaría hacerle unas preguntas, si no le importa”.

“¿Con respecto a qué, exactamente?”.

Mackenzie se dio cuenta de que no iban a ser invitadas de buena voluntad. Con cada segundo que pasaba, Lutz parecía ponerse un poco más a la defensiva. Iba a tener que jugar bien sus cartas, planteándolo como nada más que unos agentes de la ley preocupados antes de lanzarse a por ella.

“Bueno, el caso es que ha habido tres muertes relacionadas con la escalada en las últimas dos semanas, todas dentro de la zona. Como hemos investigado un poco, tu nombre ha surgido como alguien que solía escalar en competiciones. De hecho, tu nombre ha salido a relucir más de una vez”.

“Entonces estoy segura de que has oído que mis días de escalada han terminado”, dijo Lutz. “Dos reemplazos de rodilla fallidos y nervios muertos en la parte superior del muslo consiguen eso. Se detuvo aquí y luego les lanzó una mirada escéptica, una mirada con algo de veneno, que hizo que la descripción de Haskins de su mal temperamento pareciera ser cierta. “¿Qué más, exactamente, has oído decir de mí?”.

“Yo soy de la policía local”, dijo Timbrook. “Así que sí, soy muy consciente de tus antecedentes”.

“Así que hay algunos accidentes en el área y debido a mis antecedentes, ¿encajo con el perfil para ser acosada?”.

“No estamos aquí para acosarte”, preguntó Mackenzie. “Nos gustaría ver si conocía a estos escaladores recientemente fallecidos o si al menos había oído hablar de ellos”.

Esto, por supuesto, era mentira. Pero Mackenzie sabía que, con sus defensas bien altas, Lutz iba a estar muy atenta a todo lo que le preguntaran. En otras palabras, no estaba haciendo nada para aliviar la mente de Mackenzie. En todo caso, Lutz estaba encajando cada vez más en el perfil a cada palabra que era intercambiada entre ellas.

“No he estado involucrada con grupos de escalada en varios meses”, dijo.

“¿Entonces por qué estabas siguiendo a Daniel Haskins?”.

Lutz retrocedió, como si la hubieran abofeteado en la cara. En esa respuesta, Mackenzie vio una de las emociones que había estado buscando desde que Lutz abrió la puerta. Vio culpabilidad. Vio miedo.

“No lo estaba siguiendo”, escupió Lutz.

“¿Conoces a un hombre llamado Charles Rudeke, por casualidad?”, preguntó Timbrook.

“No”.

Mackenzie no estaba segura de que Lutz estuviera diciéndoles la verdad. En ese momento, solo estaba respondiendo tan rápido como podía con la esperanza de sacar al agente del FBI y al sargento de la policía local de su porche.

“¿Estaría dispuesta a contarnos algunos de los motivos de sus frecuentes arrebatos en los bares locales?”.

“En realidad no lo estoy”, dijo Lutz. “No estoy orgullosa de mi comportamiento en ocasiones. Lidiar con esta lesión a veces me hace arremeter contra la gente. Una gran parte de mi vida me fue arrebatada el día que tuve mi accidente y, ¿sabéis qué? No....no necesito contaros nada de eso. Voy a pediros con mucha amabilidad que os vayáis”.

“Pero no hemos terminado con nuestras preguntas”, dijo Timbrook. “Puedes ayudarnos aquí o podemos hacer que vengas a comisaría a responderlas”.

“¿Por qué motivo, si me permites la pregunta?”, inquirió Lutz.

Antes de que Timbrook o Mackenzie pudieran responder, Mackenzie escuchó a Ellington acercarse por detrás. Al acercarse a los escalones del porche, dijo: “Agente White, ¿puedo hablar contigo un momento?”.

Su primera reacción fue pura rabia. Había metido su cabeza en su caso cruzando todo el país y dejando a su hijo con su alocada madre. Y ahora estaba interrumpiendo el interrogatorio de un sospechoso. ¿Acaso sus intentos de arreglar el día no tenían fin?

Mantuvo a raya su ira mientras se volvía hacia él. Se reunieron en la acera, Mackenzie mirándole fijamente mientras se paraba frente a él. Redujo la distancia entre ellos para poder hablar en susurros.

“¿Qué pasa?”, preguntó ella, prácticamente siseándole la pregunta.

“Waverly dice que acaba de terminar de hablar con alguien del

equipo forense. Ahora sabemos mucho más sobre esas dos huellas parciales de zapatos que tienes en tus archivos. Para empezar, es un zapato más bien pequeño. No más grande que una talla nueve y media o diez de hombres. Podría ser un zapato de mujer grande, pero los forenses no están seguros de eso todavía. En cuanto a la pesadez de la huella, estuvieron de acuerdo con tu teoría de que podría haber sido hecha por un excursionista que llevara una pesada mochila en la espalda. Pero como también parece que hay cierta inclinación en ambas huellas...”.

Mackenzie le interrumpió antes de que pudiera terminar, mientras se le ocurría una nueva teoría.

“Podría haber sido hecho por alguien que favoreciera un lado de su cuerpo”.

“El lado derecho, para ser exactos”, dijo Ellington. “Creen que hay una posibilidad de que las huellas hayan sido hechas por alguien que favorezca su lado izquierdo”. Luego asintió hacia el porche. “Tal vez por alguien con una lesión en la pierna izquierda”.

Eso fue suficiente para Mackenzie. Lentamente, volvió a subir las escaleras, asintiendo sutilmente con la cabeza a Timbrook.

“Lutz”, dijo Mackenzie. “Necesitamos que nos acompañes a la estación para responder algunas preguntas”.

“Pregunto de nuevo... ¿basado en qué?”.

“Sospechosa de estar involucrada en los eventos que causaron la muerte de tres escaladores locales”.

Una vez más, esa mirada de asombro cruzó su rostro. Pero Mackenzie apenas la vio. En vez de eso, estaba mirando los pies de la mujer, más específicamente, las desgastadas zapatillas New Balance que los cubrían.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Al principio, fue bastante fácil. Lutz vino con ellos tras nada más que una serie de maldiciones y pucheros de nivel preadolescente hasta comisaría. Ellington se sentó en la parte trasera del coche con ella, lo que, según Mackenzie, fue la razón de que se mantuviera tan civilizada. Sin embargo, en el momento en que llegaron a la comisaría y Mackenzie abrió la puerta trasera de pasajeros para Lutz, todo cambió muy rápidamente.

En el momento en que Lutz salió del coche, le dio un puntapié a Mackenzie en el tobillo con su pie derecho. Mackenzie se dobló, pero se agarró contra el costado del coche. Cuando Lutz intentó escapar, Mackenzie se acercó, la agarró y la golpeó contra el costado del coche, quizás con demasiada fuerza. Se sintió bien, pero también fue un movimiento sencillo que le mostró lo oxidada que estaba tras tomarse su permiso.

Lutz gritó cuando Mackenzie le inmovilizó el brazo por detrás de su espalda. Entonces le colocó un par de esposas, poniéndola oficialmente bajo arresto.

"Señorita Lutz, eso fue algo realmente estúpido", dijo Mackenzie. "¿Adónde planeabas huir?".

"¡No he hecho nada malo!".

"Excepto asaltar torpemente a un agente federal", dijo Timbrook.

Ellington se unió a ellas, e inmediatamente se puso al lado de Mackenzie, mientras ella se daba cuenta de que le estaba matando no poder controlarla. Había sido una simple patada, nada serio, y aun así, podía ver esa mirada de preocupación en su cara. Era una mirada que había visto mucho durante el embarazo y el parto, el aspecto de un hombre que mostraba una gran diligencia para asegurarse de que su esposa estuviera bien cuidada.

Timbrook tomó la delantera mientras se dirigían a comisaría, mientras que Mackenzie caminaba por detrás de ella para llevar a Lutz adentro. Ellington subió por detrás e incluso entonces, Mackenzie podía sentir su preocupación, como el calor del quemador de una cocina que acaba de apagarse.

El trío se separó cuando entraron en la estación. Mackenzie llevó

a Lutz directamente a la pequeña sala de interrogatorios en la parte trasera del edificio, mientras que Timbrook y Ellington se reunieron con Waverly para obtener copias impresas de los archivos forenses.

Dentro de la sala de interrogatorios, Mackenzie le dio a Lutz un pequeño empujón hacia la mesa. Había una silla a cada lado, pero Lutz no cogió una. En vez de eso, dirigió toda su atención a Mackenzie, con un gesto de desprecio que era uno de los más intensos que Mackenzie había visto en su vida.

"¿Disfrutas dando empujones a la gente lisiada?", preguntó.

"En realidad, no lo sé. Y por cierto, no parecías muy lisiada en el aparcamiento cuando me diste esa patada".

"No tienes derecho a traerme aquí"

"Tal vez tengas razón. Con suerte lo averiguaremos pronto".

Después de Mackenzie, Ellington y Timbrook entraron a la sala. Timbrook estaba mirando una de las impresiones de los archivos de Waverly. Se lo dio a Mackenzie cuando terminó de examinarlo.

"¿Qué es eso?", preguntó Lutz. Sonaba nerviosa... alterada.

Mackenzie escaneó el papel, detallando los hallazgos de las huellas de los zapatos. No había nada más que lo que Ellington ya le había dicho, pero verlo por escrito era mucho más condenatorio.

"¿Cuánto hace que tienes las zapatillas que llevas puestas?", preguntó Mackenzie.

"¿Qué?".

"¿Cómo son de viejas esas zapatillas?".

"No lo sé. Un año más o menos".

"¿Es ese el tipo de zapatilla que usabas cuando ibas a escalar?".

"No. Por lo visto, sabes una mierda sobre la escalada. Este calzado no es adecuado para eso. Las uso para hacer senderismo".

"¿Puedes hacer eso con tu rodilla mala?", preguntó Timbrook.

"Sí. Los médicos me han pedido que la ejercite más".

“¿Qué causó exactamente su accidente?”, preguntó Mackenzie.

Lutz agitó la cabeza, que ahora parecía echar humo. “No voy a responder más de sus preguntas. No hasta que consiga un abogado”.

“Bien. Lo que necesito es que me des una de tus zapatillas”.

“¿Por qué estás tan obsesionada con mis zapatillas?”, Lutz dijo, ahora furiosa. Tenía los ojos muy abiertos y temblaba de rabia. Mackenzie pensó que podría estar vislumbrando la versión de Lutz que había hecho tantas apariciones en los bares.

“Tenemos que compararlas con las huellas encontradas en la escena del crimen”.

Lutz se rió de esto, abofeteando con sus manos esposadas la mesa que tenía delante de ella. Inmediatamente, comenzó a quitarse las zapatillas por debajo de la mesa, riéndose todo el tiempo. Usando su pie derecho, literalmente pateó una de las zapatillas hacia ellas, golpeando a Timbrook en la pierna. Timbrook la recogió y miró al fondo. Su cara se aflojó por un momento y luego se lo mostró a Mackenzie.

Era una coincidencia.

O, al menos, parecía serlo. Incluso la mejor de las dos impresiones con las que tenía que trabajar no estaba del todo clara. Pero había más que suficiente visible para mostrar que las suelas de ambos zapatos eran prácticamente idénticas.

Lentamente, Timbrook se acercó a Lutz. Se arrodilló directamente al lado de la mujer e hizo todo lo posible por mirarla a los ojos. “Señorita Lutz... ¿cuándo fue la última vez que salió a caminar?”.

“Hace dos días”.

En la mente de Mackenzie, otro eslabón cayó en su lugar. La tenemos, pensó.

“¿Y adónde fuiste de excursión?”, preguntó Timbrook.

Lutz agitó la cabeza y empezó a reírse de nuevo. Esta vez, fue más bien una carcajada. Algo en el sonido hizo que Mackenzie subiera un poco la guardia. Cuando miraba a la mujer, solo empeoraba las cosas. Había algo en los ojos de Lutz que parecía confundido y distante. Era una mirada que ya había visto unas cuantas veces en los rostros de

personas que no estaban bien de la cabeza, personas que sufrían de algún tipo de desapego de la realidad.

“Respóndame, Lutz”, dijo Timbrook.

“Timbrook…”.

Pero la advertencia de Mackenzie llegó unos dos segundos tarde.

En medio de una carcajada, Lutz lanzó su cabeza hacia adelante. El sonido de un golpe seco llenó la habitación por un momento. Timbrook gimió mientras se caía hacia atrás, agarrándose la cara. Lutz cayó parcialmente hacia adelante sobre la mesa, como un niño aburrido en la escuela, aullando y riendo a la vez.

Mackenzie corrió hacia Timbrook mientras Ellington sujetaba a Lutz. Timbrook se estaba poniendo de pie, usando la pared como apoyo. Su mano cubría la parte inferior de su cara, pero Mackenzie ya podía ver la sangre.

“¿De dónde diablos salió eso?”, Timbrook farfulló entre su mano y la sangre.

“Silencio”, le dijo Mackenzie. “Siéntate e inclina la cabeza hacia atrás”.

Timbrook hizo exactamente eso mientras Mackenzie se arrodillaba a su lado. Mientras tanto, Lutz seguía riéndose, ahora con risas reprimidas. Ellington la puso de pie para presionarla contra la pared más lejana.

“¿Tenéis una celda en este lugar?”, le preguntó a Timbrook.

“Llévasela a Waverly o a Petry. Ellos se encargarán”.

“Ni hablar”, dijo Mackenzie, mientras le quitaba lentamente la mano a Timbrook de la cara.

La sangre salía de su nariz. La ligera inclinación a lo largo del puente inferior le indicab que la nariz de Timbrook estaba rota.

“¿Tienes náuseas?”, preguntó Mackenzie.

Timbrook agitó la cabeza. “Está rota, ¿eh?”.

“Sí, te ha dado bien”.

“Pero también la tenemos a ella, ¿verdad? Es ella...”.

Mackenzie dudó en decir algo al principio, pero luego vio la sangre en la cara de Timbrook y la hoja de papel con la foto de la huella del zapato en Devil’s Claw.

“Sí”, dijo finalmente. “Creo que podría ser. Creo que tenemos a nuestra asesina”.

***

Mientras llevaban a Timbrook al hospital para que le atendieran, Mackenzie y Ellington se sentaron en la pequeña sala de conferencias donde habían estado haciendo todo lo posible para ayudar a resolver este caso durante los últimos días. Ellington aún parecía distraído y de mal humor. Esto molestaba a Mackenzie, pero no más que la sensación de que ella y Timbrook se habían pasado de la raya sin saberlo. Y era una línea que ella debería haber visto.

“¿Qué tienes en mente?”, preguntó Ellington.

“El historial médico de Brittany Lutz. Sabemos que tuvo una conmoción cerebral, pero quiero saber cómo fue de grave. Quiero saber si pudo haber sufrido algún otro tipo de trauma cerebral. Allí cerca del final, justo antes de que le diera un cabezazo a Timbrook…”

“Sí, lo vi. Y esas risas”.

“Si ella es la asesina y resulta que tiene algún tipo de condición mental debido a ese accidente, es probable que se libre. Y la policía local y nosotros también podríamos estar en problemas”.

“¿Crees que es ella?”.

“Tiene sentido. Quiero decir, las pruebas se acumulan, hasta las huellas de los zapatos. Este nuevo signo de interrogación respecto a si ella podría o no tener algún tipo de trastorno mental hace que parezca todavía más probable. Pero hay algo en todo esto que me hace sentir mal. Y no sé lo que es”.

Agarró los papeles que tenía delante y los miró. Luego levantó su teléfono, abriendo una foto que había tomado del zapato de Lutz después de que la metieran a la celda de detención. El patrón era el mismo, así como el tamaño y la colocación del logotipo de New

Balance, con la mitad parcialmente recortada en la impresión. Después de mucho estudiar y mirar, eso estaba claro. Estudió los bordes justo donde se encontraban el talón y el arco. Podía haber alguna discrepancia, pero era demasiado difícil de decir debido al desgaste provocado por el pie.

Estaba desgastado porque favorecía ese lado, pensó. Incluso el impacto de la huella te dice que fue Lutz. ¿Por qué haces esto más difícil de lo que tiene que ser?

Ella sabía por qué. Era porque había algo que olía a chamusquina en todo esto. Y aunque todavía no sabía lo que era, era un sentimiento que había demostrado serle de utilidad en el pasado.

"Oye, ¿Mac?".

"¿Sí?".

"Te quiero. Lamento si arruiné las cosas al venir aquí para estar contigo. Al pensarlo ahora, no fue la mejor decisión. Creo que lo sentí en el avión. Pero todo esto de estar separados también es nuevo para mí. Y es más difícil ahora que tenemos un hijo, ¿sabes?".

Alargó la mano a través de la mesa para agarrar la suya. Ella se dejó llevar. Ella ni siquiera se había detenido a considerar cómo podría afectarlo su regreso al trabajo, especialmente en un caso en el que él no estaba involucrado.

"Le echo de menos", dijo Ellington. "Después de sólo un día, lo extraño. ¿Eso es una locura?".

"No. Yo también. Tanto que duele".

Ella le apretó la mano y se puso en pie. Miró por la ventana y vio que se acercaba el atardecer. "Vamos", dijo ella. "Quiero comer algo e ir a ver cómo está Timbrook".

Cuando se pusieron de pie y se dirigieron a la puerta, el alguacil Duncan se asomó por el marco. Parecía apurado, con la cara un poco roja y los ojos desconcertados. Pero cuando miró a Mackenzie, sonrió.

"Muy buen trabajo, agente White. Mis disculpas por mostrarme obstinado al principio".

"Lo que importa es que parece que tenemos a nuestra asesina".

“Parece que la nariz rota de Timbrook vale la pena a cambio, ¿eh?”.

Ella se mordió el primer comentario que se le ocurrió. En vez de eso, dijo: “Timbrook es una agente increíble. Su perspicacia es aguda y, a riesgo de parecer arrogante, está recibiendo muchos abusos, sutiles y no tan sutiles, de la mayoría de los hombres que hay aquí. Déjela hacer lo suyo, Duncan. Va a lograr grandes cosas si se lo permites”.

Duncan miró al suelo, asintió, y luego se apresuró a seguir su camino.

“¿Quieres salir de aquí?”, le dijo Ellington.

“Sí, hagámoslo. Cena, Timbrook, y luego a casa. A por Kevin”.

“Bueno, ya he comprobado los vuelos que salen de aquí. El más rápido sin varios vuelos de conexión no es hasta las ocho de la mañana”.

Se sorprendió a sí misma cuando se inclinó y lo besó. Fue breve pero apasionado y le recordó lo cálido que podía llegar a ser, lo cariñoso que podía ser como hombre. Y por eso, casi tenía sentido que él hubiera venido aquí para estar con ella. Se preguntó si había sido demasiado dura con él.

“Entonces supongo que tendremos que pasar la noche en mi habitación de motel”.

“Eso suena bastante bien”.

Salieron de la sala de conferencias y se dirigieron a la salida, agarrados de la mano. Pero incluso entonces, Mackenzie no pudo considerar el caso cerrado o decirse a sí misma que había llegado al final de un trabajo bien hecho. Algo le molestaba en el fondo de su mente, algo que le hacía preguntarse si la mujer parcialmente lisiada de la celda de detención sería capaz de matar.

Esa sensación persistente la persiguió hasta el final de la tarde y no la dejó en paz ni un momento.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Unos grillos y una especie de rana de árbol eran todo lo que podía oír. Sus propios pasos parecían ahogarse con su propia anticipación: sus propios deseos. Cuando se acercó a la base de la pared de roca, sintió que podría ser la única persona en el planeta. Alargó la mano y la tocó. Estaba caliente bajo su mano, a pesar de la temperatura más fría de la noche.

Se daba cuenta de que esto era arriesgado. Hacía menos de veinte horas que la policía había estado aquí, examinando el cuerpo de Charles Rudeke. El cuerpo, por supuesto, había sido retirado, pero todavía había algunas pequeñas señales de que su cuerpo había estado allí, así como los pies de la policía que había pasado por el lugar.

Todavía no podía creer que era un asesino. Más que eso, no podía creer lo natural que resultaba. Había sido duro la primera vez, cortar la cuerda de Mandy Yorke para verla caer después. Al menos entonces no había tocado a nadie. Sólo había cortado una cuerda antes de esconderse para ver los resultados.

Pero con Bryce Evans y luego Charlie Rudeke, había sido diferente. Había sido más intencional. Los había tocado, había hecho que fuera un evento con una vinculación más profunda. Sus muertes no habían sido consecuencia de un acto tan pasivo como cortar una cuerda. Les había puesto las manos encima. Los había matado, simple y llanamente.

Y se había sentido bien. A pesar de ello, se había sentido bien. No estaba seguro de por qué. Honestamente, ni siquiera estaba seguro de por qué estaba haciendo estas cosas en primer lugar.

Al principio, pensó que era envidia. Pero era algo más, algo a lo que no podía ponerle nombre. No sentía que esta gente merecía morir. Después de todo, no le habían hecho nada. Sin embargo, lo cierto era que tenían que morir. Si alguna vez iba a seguir adelante con su vida y superar sus propios temores, sabía que tendría que hacer algunas cosas drásticas.

Lo alarmante era que ahora, incluso después de haber matado a tres personas, el acto del asesinato no le parecía algo drástico.

Miró la cara de la pared de roca. La luz de la luna hacía que pareciera una especie de tumba o lápida masiva. Sonrió, poniendo sus

manos sobre una pequeña grieta y recordando lo que había sido trepar, levantarse del suelo y elevarse en el aire, con un equilibrio entre la vida y la muerte por encima y por debajo de él. Levantó la vista y se imaginó a sí mismo trepando. Se imaginó a sí mismo allá arriba sin cuerdas, sin arnés. Sólo sus manos, su corazón, su valentía.

Sin embargo, incluso ese mero pensamiento envió una punzada de miedo a través de su cuerpo. Se estremeció. Le hizo sentir débil e insignificante. Le hizo sentir una ira que nunca había aprendido a expresar correctamente.

Pero estaba aprendiendo. Y pronto, encontraría una forma de evitarla.

Incluso si se necesitara un cuarto, quinto o sexto asesinato, él dominaría su miedo y encontraría una manera de empezar a escalar de nuevo.

Y pensó que sabía exactamente dónde continuar.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Cuando Mackenzie y Ellington aparecieron en el hospital, Timbrook ya había sido dada de alta. Estaba firmando el último de sus documentos en el lado de los visitantes de una fila de mamparas de cristal en el vestíbulo central cuando los agentes la encontraron. Les estaba haciendo señas con una mano mientras sostenía una bolsa de hielo en su nariz con la otra. Sonreía entre dientes cuando los vio acercarse.

"¿Cuál es el veredicto?", preguntó Mackenzie.

Timbrook deslizó el papeleo hacia la mujer que estaba detrás de un tabique de cristal, se volvió hacia ellos y suspiró. "Me la rompió. Afortunadamente, no será preciso operar. Los médicos me la realinearon y solo necesito mantenerla congelada. No mentiré, lo cierto es que... duele como el demonio".

"¿Necesitas que te llevemos a casa?".

"No". Entonces sonrió tímidamente y añadió: "Tyler viene de camino a recogerme".

"Entonces, nos iremos de aquí", dijo Mackenzie.

"Está bien. Oye... me alegro de que hayas venido. Quería que supieras el placer que ha sido trabajar contigo estos últimos días".

"El placer fue todo mío".

"Gracias por el sentimiento, pero sé que estás lidiando con muchas cosas personales. Espero haber sido de alguna ayuda para cerrar este caso".

"Lo fuiste. Y no me callé lo bien que lo hiciste, le puse la oreja roja a Duncan".

"¿Por casualidad te gustan los abrazos?".

Mackenzie se encogió de hombros mientras Ellington se reía. "No me van mucho los abrazos".

"Aunque hago excepciones", dijo Mackenzie. Entonces se adelantó y le dio a Timbrook un breve abrazo amistoso. "Siga con el buen trabajo, sargento Timbrook".

Rompieron su abrazo y Mackenzie se dio cuenta de que estaba más ansiosa que nunca de volver a casa. Cuando pensaba en Kevin con la madre de Ellington se sentía realmente enfadaba, pero sabía que tenía que dejarlo pasar por ahora. Estaba aprendiendo que ella y Ellington tenían muchas cosas en las que trabajar ahora que eran padres.

Como si estuviera en el momento justo, vio a una niña mientras ella y Ellington se dirigían a las puertas de salida. Era una niña pequeña, sentada al lado de su madre. La niña estaba trabajándose el arte de atarse los zapatos, con la ayuda de una madre que parecía cansada. Los zapatos de la niña estaban estampados con uno de los ponis de My Little Pony, tanto en los costados como en la parte inferior. Eran unos zapatos extremadamente cursis, tan cursis que, por un momento, eran todo en lo que Mackenzie podía pensar.

Se centró en la suela del zapato de la niña, con la cara ligeramente en relieve de un pony. Tenían un aspecto único, eso era cierto. Pero también le hizo pensar en un zapato poco común en el que se había estado concentrando durante las últimas horas. Meticulosamente, comenzó a mirar alrededor de la sala de espera, tomando nota de los zapatos en los pies de todos. La mayoría usaba zapatillas de deporte, aunque había unos cuantos slip-ons estilo Crocs e incluso una mujer que llevaba un par de tacones altos. Pero en cuanto a las zapatillas, se sorprendió al ver lo similares que eran todas. Vio marcas familiares, incluyendo varios pares de New Balance, que por supuesto trajeron a la mente las zapatillas de Brittany Lutz.

"Mac, ¿estás bien?", preguntó Ellington.

"Sí", contestó ella al llegar a las puertas automáticas y atravesarlas.

"Conozco esa mirada. No estás completamente contenta con la forma en que todo esto ha terminado, ¿verdad?".

"Aún no lo sé".

"¿Crees que podría ayudarte ir a cenar?".

Asintió, aunque su mente estaba en otra parte. Estaba pensando en zapatillas, pero más importante aún, estaba pensando en cómo una mujer con una rodilla permanentemente dañada podría subir y bajar por los mismos senderos con los que ella misma había tenido dificultades. Luego consideró los bordes descoloridos y desgastados de las huellas que habían estado estudiando en este caso y, lentamente,

Mackenzie pudo ponerle un nombre a ese sentimiento que la había estado molestando desde que Lutz entrara a una celda de detención.

Ese sentimiento persistente era la duda.

***

Había una sensación de tibieza en el aire entre ellos mientras se acomodaban en el hotel para pasar la noche. Era un acuerdo tácito que ambos podían sentir: que no habría reconciliación sexual entre ellos. Típicamente, Mackenzie era la iniciadora en el aspecto físico de su relación y aunque estaba dispuesta a hacerlo físicamente, no podía llegar allí emocionalmente. Era otra pista más de que tenían algunas cosas en las que trabajar.

Mackenzie no se sorprendió en absoluto de que le resultara difícil quedarse dormida. Aunque le sentaba increíblemente bien tener a Ellington allí después de tres noches sin él, tenía la mente revuelta. Se preguntaba cómo le iba a Kevin con la madre de Ellington. Se preguntaba cómo estarían manejando el alguacil Duncan y el resto de sus fuerzas el repentino arresto de Brittany Lutz como principal sospechosa de los tres asesinatos recientes.

No obstante, también estaba pensando en las zapatillas y en el tipo de mentalidad que se necesitaba para que alguien se emocionara al escalar montañas. Sentía que podía identificarse con ella porque, como los recuerdos que estaban resurgiendo en su propia mente, en cierta ocasión se había metido en ello. Y mientras yacía despierta, mirando a la oscuridad, empezó a comprender que su duda provenía de ese lugar. Sentía que estaba empezando a malinterpretar la mentalidad de los escaladores.

Una vez que las piezas habían empezado a encajar y el final del caso parecía estar justo en el horizonte, se había permitido asumir que el asesino probablemente estaba atacando por celos o envidia. Aunque suponía que eso podría ser fundamentalmente cierto, había algo al respecto que no parecía tener sentido. Escalar una montaña o una simple cara de roca, incluso el acto de llegar a la cima de una roca y asomarse a algún precipicio alto como Devil's Claw no solo requería de valentía y habilidad.

También tenía que ver con la adrenalina y la ausencia del miedo a los que la mayoría de los humanos de pensamiento racional tendían

a aferrarse. Le hacía pensar que el asesino podría no haber estado matando por celos en absoluto. Tal vez había alguna otra razón.

Cuando se dio la vuelta y vio que eran las dos y cuatro minutos de la madrugada, se dio cuenta de que era probable que el sueño no llegara. Esperaba quedarse dormida rápidamente, volver a casa lo más rápido posible y tomar a Kevin en sus brazos. Pero aquí estaba, obsesionada con un caso que cualquier otro hubiera considerado cerrado.

Sin embargo, no podía llegar allí todavía. A decir verdad, cuanto más lo pensaba, más empezaba a creer que Brittany Lutz no merecía estar en la celda en la que se encontraba en este instante. En todo caso, necesitaba algún tipo de ayuda psicológica.

Mackenzie se levantó tranquilamente de la cama y cogió su teléfono. Como no quería despertar a Ellington y no había metido sus auriculares en la maleta, se fue al baño y se sentó sobre el inodoro cerrado. Sacó los archivos de audio de Charles Rudeke y comenzó a escucharlos de nuevo. Sólo tenía una ligera idea de lo que estaba buscando y, sinceramente, ni siquiera estaba segura de que lo encontraría.

Escuchó el archivo donde él hablaba sobre la sensación de ser seguido. Mackenzie se preguntaba si esta podría haber sido Brittany Lutz, acechando de nuevo a otro escalador. O quizás Brittany Lutz era un caso especial; quizás sólo había seguido a Charles.

Pero, ¿por qué? No había ninguna conexión obvia entre los dos....

Este hilo de pensamiento se descarriló cuando llegó a la sexta grabación, fechada hacía poco más de cinco semanas. Cuando se dio cuenta de la profundidad de la entrada, la empezó a escuchar de nuevo y la reprodujo desde el principio. Ella escuchó atentamente mientras la voz de Charles Rudeke llenaba el baño.

“Tamara nunca entendió por qué hago esto. Y ojalá pudiera explicárselo. Ojalá pudiera explicarle que uno se siente como si estuviera conquistando algo, incluso en las subidas más pequeñas. Sé que ella no lo ve como otra cosa más que un hombre adulto disfrutando de aventuras infantiles. Cree que es inmaduro. Nunca lo ha dicho, pero creo que ése es el caso.

“Hoy empecé a trazar la ruta hacia la cima de Devil’s Claw. Creo que va a ser relativamente fácil. La voy a subir por un lado que nadie más ha hecho antes. Comienza por este extraño senderito que vuelve a

subir por el lado este de la pared rocosa. Probablemente añadirá veinte minutos más a la escalada, pero hay un montón de asideros naturales a lo largo del camino. Algunos tipos en el bar decían que la subida por este lado es un poco más difícil, pero no lo creo así. Creo que saldrá bien. Sólo necesito practicar el cambio a mitad de camino y trabajar para volver a ponerme al día con mi entrenamiento en el tablero para los dedos.

"Puede que esta sea la última vez que intente que Tamara se interese en esto. Algunos de los chicos que he conocido en las reuniones hablan de lo que se excitan sus esposas y novias por el hecho de que escalan. Tamara necesita salir con algunas de estas mujeres. No sé cuál es su problema. Ojalá pudiera explicarle el subidón de adrenalina, la sensación de claridad... la sensación de que acabo de hacer algo que no todo el mundo puede hacer. Yo era uno de esos principiantes que se congelaron a tres metros del suelo y que nunca volvieron a escalar. Pensar en lo lejos que he llegado y no poder compartir eso con ella.... es una mierda".

Mackenzie detuvo la grabación y pensó en los últimos comentarios.

...la comprensión de que acabo de hacer algo que no todo el mundo puede hacer....

...esos principiantes que se congelaron a tres metros del suelo y nunca volvieron a escalar....

Brittany Lutz parecía una buena sospechosa porque había sido herida y le habían quitado algo que amaba. Añade un posible traumatismo craneal, y parecía encajar bien. Pero, a pesar de ello, había que tomar en consideración el asunto de su pierna lesionada. Incluso si hubiera estado acechando a Charles Rudeke y a otros escaladores, no había evidencia de que lo hubiera hecho más arriba en senderos más duros o en las cimas de las escaladas más altas.

Volvió a la habitación y cogió el archivo del caso. Miró el reloj de la cabecera de la cama, que decía dos treinta y siete, y luego el de Ellington. Lo besó suavemente en la frente y luego arrancó una hoja de papel de la libreta de notas de la mesita de noche. Garabateó una nota rápida que decía "En comisaría", y la puso a su lado de la cama.

Volvió a salir en medio de la noche, hacia el coche que le había prestado el departamento y que había estado totalmente preparada para devolverles por la mañana. Sin embargo, al volver a ponerse al

volante, tuvo la sensación de que Ellington y ella podrían perder su vuelo de la mañana, aunque eso fuera algo secundario en ese momento. En vez de eso, estaba pensando en escaladores primerizos, escaladores que se dieron cuenta a varios metros de altura que temían demasiado el acto como para llevarlo a cabo.

Pensaba en alguien que estaba muy seguro de sí mismo, y que de repente se sentía paralizado por el miedo, y en cómo debía de sentirse.

Para cuando estaba a mitad de camino de comisaría, esto empezó a tener mucho sentido para ella. Y empezó a pensar que Brittany Lutz no era la asesina.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

La comisaría estaba tranquila cuando llegó Mackenzie. Había una pequeña mujer sentada en el escritorio de comunicaciones y dos policías que aún no había conocido sentados a sus escritorios, revisando archivos y casos. Mackenzie sabía que al menos habría otros tres agentes de patrulla. Esto le hizo preguntarse si habría algún oficial de guardia para gestionar el confinamiento y las necesidades de Brittany Lutz.

Mackenzie llevó los archivos de su caso a la parte trasera del edificio para instalarse en la oficina improvisada que había estado usando. Cuando llegó allí, se sorprendió al ver la puerta abierta y la luz encendida. Cuando entró, vio a Timbrook sentada a la mesa. Estaba estudiando algunos archivos, uno de los cuales era una copia de las fotos de la huella de la zapatilla de la Vista de Logan y de Devil's Claw.

Levantó la vista cuando Mackenzie entró en la habitación. Sorprendentemente, no parecía cansada. En todo caso, parecía avergonzada de que le hubieran sorprendido trabajando a esas horas. Su nariz estaba gravemente magullada debido al ataque de Lutz, pero los médicos la habían cosido bastante bien.

"¿Nos sentimos nocturnas hoy?", preguntó Mackenzie mientras se sentaba a la mesa.

"Sí, no podía dormir".

"Pensé que ibas a casa de Tyler".

“Y lo hice. No quería mantenerlo despierto, así que vine aquí. Pensé en ir a hablar con Lutz, pero lo pensé mejor. Todavía estoy un poco cabreada por mi nariz”.

“Creo que debemos alejarnos de ella hasta que pueda someterse a una evaluación psicológica de todos modos”, dijo Mackenzie. “¿Qué es exactamente lo que estás buscando ahora mismo?”.

“No lo sé. Algo resulta un poco raro. Siento como si nos hubiéramos perdido algo”.

“Por eso estoy aquí”.

“¿Qué tienes?”, preguntó Timbrook.

Mackenzie pasó los siguientes minutos explicando cómo estaba empezando a pensar que la coincidencia de los zapatos podría deberse al azar. Hasta que alguien pudiera llevar la zapatilla de Lutz a las escenas y colocarlas una al lado de la otra, no había manera de estar absolutamente seguros de que fueran una pareja perfecta en tamaño. Luego explicó cómo estaba empezando a pensar que los métodos y la selección de víctimas por parte del asesino no eran obra de alguien que usaba la envidia como plataforma, sino el miedo, tal vez un miedo a las alturas y a la escalada que podría haberse convertido en envidia, pero no en una forma orgánica de la misma. Terminó con la especulación de que, aunque Lutz admitiera que le gustaba el senderismo, no tenían pruebas de que su rodilla destrozada le permitiera tomar los senderos más aventureros que la llevarían a lugares como la parte superior de Devil’s Claw.

“Sobre las zapatillas”, dijo Timbrook. “Waverly me dejó una nota en los archivos después de que me rompieran la nariz. Dijo que investigó un poco y descubrió que el diseño en la parte inferior de la huella de la zapatilla en esos dos sitios probablemente sea el mismo que el de las zapatillas de Lutz. Pero lo que también encontró es que este patrón particular se encuentra en la parte inferior de tres diseños de zapatos diferentes lanzados por New Balance, y dos de ellos estuvieron entre los más vendidos de la compañía durante el último año. Lo que significa que incluso si coinciden exactamente, no es tan importante como pensábamos”.

“Así que digamos que empezamos de cero en esto”, dijo Mackenzie. “Si asumimos que este nuevo perfil es el correcto, ¿por dónde empezaríamos a buscar?”.

Tenía algunas ideas propias, pero quería darle a Timbrook la oportunidad de salir de su actitud de derrota. Un caso que resolver, una nariz rota… la chica necesitaba que le dieran unos ánimos.

“Creo que sería alguien que al menos ha intentado escalar en el pasado, pero que al final ha fracasado. Y no fracasó como Lutz….sino que tal vez se acobardara. Y seguramente no se trate de alguien con una actitud muy social. Alguien que no va a ir a pedirle ayuda a otros. Así que seguramente sea alguien que nunca tomó lecciones”.

“Me gusta eso, aunque yo estaba pensando más bien en alguien que tomó clases, pero quizás no por mucho tiempo. Aunque no tomes lecciones, necesitas al menos familiarizarte con las cuerdas, la terminología, los estándares de seguridad”.

“Así que tal vez comencemos a buscar por ahí, preguntando a los instructores sobre los estudiantes que nunca lo consiguieron porque se congelaron”.

“Exactamente”, dijo Mackenzie. “Hace que me pregunte a qué hora se despierta nuestro amigo Lance Tyree. Creo que sería un lugar razonable para empezar”.

“Son sólo las tres y diez de la mañana”, señaló Timbrook.

“Así que démosle tres horas. Mientras tanto… ¿prefieres un café o una siesta?”.

“Café. Pero mira… cualquier cosa que pase de aquí en adelante, solo soy un apoyo. Los médicos me dijeron que no debería hacer nada agotador durante un par de días. No había signos de conmoción cerebral, pero quieren ir sobre seguro”.

“No te preocupes. No es como si fuéramos a escalar montañas o algo así”.

Era una mala broma, que resultó en una risita suave por parte de ambas cuando Timbrook se puso en camino para empezar a preparar una taza de café.

***

Timbrook llamó a Lance Tyree poco después de las seis. Debido a que ya había estado despierto (era uno de esos tipos que se levantaba

ridículamente temprano para hacer ejercicio), programar una reunión a primera hora de la mañana con él fue más fácil de lo que cualquiera de ellas había esperado. Organizaron una reunión en una cafetería a pocas manzanas de la casa de Tyree. De camino, Mackenzie llamó a Ellington, no sólo para informarle, sino para hacerle saber que sus puntos de vista sobre el caso habían cambiado.

"Haces esto muchas veces", dijo. "Eso de proponer algún tipo de razonamiento cerca del final de un caso, normalmente cuando la mayoría de la gente que trabaja contigo piensa que el caso está cerrado y resuelto".

"Oh, ya lo sé. Pero, ¿cuántas veces da resultado?".

Se rió y dijo: "La mayor parte del tiempo. Así que supongo que no vamos a tomar nuestro vuelo".

"Lo siento".

"Oye, este es tu caso. Aparecí para desviarlo todo de su curso. ¿Qué necesitas que haga mientras tanto?".

"Que trabajes con el alguacil Duncan para asegurarte de que Brittany Lutz reciba una evaluación psicológica adecuada. Si mi corazonada es correcta, la librarán de los cargos de asesinato al final del día... aunque todavía estará acusada de atacar a un oficial y a un agente federal".

"De acuerdo. Manténgame informado sobre esta reunión con Tyree".

Cuando terminaron la llamada, Mackenzie todavía tenía la sensación de que él todavía sentía que ella había sido injusta con él después de que él viniera el día anterior. Sin embargo, eso era un problema para otro momento; tendrían todo el vuelo de regreso a DC para trabajar en esas cosas.

Llegaron a su reunión con Tyree justo a tiempo, y se sentaron en un rincón con él a las seis y cuarenta y cinco. Parecía bastante contento, y por lo visto no le había molestado que le llamaran a una hora tan temprana.

"¿No fui suficiente ayuda antes?", bromeó mientras todos se acomodaban.

"Ese no es el caso en absoluto", dijo Timbrook. "Tenemos otra vía

que investigar y esperábamos que nos empujara en la dirección correcta”.

“Ciertamente puedo intentarlo”.

“¿Puedes recordar a alguien con quien trabajaste que sólo durara una lección o dos?”, preguntó Mackenzie. “Particularmente alguien que podría haberse congelado una vez que despegó del suelo?”.

“Bueno, hay muchos principiantes que se levantan del suelo y se enfrían. Los peores son los que están todos entusiasmados y confiados hasta unos treinta metros más o menos y luego deciden que es demasiado. Es un infierno bajarlos”.

“Estoy buscando a alguien que podría haberlo tomado mal y no volver nunca. Alguien que puedas recordar que estaba visiblemente molesto o frustrado. ¿Alguien así se te destaca?”.

“En realidad, sí. Un tipo llamado Aaron Pinkett. Es un tipo mayor.... poco conocido por aquí porque es uno de esos tipos que trata de vivir fuera del sistema”.

“¿Cuál fue tu experiencia con él?”.

“Me contrató para ser su instructor hace un año más o menos. Ese primer día repasamos lo básico. Le enseñé sobre cuerdas, algunos nudos básicos, el tipo de equipo que necesitaría comprar. Pero, como todos mis novatos, les dejé probar la escalada para enviarlos a casa entusiasmados. Una simple subida de 15 metros por el lado oeste de Exum Ridge. Es súper simple... un buen lugar de entrenamiento para principiantes. Pero Aaron escaló unos 5 metros y se congeló. Lo que quiero decir es que se puso rígido. Tuve que hablar con él un buen rato para que bajara. Bajó y lo intentó de nuevo, con el mismo resultado. Le dije que podríamos volver a ello más tarde, tal vez en otro momento. Pero dijo que no podía hacerlo”.

“¿Y eso ha pasado antes con otros clientes?”.

“Claro. Unos cuantos lo prueban y deciden que no es para ellos. Pero la razón por la que Aaron sobresale en mi mente es porque lo vi unas cuantas veces después de eso. Yo estaba en el parque con los clientes y lo veía sentado o de pie alrededor de sitios de escalada populares viendo a la gente escalar”.

“¿Alguna vez causó problemas?”.

“Ninguno que yo sepa. Pero voy a deciros algo... estaba solo a 5 o 6 metros de altura y estaba aterrorizado. He visto a la gente asustarse, pero él estaba loco de miedo”.

“Dijiste que vive fuera del sistema. ¿Sabes por qué?”

Ni idea. Durante la pequeña charla que tuvimos los dos durante esa lección, me dio la sensación de que es un recluso, ¿sabes? No estaba casado, no tenía amigos de verdad. Dijo que estaba interesado en escalar solo para hacer algo diferente. Cuando traté de indagar más a fondo, no le gustaban los detalles. Siempre me gusta saber por qué quiere empezar a escalar cada persona. Me ayuda a entender su personalidad cuando les enseño. Pero Aaron no era muy hablador. Probablemente tenía unos cuarenta y cinco años cuando nos conocimos. Y estaba muy decidido… solo quería probar algo nuevo”.

“¿Alguna vez trataste de hablar con él en alguna de esas ocasiones en que lo viste?”, preguntó Timbrook.

“Una o dos veces. Pero era frío... distante. Me imaginé que estaba viendo a todos los demás hacer algo que él no era capaz de hacer, ¿sabes?”.

El comentario envió unos escalofríos a través de Mackenzie al recordar la parte de la grabación de audio de Charles Rudeke que la había puesto en el curso actual.

“¿Alguna posibilidad de que sepas dónde vive?”, preguntó Mackenzie.

“Tengo una idea aproximada, sí. Como dije... es bastante conocido porque vive fuera de la red. Es una especie de chiste con los lugareños, pobre tipo”.

“Una cosa más”, dijo Mackenzie. “Cuando tratas con clientes que se asustan una vez están ahí arriba... ¿qué porcentaje termina superando ese miedo y acaba subiendo?”.

“Honestamente, diría que la mitad. Quizá justo en el medio”.

“¿Entonces estás diciendo que Aaron Pinkett estaba más asustado que cualquiera con quien hubieras trabajado antes?”.

“Sí... tanto que me asustó a mí. Cuando finalmente lo bajé...”.

“¿Qué pasa?”, preguntó Timbrook.

“Bueno, era casi como si se hubiera ido… era casi como si el tipo con el que había hecho unos nudos hacía sólo quince minutos hubiera salido y alguien más hubiera ocupado su lugar”.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Una vez más, Mackenzie se encontró a sí misma como pasajera en un coche patrulla, yendo por caminos secundarios que serpenteaban alrededor de las montañas. Las indicaciones que Tyree les había dado parar ir a la residencia de Aaron Pinkett los llevaron en la misma dirección del sendero Heinz y Devil's Claw, pero un poco más al sur. Los caminos que atravesaron pasaron de estar pavimentados a ser de tierra, para luego volver a estar pavimentados, y entonces, en cierto momento, bajaron por un camino trasero cubierto de grava. Mackenzie asumió que parte de la tierra era propiedad del Parque Nacional Grand Teton, solo que no de los terrenos del parque, debido a las pequeñas parcelas de tierra que contenían montones de grava, tierra y mantillo para el mantenimiento de los terrenos. El parque estaba, después de todo, a solo una milla o más de la carretera en la que se encontraban actualmente. El camino parecía bordear el límite de la propiedad del parque antes de sumergirse más adentro.

Tyree les había dicho que estuvieran atentas a una vieja camioneta Toyota negra. Los lugareños la habían identificado como perteneciente a Aaron Pinkett, aunque se creía que la cabaña en la que residía estaba a unos 400 metros de donde aparcaba su camión. Mientras Timbrook llevaba el coche patrulla por una curva parcialmente empedrada, vieron el camión negro a la salida de la carretera, aparcado en lo que parecía una especie de vieja extensión, de las que utilizaban los vehículos que habían ido demasiado lejos por estos caminos traseros olvidados y que necesitaban dar la vuelta.

Timbrook se metió al pequeño espacio que había junto al camión. Cuando Mackenzie salió, se dio cuenta de que era un sitio inteligente para intentar esconder un vehículo. Solo lo habían visto porque lo estaban buscando. Los transeúntes ocasionales probablemente ni siquiera lo verían o, al menos, lo verían fugazmente mientras pasaban por aquí.

Había un sendero obvio delante del punto de aparcamiento. Atravesaba un denso grupo de árboles antes de que el suelo tocara fondo en una pequeña y árida franja de tierra. Allí, los árboles más pequeños alcanzaban el cielo, haciendo muy poco para esconder el campo ligeramente cubierto de vegetación. Debido a la caída del suelo y a las dos capas de árboles, el campo no se podía ver desde la carretera. Y en realidad, no había mucho que ver. Tenía quizás treinta yardas de ancho y cincuenta pies de profundidad. Al acercarse,

Mackenzie vio que no era tanto un campo como una sección de tierra que había sido limpiada por los madereros en algún momento, en ruinas y cubierta de hierba alta y vegetación.

No obstante, en medio de ella, había una pequeña cabaña. En realidad, llamarlo cabaña era generoso. Parecía más bien un cobertizo. Era obvio que no había visto ni un ápice de construcción profesional. El área donde el techo se encontraba con la pared frontal estaba cubierta en algunos lugares por tiras de lo que parecía ser una lona negra. Había una pequeña mesa de picnic desgastada a un lado, junto a una sola silla de plástico. A una buena distancia de la pequeña vivienda, había una fogata hecha a mano, compuesta por fragmentos de bloques de ceniza y grandes rocas de río. Tenía una sola olla junto a una de las rocas, y parecía algo salido de un viejo documental de expansión hacia el oeste.

"Hijo de puta", dijo Timbrook.

"¿Conoces este lugar?".

"No, pero hemos oído hablar de un tipo que vive en el bosque. Sin quejas, solo rumores. Hemos estado recibiendo informes durante un año más o menos, pero como él nunca causó problemas, nunca lo investigamos".

"Sin quejas. Suena prometedor".

Mackenzie comenzó a dar un paso adelante, pero se distrajo con un sonido por detrás de ellas. No estaba segura, pero sonaba como la puerta de un coche cerrándose. Se volvió en esa dirección, pero el bosquecillo de árboles le hacía imposible ver el lugar donde habían aparcado.

"¿Crees que tiene una visita?", preguntó Timbrook.

En ese momento, Mackenzie sintió que su teléfono vibraba en su bolsillo. Lo sacó y vio que tenía un mensaje de texto. Cuando lo leyó, no pudo decidir si quería reírse o gritar de frustración.

El texto decía: No dispares. Solo soy tu marido.

"¿Qué pasa?", preguntó Timbrook.

"Que esto sea la prueba A para ti. Razones para no casarse".

Permanecieron donde estaban hasta unos veinte segundos

después, cuando pudieron ver a Ellington apareciendo entre los árboles. Parecía cauteloso al acercarse, como si supiera que probablemente había cabreado a Mackenzie.

“¿Qué haces aquí?”, le preguntó ella, en tono molesto.

“Conozco tu instinto lo suficientemente bien como para saber que, si te fuiste tan temprano por la mañana, estarías metida en problemas”.

“¿Qué hiciste? ¿Seguirnos?”.

“No. Te acabo de rastrear en mi teléfono”.

Se frotó la cabeza con frustración. Ella quería arremeter contra él; era un poco vergonzoso, especialmente aparecer como si necesitara a su marido a su lado mientras estaba frente a una mujer tan capaz como Timbrook. Por otro lado, tal vez su repentina aparición fuera lo mejor. Si Timbrook había sufrido algún tipo de conmoción cerebral menor por el golpe de Lutz de anoche, no tenía nada que hacer aquí. Aunque todo resultara acabar en nada, no tenía sentido que ella se estresara.

“Odio tirar del rango aquí”, dijo Mackenzie, mirando a Timbrook. “Pero quiero que vuelvas al coche. No quiero que te arriesgues a más lesiones. Ellington y yo estamos bien a partir de aquí”.

Timbrook parecía decepcionada e incluso un poco dolida. Pero, al final, asintió con la cabeza. “Llama si algo sale mal”, dijo.

Mackenzie asintió con la cabeza, pero Timbrook ya se había girado hacia el bosque y el coche más allá, tal vez para ocultar una expresión que mostraba cómo se sentía realmente sobre la situación.

Cuando estaba lo suficientemente lejos como para distanciarse de la tensión, Mackenzie se acercó a Ellington. “Estoy un poco molesta de que estés aquí”.

“¿Entonces por qué pareces tan aliviada?”.

“Tal vez porque me arrepiento de haberme ido sin despertarte esta mañana. Yo también estaba cabreada contigo entonces”.

“Veo un patrón aquí...”.

“Sí, hay un patrón. Y podemos discutirlo más tarde. Por ahora...”.

“Lo sé. Waverly me informó por teléfono. Dijo que Timbrook llamó para ponerlo al día. El tipo que vive aquí es un solitario, ¿verdad? Que se quedó congelado tras unas cuantas lecciones, y empezó a obsesionarse con los escaladores”.

“Algo así. ¿Estás listo para irte?”.

Sólo asintió con la cabeza y comenzaron a caminar más cerca del pequeño edificio en forma de cobertizo. A medida que se acercaban, vio que la puerta se mantenía en pie básicamente gracias a unas viejas bisagras oxidadas que habían sido clavadas en un viejo marco agrietado. El lugar estaba tan deteriorado que se preguntó si estaban en el lugar correcto. Ciertamente nadie podría vivir en un estado tan fuera del sistema como este.

Al acercarse al edificio, Mackenzie dejó de caminar. A la izquierda y más atrás, pensó que había oído algo. Tal vez un ciervo cruzando el bosque, tal vez solo el viento que pasaba a través de las ramas.

Pero luego lo escuchó de nuevo y supo de inmediato lo que era. Era difícil de decir debido a los sonidos apagados del bosque y de los árboles que había por todos lados, pero estaba allí. Un ligero crujido, seguido por unas pisadas.

Y todo venía de detrás de la pequeña estructura en forma de cobertizo.

“Se está moviendo”, dijo Mackenzie.

Salió corriendo hacia el lado derecho del edificio. Ellington hizo lo mismo, adelantándose a ella. Hubo un momento en el que su corazón se estremeció, al verse una vez más en acción con Ellington a su lado, pero el peligro potencial de la situación hizo que esa sensación de calidez se desvaneciera muy rápidamente.

Ya sea que se diera cuenta o no, Ellington tomó la delantera cuando se echó a correr por delante de ella. Estaba sacando su arma y corriendo junto a la pared exterior para cubrirse. Mackenzie apenas tuvo tiempo de irritarse por esto. Al acercarse a la esquina trasera de la vivienda, oyó un golpe y luego un gruñido amortiguado de Ellington.

Cuando Mackenzie se acercó al lateral del edificio, vio a un hombre de pie en la esquina. Sostenía un bate de béisbol de madera y se inclinaba hacia Ellington, que estaba de rodillas tratando de

ponerse de pie, jadeando en busca de aire en el suelo. El hombre estaba levantando el bate por encima de su cabeza, preparándose para golpear a Ellington mientras todavía estaba en el suelo.

"¡Suéltalo!", gritó Mackenzie mientras sacaba la Glock de su funda. El hombre redirigió su mirada hacia ella y en lugar de derribar el bate con un golpe mortal en la cabeza de Ellington, lo lanzó hacia adelante. Llegó, tambaleándose de extremo a extremo, y le dio directamente a la cara de Mackenzie. Ella tuvo un segundo para decidir: disparar al hombre o evitar que el bate le aplastara la cara.

Levantó las manos, mientras el bate golpeaba la parte inferior de su brazo derecho. Una sensación de hormigueo como agujas y alfileres subió en espiral por su brazo mientras el bate rebotaba antes de caer al suelo.

Pronunció una maldición y trató de sacudir la sensación en su brazo mientras el hombre salía corriendo hacia el bosque detrás de la cabaña.

Mackenzie se adelantó y se arrodilló ante Ellington... Afortunadamente, el golpe no le había golpeado la cabeza ni la cara. Se doblaba del dolor, agarrándose el abdomen y jadeando.

"¿Dónde te pegó?", preguntó ella.

"Estómago. Costillas....tal vez. Maldita sea...".

Mackenzie miró hacia la línea de árboles detrás del cobertizo. El atacante, supuestamente Aaron Pinkett, ya había llegado a los árboles. Volvió a mirar a Ellington y frunció el ceño. "Voy a ir tras él".

"Mac...".

Ella lo besó en la mejilla y se puso de pie. Tardó otros cinco segundos en sacar su teléfono. Buscó el número de Timbrook y en el momento que le contestó, Mackenzie la cortó antes de que pudiera siquiera saludarla.

"Ellington ha caído, Pinkett ha huido. Llama para pedir refuerzos y luego ven a ayudar a Ellington, por favor".

Colgó antes de que Timbrook pudiera pronunciar una sola palabra. Miró a Ellington por última vez antes de dirigirse hacia la línea de árboles.

“¡Mac!”. La voz de Ellington era tensa y urgente.

“¿Qué?”, le siseó, sintiendo como unos preciosos segundos se escabullían mientras Pinkett escapaba hacia el bosque.

“Lo siento”, gruñó. “Te quiero”.

“Yo también te quiero”, dijo, sin darse cuenta de lo mucho que eso significaba hasta que las palabras salieron de su boca.

Luego se volvió hacia los árboles y se fue en busca de Pinkett, con su arma prestada y sus pies ansiosos por la persecución.

CAPÍTULO TREINTA

Si Aaron Pinkett era realmente responsable de las tres muertes de los escaladores, no estaba haciendo mucho respecto a mantener cierta discreción. No hizo ningún intento de escapar en silencio. Se fue corriendo por el bosque, lo que le hizo más fácil a Mackenzie seguirlo. El único obstáculo era que él estaba lo bastante lejos de ella como para estar fuera de su vista; tenía que confiar solo en el sonido para seguirle la pista. Tenía que parar a cada paso para asegurarse de que iba en la dirección correcta.

Había estado corriendo no más de treinta segundos cuando se dio cuenta de que podría haber sido una tontería ir corriendo detrás de él. Pinkett conocía este bosque mucho mejor que ella. Esto se hizo evidente de una manera inquietante cuando empezó a ver pequeños senderos que se abrían a ambos lados de la ruta en la que se encontraba actualmente.

Esto le dijo varias cosas, y ninguna de ellas la hizo sentir especialmente segura. Primero, era prueba de que conocía tan bien estos bosques que tenía una pequeña red de senderos detrás de su destartalada casa. También la hizo preguntarse dónde llegaban estos senderos. Recordó el sendero donde habían descubierto el pequeño nido de amor de Tim Wyatt.

Si un asesino tuviera acceso a esta red secreta de senderos, podría tener fácil acceso a cualquier punto de escalada en el área. Más que eso, también tendrían rutas de escape convenientes para alejarse de la escena lo más rápido posible.

Mackenzie se detuvo de nuevo, ladeando la cabeza para escuchar el sonido del progreso de Pinkett a través del bosque. Una vez más, lo localizó fácilmente, por uno de los senderos que se bifurcaban frente a ella, en ángulo recto a la izquierda.

Mientras lo seguía, se dio cuenta de que el suelo empezaba a elevarse ligeramente. Estando así de cerca de las montañas y los acantilados del Grand Teton, supuso que tenía sentido. Pero una vez más, la hizo sentir como si estuviera caminando directamente hacia una especie de trampa planeada. Y a cada zancada de pánico que daba, más segura estaba de que él era culpable de algo, aunque sólo fuera de golpear a un agente federal con un bate de béisbol.

El sendero en el que estaba se bifurcaba de nuevo después de

otros treinta segundos más o menos, pero podía oír fácilmente a Pinkett trepando entre los árboles que había delante. La inclinación hacia el suelo se hizo un poco más severa, pero parecía no tener problemas para mantener el ritmo y dejarla atrás. Probablemente también ayudaba el hecho de que él conociera el terreno mucho mejor que ella.

El sendero se inclinaba hacia la derecha, y la pendiente se volvió un poco más dura. Mackenzie tuvo que encorvarse, usando sus manos para agarrar las raíces que afloraban para ayudarse a seguir adelante. Se detuvo un momento para asegurarse de que todavía podía oír el progreso de Pinkett a través del bosque.

No había nada... sólo un pájaro piando en algún lugar cercano. Pero en términos de pisadas o ramas que se rompieran o que colgaran bajas, no había nada.

Mackenzie agarró la culata del Glock, asumiendo que estaba escondido en alguna parte. Esperando a atacar, esperando a tomarla por sorpresa. Solo Dios sabía lo que tenía escondido aquí.

Pero luego levantó el cuello para ver lo que le esperaba más adelante. El sendero serpenteaba un poco más hacia arriba y luego se nivelaba al cortar a la izquierda. Allí, el rastro se detenía. También lo hacía el bosque, aunque era difícil saber por qué desde su punto de vista. Pero al levantar la vista, tenía sentido y también la hacía sentir diminuta.

El rastro se detenía frente a una alta pared de granito. Era gris y negra, en su mayor parte ensombrecida por los árboles a lo largo del costado desde donde ella estaba. No podía decir lo arriba estaba, su ángulo desde el suelo inclinado hacía imposible saberlo, pero había una cosa que sabía con certeza.

Pinkett estaba escalando la pared. Podía ver una ligera borrosidad entre los árboles, subiendo por la pared. Se movía a una velocidad sorprendente, haciendo que Mackenzie asumiera que conocía los agarres y las grietas a lo largo de esa pared tan bien como conocía los senderos que acababa de hacerla bajar.

Por un solo momento, pensó en volver corriendo al pequeño edificio que Pinkett llamaba su hogar. Ella podría dar las coordenadas a la policía y alguien podría probablemente averiguar a dónde conducía esta pared, probablemente a un terreno nivelado que llevaría a una pared todavía más elevado o a una cara de montaña, si tenía

que adivinar. De nuevo, desde su punto de vista, era imposible saberlo.

Pero Mackenzie nunca había sido una fan del probablemente.

Continuó por el sendero, con sus pantorrillas ardiendo de nuevo. A pesar de todo, estaba empezando a resultar familiar, estaba empezando a sentirse bien. Para cuando se acercó a la cima de la colina, se sentía casi normal, de vuelta a la forma habitual de Mackenzie White antes de que se quedara embarazada.

Miró hacia la pared de roca y vio que Pinkett estaba mucho más arriba de lo que esperaba. Veinticinco, tal vez diez metros ya.

Apuntó con su arma y observó. Tenía un tiro limpio. Podía llevarlo a donde quisiera. Pero también sabía que, si él caía desde esa altura, existía la posibilidad de que se rompiera el cuello o la espalda y muriera. Y si él era el asesino que habían estado buscando, siempre era mejor atraparlos vivos y capaces de compartir sus ideas y, Dios no lo quiera, hablar de otras víctimas que nadie conocía.

"Pinkett, detente donde estás", gritó ella. "Te tengo a tiro. Sigue trepando, que yo me encargo".

No se detuvo. Ni siquiera miró hacia abajo. Lo estaba tomando por un farol. Aparentemente, él estaba pensando lo mismo que ella: para ella era mejor atraparle vivo que machacado en el suelo.

"Mierda", dijo Mackenzie.

Se acercó a la pared y miró hacia arriba. Era bastante áspera y escabrosa, del tipo que proporcionaba muchos apoyos para las manos y los pies. Pero al alcanzar el primer agarre, vio la verdadera razón. Había pernos de escalada incrustados en la pared, asideros fáciles ubicados en lugares estratégicos de la pared para facilitar la escalada. Aparentemente, Pinkett había estado practicando en esta pared y se había vuelto bastante bueno. Estaba subiendo de una manera que indicaba que básicamente conocía los agarres y los pernos al dedillo.

Si realmente era el asesino y estaba luchando con algún tipo de miedo a las alturas o a escalar, ella pensó que este sería un buen lugar para tratar de aniquilarlos. La misma ruta, una y otra vez, y podría hacer maravillas.

Mackenzie se preparó, agarró el primer asidero natural y se impulsó para agarrar el primer perno que habían instalado.

Sus pies se revolvieron en busca de un agarre y cuando su pie derecho encontró una estrecha y pequeña cresta, apoyó los dedos de los pies y se empujó hacia arriba para permitir que su brazo izquierdo se estirara y llegara hasta el siguiente perno. Estaba un poco fuera de su alcance, pero un estiramiento similar a los del yoga le permitió agarrarlo.

Presionó su cuerpo contra la pared y miró hacia arriba. Pinkett estaba muy por delante de ella, pero ella lo estaba ignorando por el momento. Si realmente iba a hacer esto, iba a tener que poner toda la carne en el asador. Estudió los pernos; eran fáciles de ver, pequeños destellos plateados que sobresalían del lado de la pared de la roca. Desde su punto de vista, no parecían más que pequeños clavos, pero ella sabía que todos eran aproximadamente del tamaño de un puño cerrado.

Empezó a alcanzar el siguiente, que estaba ligeramente a su derecha, cuando apareció el recuerdo de su instructor de hace mucho tiempo.

“Tendrás que bajar por tu cuenta y conseguir ayuda…”.

La sangre… la certeza de que iba a morir y que era por su culpa…

Agitó la cabeza desafiantemente. No…. hoy no. Descartó el pensamiento y la memoria mientras buscaba el siguiente perno. Se levantó, puso el pie en el agarre donde acababa de estar su mano, y siguió subiendo.

Ahora Pinkett estaba tomando nota. Estaba por lo menos a diez metros por encima de ella, pero finalmente se había detenido para prestarle algo de atención. Mientras ella estaba en el suelo, parecía que no le importaba mucho saber si iba a llegar a la pared. Pero ahora parecía indeciso. Ella observó como él la miraba a ella y luego volvía a mirar al suelo antes de continuar su ascenso por la pared.

Mackenzie lo siguió, haciendo todo lo posible para no mirar hacia abajo. En vez de eso, levantó la vista, intentando determinar exactamente donde terminaba esta pared. No había visto montañas cercanas justo por detrás del pequeño campamento de Pinkett y sabía que su persecución por el bosque había sido de poco más de una milla más o menos. Estaba bastante segura de que esta no era la pared de una montaña de ningún tipo, pero podría ser fácilmente la antesala de una escalada mucho más dura.

No obstante, Mackenzie no podía preocuparse por eso. Al menos

no todavía. Por ahora, tenía que ganar tiempo para tratar de alcanzar a Pinkett antes de que llegara a la cima.

Podía oír a Pinkett desde arriba. Parecía reírse un poco, reírse con nerviosismo mientras hablaba consigo mismo. “Lo estás haciendo”, se decía a sí mismo. “Lo estás haciendo porque no te queda más remedio que hacerlo”. A eso le siguió todavía más de esa risa tan peculiar.

Esto perturbó un poco a Mackenzie, pero continuó su ascenso, sin inmutarse.

Tuvo suerte de que no hubiera llovido recientemente. Le permitía agarrar cada perno en seco, aunque de vez en cuando tenía que presionar su mano contra la roca para quitar algo del sudor de sus palmas. Realmente no tenía la conveniencia de estar usando unos guantes de escalada o de aplicarse tiza que le ayudara a escalar con más firmeza.

También tuvo la suerte de que Pinkett aparentemente no estaba muy seguro de sus habilidades para escalar. Los pernos se habían colocado de una manera que podría encontrarse en una pared de escalada interior para principiantes. Había unos pocos lugares donde estaban separados de tal manera que la hacía pensar que él estaba intentando desafiarse a sí mismo, pero la mayor parte del tiempo el ascenso era bastante fácil.

Se centró en escalar, en cambiar de manos y en prestar atención a los músculos de sus dedos. Sus dedos de los pies estaban un poco doloridos por poner peso en los pernos y empujar hacia arriba, pero no estaban tan mal por el momento. Escaló, mano sobre mano, ascendiendo por la pared y negándose a mirar hacia abajo. Sintió que ese nuevo recuerdo seguía intentando robarle la atención, intentando sabotearla, pero lo echó lo más atrás posible. Lo consiguió al concentrarse en la escalada, en todos y cada uno de los movimientos de su cuerpo, reforzándolo con el recordatorio de que no tenía cuerdas ni seguridad de ningún tipo.

Si se caía, probablemente acabaría muerta.

Volvió a levantar la vista y vio que lo estaba alcanzando. Pero también podía ver el final de la pared. Terminaba a unos cinco metros por encima de la cabeza de Pinkett. Al darse cuenta de esto, Mackenzie no pudo evitarlo; miró hacia abajo.

El mundo nadó por un momento. Sabía que había estado escalando rápido, pero había perdido la noción del tiempo. Se imaginó

que había estado escalando durante unos cinco minutos. Tal vez un poco más. Pero no se esperaba esto.

Era difícil de medir adecuadamente al estar presionada contra la pared, pero adivinó que estaba a casi treinta metros de altura. Probablemente aún no habría llegado a los treinta metros, pero estaban cerca.

Sus brazos empezaron a temblar ante esta cruda realidad. Podía sentir cómo su corazón latía erráticamente al invadirle el miedo. Volvió a mirar hacia arriba una vez más y vio que los propios movimientos de Pinkett también eran lentos. Estimó que la distancia desde la parte inferior hasta la parte superior a la que Pinkett se estaba acercando era de unos cuarenta metros.

Respiró hondo y siguió adelante. El miedo pudo haber sido paralizante, pero no le dio ningún espacio para medrar. Continuó escalando, de un tornillo al otro. Tenía la mandíbula y los músculos apretados, como si tratara de convencer a su corazón de que tenía esto controlado, de que no había manera de que no llegara a la cima.

Fue entonces cuando levantó la vista y vio que Pinkett estaba en la cima. Estaba llegando a la siguiente planicie, con la parte superior de su cuerpo escondida por la cima mientras sus piernas pataleaban en el aire.

La ira estalló dentro de ella, reemplazando al miedo momentáneamente. Mackenzie subió con enfoque de rayo láser. Estaba tan decidida a llegar a la cima que se le pasó por alto uno de los pernos mientras lo buscaba. Su brazo cayó hacia delante, colgando en el aire por un momento. Agarró el perno que estaba sosteniendo con su mano izquierda, asegurándose de mantener el equilibrio en lugar de agitarlo incontrolablemente y aflojar su agarre. Fue más difícil de lo normal ya que no contaba con toda su fuerza central, pero sus abdominales se habían ido al infierno desde el embarazo.

Se estabilizó y trató de encontrar un equilibrio entre apresurarse y asegurarse de no caer a una muerte segura. Tenía que ser consciente de cada movimiento, tratando de ignorar que estaba suspendida en el aire, aferrada a una pared de roca donde un solo movimiento incorrecto podía matarla. Era bastante fácil, había que mover una mano y luego la siguiente. Lo hizo con tanta facilidad durante algunas transiciones que le hizo preguntarse cómo había renunciado tan fácilmente a ello hace todo ese tiempo en su vida.

Ella podía hacer esto. Podía llegar a la cima, aunque asumió que la persecución continuaría. Y si en algún momento le ponía las manos encima a Pinkett…

Ese pensamiento se estrelló contra el fondo de su mente cuando escuchó que algo resonaba a su lado. Un pedazo de la pared de roca se soltó y cayó al suelo. Vio cómo se caía, encogiéndose a medida que avanzaba, recordándole lo alto que estaba.

Por un momento perturbador, sintió la gravedad como una presencia física. Y estaba tratando de tirarla de la pared.

Alargó la mano para agarrarse al siguiente perno y oyó ese estruendo: el pedazo de roca golpeando la pared varias veces. Pero venía de arriba.

Miró hacia arriba, estirando el cuello, y vio lo que realmente estaba pasando. Pinkett estaba parado al borde de la cima. Sostenía algo en sus manos mientras la miraba fijamente. Estaba bastante segura de que era una colección de rocas de buen tamaño.

Mierda….

Mientras ella miraba, él tiró otra. Y esta parecía venir con la puntería adecuada. Mackenzie sólo podía mirar desesperadamente mientras la roca se precipitaba hacia ella, haciéndose más grande a cada segundo.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

La roca le golpeó entre el cuello y el hombro derecho, justo encima del pecho. Si la hubiera golpeado una pulgada o dos más arriba, probablemente le habría destrozado la clavícula. Hizo un sonido ruidoso al rebotar en ella y continuó su trayectoria hacia el suelo.

La conmoción del dolor la atravesó y sus músculos reaccionaron como normalmente lo harían. Su mano derecha soltó el perno que estaba agarrando. Y como parte de la conmoción, el resto de su cuerpo respondió de la misma manera. Su rodilla derecha se dobló, haciendo que su pie se deslizara del perno sobre el que estaba apoyado. Cuando se tambaleó el lado derecho de su cuerpo, su lado izquierdo lo compensó para mantener el equilibrio. Sus piernas estaban colgando en el aire, con todo su peso sostenido solo por su mano izquierda.

Podía sentir que su agarre se debilitaba, y cómo le temblaban los músculos de la palma de la mano y los dedos. El dolor debajo de su hombro derecho era tremendo, pero la adrenalina que corría a través de ella lo silenció el suficiente tiempo como para que pudiera estirarlo y así recuperar el perno que había estado sosteniendo. No perdió el tiempo, y se fue a por el siguiente.

Miró hacia arriba y vio que Pinkett seguía allí. Tenía otra piedra en la mano y la tiró con fuerza. Se dio cuenta enseguida de que no la iba a acertar, aunque no por mucho. Pasó navegando junto a su brazo izquierdo por menos de un pie. Pasó al siguiente perno, y luego al siguiente, y tardó menos de cinco segundos en dejarlos atrás.

Sabía que esto la convertía en un objetivo más fácil para Pinkett, pero no le importaba. Se estabilizó, inmóvil mientras se aferraba a los pernos con sus extremidades en una extraña forma de X a lo largo de la pared. Miró hacia arriba y lentamente comenzó a bajar su brazo derecho. Su mano izquierda estaba empezando a doler por la escalada, pero lo cierto es que confiaba en que soportaría su peso más que su brazo derecho, donde empezaba a sentir un hormigueo por el golpe que había recibido hacía unos instantes. Además... ahora mismo tenía otros planes para su mano derecha.

Esperó a que Pinkett retrocediera con la siguiente piedra. Había menos de siete metros entre ellos, probablemente se acercaban más a los cinco. Mackenzie podía ver la roca en su mano mientras él la

levantaba. Era del tamaño de una pelota de softball; si la golpeaba en la cabeza, podría matarla antes de que lo hiciera el impacto con el suelo más abajo.

Mientras la sostenía, preparándose para tirarla, Mackenzie actuó tan rápido como pudo, haciendo lo posible para que él no la viera. Desenvainó su Glock con cuidado, casi arrastrándolo por la pared de la roca, lo que habría frenado su progreso y probablemente habría afectado su agarre con la mano izquierda. Pero su movimiento fue fluido y cuando apuntó y apretó el gatillo al mismo tiempo, tuvo que arquear la espalda solamente un poco.

Cuando lanzó el disparo, hubo un momento paralizante en el que pensó que se había desprendido del lado de la pared. Un grito se elevó en su garganta, ya que estaba segura de que estaba cayendo.

Pero se abrazó a la pared, dejando caer su Glock en el proceso. Escuchó el sonido del ruido que hizo al rebotar por la pared. También escuchó de nuevo los sonidos del proyectil de Pinkett cuando la roca que iba destinada a ella rebotó en la pared a varios metros de distancia. Respiró hondo, calmó sus nervios, y levantó la vista.

No podía ver a Aaron Pinkett por ningún lado.

Sin querer perder ni un segundo, Mackenzie empezó a escalar de nuevo. Sus músculos estaban en llamas y había un miedo en su estómago como nunca antes había sentido. Casi había muerto unas cuantas veces durante el último minuto y se sentía como si tuviera una sobrecarga de adrenalina. Agarró los últimos pernos hasta la cima como una poseída. Estaba tan cargada de adrenalina que tuvo que frotar sus manos sudorosas contra la pared de roca después de cada uno de ellos, pero aun así, llegó a la cima rápidamente.

En parte esperaba que Pinkett estuviera justo al borde del precipicio, esperándola. Después de todo, ¿no era eso lo que había estado haciendo? ¿No fue así como mató a los escaladores hasta ahora? ¿Esperando a que terminaran su escalada?

Cuando sus manos alcanzaron la tierra sólida en la cima, se estaba esperando que él le pisara las manos para darle una patada en la cara. Pero ella se levantó de la pared, deslizándose en el suelo rocoso de la cima. Soltó un pequeño gemido ahogado, tragándose lo que sentía que podía ser un legítimo ataque de pánico. Lo logró, estaba viva. Pero no fue hasta ahora, al final, cuando se dio cuenta de la cantidad de peligro en el que había estado.

Si las cosas hubieran sido un poco diferentes, habría dejado a Kevin sin madre en este mundo.

Se puso de rodillas, luchando por encontrar sus pies. Se dio cuenta entonces de lo mucho que le había costado la escalada. Si su disparo no había dado a Pinkett, no había forma de saber lo lejos que estaba. Y si le llevaba ventaja, nunca le atraparía.

Miró hacia adelante y vio una pequeña área de roca que sobresalía, de unos diez pies de ancho y quince pies de largo. Más allá de eso, había malezas altas y árboles que lo invadían todo. Detrás de esos árboles, comenzaba otra pared de roca. Esta era mucho más alta que la que acababa de escalar y, un poco más arriba, estaba conectada con una pared de roca todavía más grande para formar una pequeña montaña.

Pero sus ojos se alejaron de la montaña. Miró hacia la hierba alta, donde algo se movía. Era una forma encorvada, que apenas había llegado a la hierba. Mackenzie caminó en esa dirección, sintiéndose aliviada de estar poniendo distancia entre ella y la pared de roca que acababa de conquistar.

Después de dar tres pasos a través de la tierra rocosa, vio la sangre. No había mucha, pero era suficiente para tener un rastro que seguir. La llevó a la hierba, que en parte, le llegaba hasta la cintura. Había más sangre en la hierba y parecía ser una cantidad mayor. A medida que se adentraba más en la hierba, notó otro de esos senderos que habían aplastado una delgada porción de la maleza. Iba en línea recta y se dirigía a la derecha.

Fue a por su Glock que ya no estaba allí y entonces cerró las manos para hacer dos puños, lo que hizo que su hombro derecho se sintiera como si le hubieran prendido fuego.

La forma que se movía a través de la hierba era Pinkett. Estaba a unos tres metros delante de ella, intentando ponerse en pie, pero sin poder hacerlo. Se adelantó de rodillas mientras hacía un extraño sonido como de ahogo.

Mackenzie recorrió la distancia que había entre ellos. Se arrodilló junto a él, impidió que se abriera paso entre la hierba, y le dio un empujón

Su bala le había alcanzado en el pecho, ligeramente a la izquierda del centro. Otros cinco centímetros más y se habría llevado por delante el lado izquierdo de su garganta. Tal y como estaba, la herida

estaba derramando sangre. Era difícil saber si conseguiría sobrevivir.

Tenía la mirada aturdida, como de otro mundo, en sus ojos, una mirada que ella había visto muchas veces, la mirada de alguien luchando por la vida, alguien que se encontraba entre dos mundos. La vio y sonrió.

“Lo hice”, dijo suavemente, casi triste. “Conseguí hacerlo…”.

Pensó en todo el sufrimiento que había causado, y más que nada quiso dejarlo morir.

Se detuvo un momento, considerándolo.

Pero solo fue un momento. No podía dejarlo morir. Lo mereciera o no, no era lo más humano que podía hacer.

Mackenzie rompió el césped que la rodeaba, haciendo una pila. La acolchó y luego la presionó contra la herida de Pinkett.

Luchó contra ella, retorciéndose. Pero de nuevo, sonrió y repitió: “Lo hice. Realmente lo hice. ¡Ja!”.

Sin embargo, forcejeaba contra ella, como si no quisiera su ayuda. Era irónico, y ella se daba cuenta. Tener que luchar con este hombre para salvarle la vida.

Finalmente, estaba demasiado débil para seguir luchando. Se dio por vencido, y dejó que ella le restañara.

Yacía allí, mirando al cielo y a la montaña que tenían por delante, soltando una serie de respiraciones húmedas.

Su mirada recayó sobre ella. La miró fijamente a los ojos, y fue como mirar fijamente el alma misma del mal. Y era una mirada, lo supo al instante, que la perseguiría toda la vida.

Se obligó a mirar hacia otro lado mientras sacaba su teléfono y se preparaba para pedir ayuda.

Finalmente, la pesadilla había terminado.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Kevin estaba gritando y, francamente, sonaba como música para los oídos de Mackenzie.

Era hora de su biberón nocturno, para el que parecía sentirse más impaciente. Sin embargo, había llegado al punto en el que solo necesitaba una comida por noche, así que Mackenzie no se iba a quejar. Se levantó de la cama, poniendo una mano suavemente sobre el brazo de Ellington mientras sentía cómo trataba de salir de la cama.

"Ni se te ocurra", dijo ella. "Ya me encargo yo".

Sólo gruñó. Había acabado con tres costillas rotas por el golpe que le había asestado Pinkett con el bate de béisbol. Los médicos le habían hecho dormir en una posición ligeramente elevada, algo que Ellington odiaba. Dada la forma en que se había desarrollado su último día en Wyoming, era muy consciente de que tenía suerte de haber salido con nada más que un enorme moratón en el lado derecho de su pecho.

Se metió en la habitación de Kevin y lo recogió. Le costó un poco de esfuerzo ponerlo cómodo sobre su lado izquierdo, pero parecía estar de lo más contento cuando le dio su biberón. Mackenzie se sentó en la mecedora con él, balanceándose en la oscuridad. Cerró los ojos, disfrutando de todo ello, muy consciente de que, solo dos días antes, había estado a punto de no volver a verle nunca más.

Había asumido que una vez ella y Ellington volvieran a casa, habría mucho que solventar: la extraña tensión entre ellos y la decisión de Ellington de unirse a ella mientras dejaba a Kevin con su madre, los recuerdos que habían resurgido recientemente en la memoria de Mackenzie, las costillas rotas de Ellington. Pero nada de eso había salido todavía a colación. Por el momento, había una paz tácita entre ellos, una gratitud alimentada por el hecho de que estaban todos juntos de nuevo, los tres, en familia.

Mackenzie estaba sorprendida, realmente sorprendida, al descubrir que todo su tiempo y energía no habían ido directamente a diseccionar el recuerdo de su yo más joven en esa pared de roca, de su instructor herido en el suelo. No, en cambio, sus pensamientos se centraban en Aaron Pinkett. Todavía estaba vivo cuando llegó la ayuda en forma de un Jeep, a unos 800 metros de donde ella había hecho todo lo posible para mantenerlo con vida. Por lo que ella sabía,

él seguía con vida, aunque estuviera en condición crítica en el hospital, cuando Ellington y ella tomaron su avión de regreso a casa.

Pero ella seguía viendo esa mirada lejana que había en sus ojos mientras la muerte intentaba llevárselo con ella. Parecía un hombre normal, aunque suponía que todos lo parecían cuando estaban tan cerca de la muerte. Y como ella había hecho todo lo posible para evitar que se desangrase, también había tenido que luchar con el hecho de que no habían sabido, hasta ese momento, si él era el asesino.

Había suficientes pruebas en su pequeña choza para asumir que lo era. Había pedazos de parafernalia de escalador pertenecientes a otros escaladores, como si hubiera estado haciendo una colección: hebras de cuerda descartadas, mosquetones oxidados, incluso una vieja zapatilla abandonada. También habían encontrado un viejo cuaderno Moleskine que servía como una especie de diario, con unas anotaciones que demostraban que la teoría de Mackenzie era correcta.

Pinkett había vivido avergonzado de su miedo a las alturas. Había llegado a la edad adulta, no ya envidiando a los que no compartían su fobia, sino odiándolos. Era una rabia que decidió solucionar de un modo espantoso. Mackenzie no se había quedado a leer todos los apuntes del cuaderno, pero sí vio dónde Pinkett había nombrado específicamente a Mandy Yorke y Charles Rudeke en sus despotriques.

Sacudió esos pensamientos de la mente mientras escuchaba los familiares ruidos de succión que significaban que la botella de Kevin estaba vacía. Entonces miró hacia abajo y vio que se estaba desvaneciendo rápidamente una vez más, con la tripa llena y sus mejillas iluminadas por una pequeña sonrisa. Lo sostuvo en brazos un rato más, como si tratara de grabar la sensación de todo ello en su memoria.

De esa manera, tal vez decidir tomar un caso o no tomar un caso no supondría un dilema tan grande en el futuro. Ella le besó la parte superior de su cabeza mientras lo colocaba de nuevo en la cuna y luego caminó de regreso a su habitación.

Ellington aún seguía despierto, suspirando pesadamente mientras reclamaba su lugar junto a él.

"¿Te sigue doliendo?", le preguntó.

"En realidad no está tan mal ahora mismo. Estaba pensando en lo estúpido que fui al salir. Fui egoísta... y ciertamente no puse a Kevin

en primer lugar".

"Cierto. Pero si no hubieras venido, Timbrook habría estado conmigo cuando perseguimos a Pinkett detrás de su casa. Ya estaba herida. Ese golpe pudo haberla matado".

"¿Con que ese es el enfoque del vaso medio lleno?".

"Es el enfoque de me alegro de que el vaso no se haya roto".

Se inclinó y le besó suavemente en la boca antes de poner la cabeza sobre la almohada. Mientras se dormía, pensó de nuevo en esa mirada en la cara de Pinkett y rezó para que no la persiguiera en sus sueños.

***

Cuando sonó el tono de FaceTime desde su teléfono, Mackenzie estaba haciendo todo lo posible para doblar uno de los pijamas de Kevin, algo a lo que aún no le había cogido del todo el tranquillo. Era domingo, cinco días después de que Ellington y ella regresaran de Wyoming. Estaba esperando que McGrath se comunicara con ellos en cualquier momento, pero nunca a través de FaceTime.

Agarró su teléfono y le encantó ver el nombre de Timbrook en la pantalla. Aceptó la llamada y sonrió mientras la cara del sargento Timbrook llenaba la pantalla. Parecía mucho más feliz de lo que había estado durante la mayor parte de la visita de Mackenzie a Jackson Hole.

"Buenos días, sargento", dijo ella.

"Hola, agente White. Lamento molestarte un domingo...".

"No me estás molestando", dijo Mackenzie, y lo decía en serio. Podía oír a Ellington en algún lugar del apartamento detrás de ella, hablando con su bonita voz de bebé a Kevin. Hacía que su corazón se sintiera feliz, como si hoy fuera a ser un día increíble.

"Te llamaba principalmente porque pensé que querrías que te pusiera al día. Los médicos han dado a Pinkett un diagnóstico positivo oficial. Algo salió mal hace dos días y tuvo una transfusión de sangre, pero está casi recuperado. Esperan que sea dado de alta en los próximos días".

“¿Pudiste encontrar algo más para ayudar a condenarlo?”.

“Pues lo cierto es que sí. Resulta que parte de la cuerda que encontramos en su choza pertenecía a Mandy Yorke. Pero todavía hay algo mejor… nos dio una confesión completa anoche”.

“¿Qué?”.

Timbrook asintió. “Sí. Se vino abajo... justo después de que los médicos le dijeran lo cerca que había estado de morir, lo afortunado que era. Acabó por claudicar. Lo admitió todo. Le rompió la cabeza a Bryce Evans con un martillo antes de que cayera. Cortó la línea de Mandy Yorke cuando ella estaba escalando Exum Ridge, justo cuando se acercaba a la cima. Y con Charles Rudeke, estaba esperando en la cima de Devil’s Claw y lo empujó”.

“¿Te explicó por qué?”.

“Lo hizo, pero parece un galimatías. Admitió estar enojado, estar absolutamente abrumado por el miedo cuando se trataba de alturas. Dijo que esta era su forma de procesarlo, de, y estoy citando aquí, deshacerse del demonio del miedo. Dijo que no tenía nada en contra de la gente que mató... sólo que los envidiaba lo suficiente como para matarlos. Si él no podía hacerlo, ¿por qué ellos sí? Ese tipo de cosas”.

“Dios mío”.

“De todos modos... fuiste de gran ayuda, y pensé que querrías saberlo”.

“Absolutamente. Gracias. Y eh.... Timbrook. No quiero que perdamos el contacto. Ven a verme de vez en cuando, ¿quieres?”.

La sugerencia pareció sorprender y deleitar por igual a Timbrook. Ella sonrió y dijo: “Claro, puedo hacerlo. Gracias, agente White”.

Terminaron la llamada y Mackenzie se volvió hacia el sonido de los arrullos de Kevin. Ellington lo trajo a la sala de estar; los dos iban sonriéndose el uno al otro mientras Kevin agarraba la nariz de Ellington y le daba un apretón.

“¿Era Timbrook?”, preguntó Ellington, su voz un poco cortada al tener su nariz como rehén.

“Sí”.

“¿Alguna nueva información sobre el caso?”.

Ella casi se lo contó todo, contenta de saber que había sido capaz de ayudar a llevar a Aaron Pinkett ante la justicia. Pero entonces los miró a los dos, los chicos de su vida, y la necesidad de concentrarse en el éxito del caso se desvaneció. Mackenzie sonrió, con el corazón latiendo felizmente en su pecho.

“Ahora no”, le dijo. “Tal vez más tarde”.

“¿Estás bien?”, preguntó Ellington.

Mackenzie sonrió, cruzó la habitación y abrazó a Ellington. Entonces lo besó suavemente en la boca. Kevin se revolvió entre ellos y ella le plantó un beso en la cabeza.

“Sí”, dijo Mackenzie. “Estoy de maravilla”.

Y Dios, que bien sentaba decir eso y realmente decirlo en serio.